

SUMA CULTURAL

Instituto de Humanidades • Enero - Junio de 2017 • Número 25 • ISSN 0124-1974



Una noche

Una noche toda llena de perfumes, de murmullos y de música de alas,

**Versos del poema Nocturno III
de José Asunción Silva**





PRESIDENTE CONSEJO SUPERIOR

Sonia Fajardo Forero

VICEPRESIDENTE CONSEJO SUPERIOR

Luis Fernando Fajardo Forero

RECTORA

Lina Uribe Correa

SUMA CULTURAL

DIRECTORA

Bárbara Skladowska

COMITÉ EDITORIAL

Juan Sebastián Aragón

Hugo Fazio

Genoveva Iriarte

Luis Enrique Orozco

Órinzon Alberto Perdomo

EQUIPO EDITORIAL

Ronald Salazar C.

Ángela María Ruiz Gaona

Benjamín Augusto Sarta Morán

Michelle Barreto Martínez

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Enrique González

EDICIÓN Y PUBLICACIÓN

Instituto de Humanidades

Fundación Universitaria Konrad Lorenz

FOTOGRAFÍAS

Stock Exchange

Shutterstock

EDICIÓN ELECTRÓNICA

Hernando Rincón Medina

IMPRESIÓN

Fundación Cultural Javeriana de Artes Gráficas

-JAVEGRAF-

CONTACTO

Carrera 9 Bis No.62-43, Bogotá, Colombia

Tel. 347 2311 Ext.140

E-mail: suma.cultural@konradlorenz.edu.co

ISSN 0124-1974

CONVOCATORIA No.26 (JULIO / DICIEMBRE DE 2017)

Queremos invitar a todos nuestros lectores e interesados a participar en el vigésimo sexto número de la revista con un trabajo original e inédito en las áreas de literatura, historia, filosofía, ciencia política, artes visuales, plásticas y escénicas, cine, música y culturas urbanas, entre otros. En esta ocasión el eje temático será: **LA LOCURA**.

**FECHA LÍMITE DE ENTREGA:
3 DE SEPTIEMBRE DE 2017**

Se reciben textos de acuerdo con las siguientes especificaciones:

- Artículos con una extensión máxima de 5000 palabras.
- Trabajos de creación literaria (poesía o narrativa).
- Reseñas de música, cine y libros, con una extensión máxima de 1000 palabras.
- Reportajes fotográficos, cómic, de entre dos y cuatro páginas tamaño carta. Las imágenes deberán estar en formato JPG y tener una resolución mínima de 300dpi. Se publicarán en blanco y negro. Este trabajo deberá llevar título y una breve introducción o pie de fotos.
- Ilustraciones acordes con el eje temático de cada número, en formato JPG y 300 dpi.

Los textos deben ser enviados al correo electrónico suma.cultural@konradlorenz.edu.co adjuntando nombre completo, teléfonos, correo electrónico, profesión y ocupación. La Revista no devolverá originales ni mantendrá correspondencia sobre los mismos.

Para mayor información favor comunicarse al teléfono 347 23 11 Ext.140 en Bogotá, D.C. o escribir a: suma.cultural@konradlorenz.edu.co

Correo



Gracias por enviarme la revista y permitir ser parte de ese viaje. Muy buen material. Un saludo para todos y éxitos para la próxima edición.

MARTHA ISBELIA PABÓN VAILLAMIZAR

En términos generales yo pienso que la revista es muy buena, además de eso nos brinda la oportunidad de escribir y participar en convocatorias flexibles que no piden tantos requerimientos para ser elegidos y eso es un plus, también se le suma a todo que es una revista interesante a los ojos de cualquier persona por las temáticas que maneja. Me encanta.

VALENTINA FAJARDO PINZÓN



facebook.com/U.KONRADLORENZ

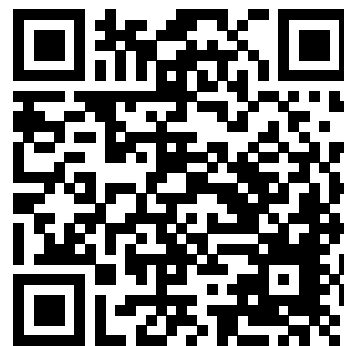


[@ukonradlorenz](https://twitter.com/ukonradlorenz)



issuu

<http://issuu.com/ukonradlorenz>



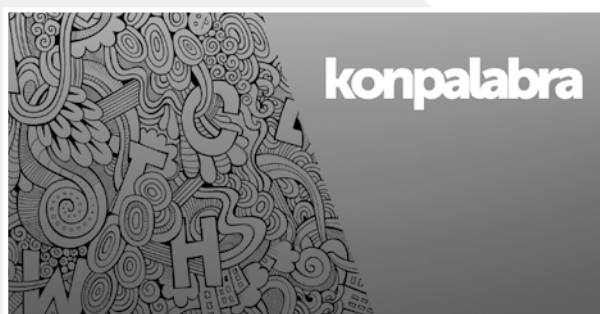


Agenda

EL INSTITUTO DE HUMANIDADES, como unidad de apoyo al área Socio-Humanística de los programas profesionales, plasma en sus propuestas, académicas y extracurriculares, el ideario filosófico de la KONRAD LORENZ de *“formar un hombre culto y profundamente humano”*. Diferentes actividades son un espacio para el debate y la búsqueda de nuevas significaciones culturales, que intervienen en la configuración del mundo contemporáneo. La oferta cultural comprende una amplia gama de Actividades Extracurriculares, que complementan y contextualizan la formación académica. Clubes temáticos, conversatorios, tertulias literarias, salidas de campo, exposiciones, concursos, conferencias, talleres, entre otros, constituyen una propuesta que integra y globaliza el saber, la investigación y la experiencia lúdica.



CENTRO DE ESPAÑOL: fue creado en respuesta a la creciente exigencia en el campo de lectura y escritura académica. Se especializa en prestar servicios integrales en lectura y escritura académica y profesional a toda la comunidad. Fortalecer la cultura lecto-escritora, la capacidad de análisis, de reflexión, de argumentación y de pensamiento crítico son algunos de sus actividades que se materializan en trabajo tutorial, en talleres y cursos temáticos y en oferta pertinente y precisa del material de apoyo.



KONPALABRA: es una biblioteca de datos, y su objetivo es difundir y optimizar la oferta de apoyo académico en el campo de lectura y escritura. Este un banco de servicios y materiales es un excelente punto de referencia para las clases, tutorías, talleres y otras actividades académicas y profesionales. El material, publicado semanalmente, queda organizado en dos unidades de consulta: Se escribe así y el Caleidoscopio. <http://konpalabra.konradlorenz.edu.co>



SE ESCRIBE ASÍ:

Es un espacio preparado para acompañar procesos de escritura académica y está dedicado a todos los que tengan dudas sobre la redacción y pautas gramaticales.



CALEIDOSCOPIO:

La sección, llamada del griego kalós -bella, éidos -imagen y scopéo -observar, es un espacio dedicado a la multiplicidad de miradas, diversas y cambiantes, sobre temas, términos y habilidades que son fundamentales en amplio espectro de cultura general.



TUTORÍAS EN LECTURA Y ESCRITURA:

Trabajo tutorial brinda apoyo personalizado a todo el proceso de lectura y escritura académica de la comunidad. Para fomentar la independencia y el pensamiento crítico de los autores en las tutorías no revisamos, corregimos o editamos sus textos; enseñamos a revisarlos, corregirlos o editarlos con mayor precisión y efectividad utilizando las herramientas tecnológicas que están a nuestro alcance como el programa Turnitin entre otras.



CLUB UTOPÍAS & DISTOPÍAS:

Conversatorios sobre la sociopolítica.



TALLER DE TINTA:

Asesoría presencial en escritura creativa.
Contacto: escrituracreativa@konradlorenz.edu.co



SEMANA INTERNACIONAL:

Actividades en apoyo a la internacionalización.



JORNADA DEL LIBRO:

Préstamo asesorado de los libros de literatura.



CLUB LABERINTOS:

Conversatorios sobre la cultura general.
Contacto: laberintos@konradlorenz.edu.co



CLUB LÍMITES K:

Conversatorios sobre la identidad y la diversidad.
Contacto: limites@konradlorenz.edu.co



CLUB KONGÉNERO:

Conversatorios sobre el género.
Contacto: kongenero@konradlorenz.edu.co



FISURAS: es el blog del Equipo Docente del Instituto. Su objetivo es promover el debate en torno a literatura, poesía, socio-política, fotografía y narrativa, entre otras. Este espacio de compartir creativo, caracterizado por la libertad de pensamiento y de escritura, quiere convocar voces ciudadanas de mente abierta; buscadores porfiados, dispuestos a compartir su pensar sobre la realidad circundante, formulando preguntas desde diferentes perspectivas y múltiples miradas.

<http://fisuras.konradlorenz.edu.co>



SUMA CULTURAL: es una publicación semestral, dirigida primordialmente a la comunidad universitaria; está dedicada a la difusión y al debate de las nuevas significaciones culturales, que intervienen en la configuración del mundo de hoy. La revista quiere ser un puente que aligere los tránsitos de ideas, entre la escena de la academia y el campo público de la intervención cultural.

CONTENIDO

CORREO	5
CONVOCATORIA	5
AGENDA	6
EDITORIAL	11

MIRADAS 12

El camino de la noche es el camino de la muerte	14
<i>Fredy Geovanni Forero Torres</i>	

Noche herida. Mujer guerrera, saberes tradicionales y resistencia	18
<i>Luisa Fernanda Muñoz Rodríguez</i>	

Oquedad lúgubre	21
<i>Benjamín Augusto Sarta Morán</i>	

ANAQUEL 22

Entre París y Bogotá. Caminata nocturna en clave ficcional	24
<i>Julián Ricardo Campos Granja</i>	

El suceder en la tenue luz de la noche	30
<i>Adriana María Vera Arias</i>	

RELEER 36

La noche de las metamorfosis	38
<i>Ángela María Ruiz Gaona</i>	

FOTODIARIO 52

Bogotá, ciudad de candilejas	54
<i>Carmen García</i>	

LETRAS LIBRES 62

CUENTO

Carta final	64
<i>María Fernanda Trujillo Santiago</i>	

La casa	65
<i>Diego Higuera</i>	

La doncella de la noche	68
<i>Anuar Bolaños</i>	

La gran noche	73
<i>Mauricio Vargas</i>	

La noctámbula	74
<i>Javier Enrique Vallejo Chamorro</i>	

Los Apocalipsis	76
<i>Mauricio Palomo Riaño</i>	

Los sonidos de la noche	82
<i>Mauricio Vargas</i>	

Moisés y la luna	89
<i>Juan Camilo Torres</i>	

Antes de que amanezca	91
<i>Nicolás Peña Posada</i>	

¡Tirándome la noche con éxtasis!	92
<i>Erika Janeth Díaz S.</i>	

POESÍA

Crónicas del vacío 96

Carlos Andrés Martínez Pacheco

Poemas de vereda 97

Yolanda Rodríguez Vanegas

De la serie El Astrófilo 98

Wilson Pérez Uribe

Fotografía de una noche 100

Miguel Ángel Rodríguez Bernal

Permanezco despierto 101

José Vicente Rubiano Ballesteros

AUTORES 102



REVISTA SUMA CULTURAL

Enero - Junio de 2017

Número 25

Instituto de Humanidades

Konrad Lorenz

Fundación Universitaria

Bogotá, D.C., Cra 9 Bis No. 62-43

Teléfono 347 23 11 Ext. 140

suma.cultural@konradlorenz.edu.co

Ediciones anteriores



▲ LA PAZ

"Nunca ha habido una buena guerra ni una mala paz".

Benjamin Franklin



▲ EL AMOR

"Ninguno de los dos habló: su amor era demasiado profundo para expresarlo con palabras; solo los ojos delataban la intensidad de sus emociones".

Memorias íntimas de una princesa rusa - Anónimo



▲ LA MUERTE

—Por eso he venido—dijo el viejo Eguchi—. Morir en una noche como esta, con la piel de una muchacha para calentarle, debe ser el paraíso para un anciano.

**La casa de las bellas durmientes
Yasunari Kawabata**



▲ EL VIAJE

Cuando emprendas tu viaje a Ítaca, pide que tu camino sea largo, rico en experiencias, en conocimiento.

Del poema Ítaca de Konstantino Kavafis.



SUMA CULTURAL es una publicación dedicada a la difusión y al debate de las nuevas significaciones culturales que intervienen en la configuración del mundo de hoy. La revista pretende ampliar horizontes de lectura de los diferentes campos del Arte y las Humanidades y ser un puente que aligere los tránsitos de ideas entre la escena universitaria y el campo público de la intervención cultural. Sus propósitos fundamentales son: acrecentar saberes, socializar experiencias e impulsar la creación literaria y periodística; pero sobre todo construir escenarios de contraste de las diferentes visiones de temas culturales prioritarios en la sociedad contemporánea para promover el debate y la reflexión crítica. Las opiniones expresadas en la revista son responsabilidad exclusiva de sus autores. Los artículos podrán ser reproducidos siempre y cuando se cite la fuente correspondiente. Aclaramos a la comunidad lectora que la información consignada en las barras laterales de los artículos cuando no son parte del texto o están referenciadas son tomadas de Wikipedia.org

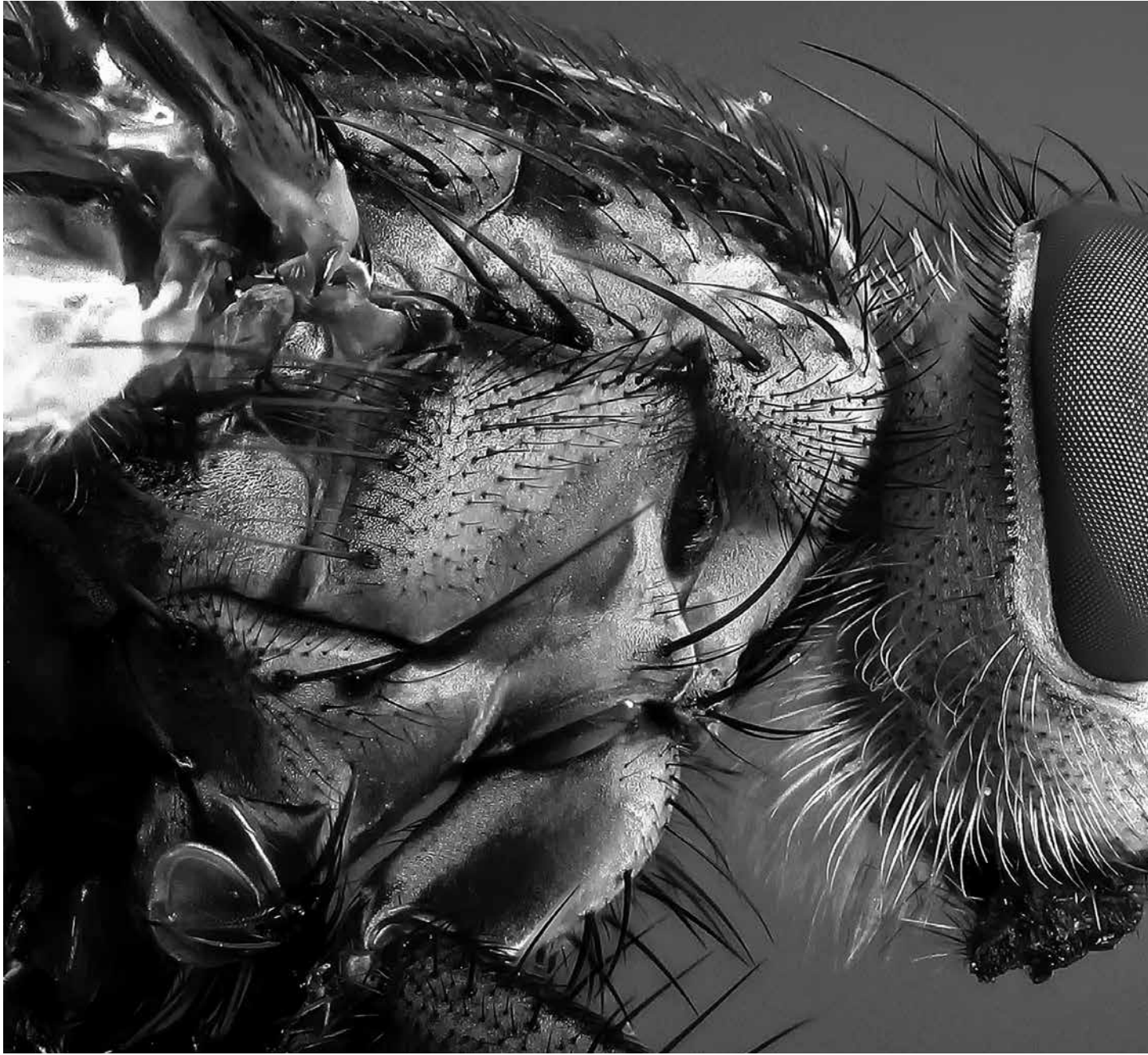
Editorial

La noche es la puerta a lo desconocido, la sombra que casi todo lo cubre, lo prohibido. Las pasiones más profundas del ser humano salen a la luz en el crepúsculo. La noche es la excusa de las perversiones del hombre. Todo lo que no se puede mostrar durante el día, florece bajo el cobijo de la luna. En la noche somos seres diferentes, nuestro cuerpo se comporta de distintas maneras, nuestra mente se dispara hacia territorios inexplorados, nuestros impulsos palpitan extrañamente. Pero, si observamos detenidamente, nos daremos cuenta que, la noche no es negra, ni mucho menos gris. La noche, al igual que el día, tiene infinitud de colores. En la oscuridad, el rojo, el blanco y el amarillo no son negros, sino púrpuras, azules y ocre. Aquello que a los ojos nos parece gris, en su interior guarda color. Para muchos, la noche es la oscuridad, el fin y la nada; para otros, es el inicio, la vida y el sentido. Desde siempre, la tradición cultural nos ha enseñado a resguardarnos de la noche: el peligro está en la oscuridad, el demonio acecha la penumbra, lo malvado se esconde detrás de las sombras de las sombras. La relación entre oscuridad y maldad está vigente, pero, cuando vivimos la noche, observamos que esta tiene para cada uno de nosotros un sinnúmero de posibilidades y ofertas que, de cada quien depende su intromisión y su disfrute.

El abanico de posibilidades que ofrece la noche es absolutamente amplio. La vida sin la noche sería imposible, las razones son obvias. Para muchos, la vida se reduce a lo que brinda la noche. La luna, aquella eterna protagonista del crepúsculo, influye en más de lo que se puede creer, tanto así, que pueblos ancestrales decidieron entregar rituales y ofrendas para agradecer su proceder. Hoy, podemos comprobar que la luna juega un papel fundamental en los ciclos naturales del planeta, y también representa la fuente de inspiración y creatividad para componer obras maestras.

La literatura, el cine, la pintura y el arte en general se han enamorado de todo lo relativo al nocturno, para atrapar nuestra atención con su encantador y misterioso poder. Seres extraordinarios, con características únicas solo pudieron tomar vida gracias al poder de la noche. Si no existiera la noche, nuestra imaginación no habría podido recrear las más inolvidables historias, y no se habría podido asustar con aquellos seres sobrenaturales que nos atraen y con los que, a menudo, soñamos.

La noche encierra todo un universo, que nos permite presentar en esta revista de Suma Cultural: reflexiones críticas, cuentos inspirados en momentos nocturnos, fotografías seducidas por la noche bogotana, versos que conmueven con palabras lunares, imágenes de todos los colores, reunidas en este número 25, para el deleite de nuestros lectores.



*“Para ver claro, basta con cambiar
la dirección de la mirada”.*

Antoine de Saint-Exupery

**El camino de la noche
es el camino
de la muerte**

Fredy Geovanni Forero Torres

MIRADAS



**Noche herida.
Mujer guerrera, saberes
tradicionales y resistencia**

Luisa Fernanda Muñoz Rodríguez

18

Oquedad lúgubre

Benjamín Augusto Sarta Morán

21



El camino de **la noche** es el camino de **la muerte**

Fredy Giovanni Forero Torres



El sol del día golpea en la piel, quema las manos y la piel expuesta, el sudor agobiante, la frente sofocada por la hostilidad iluminante del día. Las tres de la tarde soleadas se sienten siempre igual, el ruido de los motores, los carros acelerando, frenando, pitando; los gritos de los conductores. El smog que se cuela entre la nariz y los dientes. El día no solo fatiga por la rudeza solar; aun la lluvia a veces es una carga sobre el cómo transportarse en la ciudad caótica, a veces una pesada tristeza, la ciudad se detiene un poco con la lluvia al igual que las intenciones.

El día implica velocidad, premura, afán. El día es la espacio-temporalidad desde la cual emerge el sujeto de rendimiento¹. En el día el exceso aparece, este es un exceso del cumplimiento, del orden, del producir. El sujeto del rendimiento no tiene tiempo que “perder”, vincularse a las premuras del tiempo y a las velocidades por ser “mejor” es su condena. Detrás de este sujeto del rendimiento opera la sociedad del miedo, la sociedad del éxito. El no ser (exitoso) deviene en pecado en la sagrada sociedad del rendimiento. No ser “bueno” en algo es la amenaza para un sujeto constituido a partir del temor. El sujeto del rendimiento es un sujeto sólido, que debe existir y tener un nombre, es un individuo plenamente individualista, el día es el mejor lugar para que aparezca.

Este sujeto del rendimiento es un ser que se construye como una masa, sólido, con forma, con una estructura, con un nombre y unas categorías lingüísticas propias. Al ser tan sólido, tan individual, se aparta del mundo y de los otros; de esos otros que también son sólidos como rocas, rocas que se alejan de otras rocas. Este sujeto del rendimiento, tan sólido, tan individual, ve en los otros amenazas, ve en el otro

“Este sujeto del rendimiento es un ser que se construye como una masa, sólido, con forma, con una estructura, con un nombre y unas categorías lingüísticas propias.”

¹ Término acuñado por Byung Chul Han (2014) en *Psicopolítica*, Editorial Herder para referirse a un sujeto que se esclaviza en términos del rendimiento productivo, este sujeto es su “propio jefe” y por tanto se somete a sus deseos.

un competidor y enemigo que luchará por los recursos disponibles en la sociedad del rendimiento. A veces este sujeto sólido del rendimiento produce dinero, a veces fama, cuerpos, marcas personales, culturas fitness, escalones para el éxito, coaching ontológico, ventas multinivel, producción de conocimiento, entre otros.

Este sujeto del rendimiento se ciñe a morales que no son más que construcciones lingüísticas que determinan lo que se debe ser y hacer, este sujeto sólido niega a su cuerpo o lo esclaviza a las potestades que le da la razón. Somete al cuerpo a la “verdad” de los argumentos de la sociedad del rendimiento. En el día el cuerpo es una máquina que hay que presionar para que rinda, el cuerpo es solo una prótesis necesaria para producir, para alcanzar nuestros sueños o metas. El día es ideal para pensar, para construir teorías y para negar la vida que se encuentra en el cuerpo, ideal para negar al cuerpo porque somos cuerpo. Al pensar el cuerpo como máquina, el sujeto del rendimiento se hace dual, él no es su cuerpo, su cuerpo es solo un objeto, esta es la muestra pues de la pérdida de lo sagrado en la sociedad del rendimiento. Ya no somos cuerpo, somos una razón y conciencia racional lo que nos gobierna, la que educa al cuerpo. Basta escuchar los dichos populares y dualistas de antaño: “Cuando la cabeza no piensa el cuerpo sufre.”

El lenguaje, que es solo un invento, le dice al cuerpo que fue primero filogenética y ontogénicamente hablando, qué debe hacer. La extrañeza es clara, un invento gobierna un cuerpo que siempre estuvo allí, el lenguaje apareció después, sin embargo lo sometió. En resumen: el día, sus premuras por rendir, acaban con la corporalidad que somos. La

noche, por el contrario, es la espacio-temporalidad que vitaliza el cuerpo en la medida en que permite al sujeto del rendimiento rendirse. La noche es el camino de la muerte para ese sujeto individualista y egoísta. La noche es posibilidad de despliegue para otra forma de sujeto, más bien para otra forma de experiencia. La noche vitaliza porque el día fatiga. La noche es desaceleración, el día es velocidad. El sujeto del rendimiento se detiene en la noche. La rutinización del día es exceso de “vida” (la producción económica), la noche es la muerte del sujeto del rendimiento y la resurrección de una experiencia corpórea.

El cuerpo restituido y liberado no es nada parecido a la promulgación de un vulgar hedonismo. El hedonismo del sujeto del rendimiento no es más que otra forma de esclavitud. La restitución que la noche le da al cuerpo es la restitución de las sensibilidades, incluso de los placeres y displaceres. Al restituir el cuerpo, el sujeto ficcional (guiado por “razones”) que se ha creado en el día, el sujeto productor del rendimiento, tiende a morir. El sujeto guiado por la “verdad” de la razón tiende a desaparecer, su angustia y su miedo da paso a la agudeza de la sensibilidad de su cuerpo. En la noche los sonidos, los olores, los sabores, las sensaciones táctiles son más claras, los colores se ven mucho más vivos, ¿Para qué “entender” y producir, si la vida misma está allí? Hasta los pensamientos son más perceptibles. El sujeto del rendimiento muere y le da paso a la experiencia del cuerpo, un cuerpo que olvida porque no le interesa retener, aprender, conocer, acumular, objetivizar.

A este cuerpo ya no le interesan las grandes teorías y los afanes propios de la vida del día, a este cuerpo le interesa sentir, experimentar el mundo. ¿Qué

*En la noche
los sonidos,
los olores, los
sabores, las
sensaciones
táctiles son
más claras, los
colores se ven
mucho más
vivos, ¿Para qué
“entender” y
producir, si la
vida misma está
allí?*

es más verdadero que sentir?, algunos dirán que sentir es un engaño, que no importa lo que el cuerpo sienta sino lo que la mente diga. El experimentar el sabor de la comida no es lo valioso! Dirán que lo valioso es identificar los átomos y la composición molecular de los alimentos, dirán que lo valioso es identificar los neurotransmisores que están en relación con estos o aquellos estímulos, dirán que lo valioso es identificar reglas universales que se apliquen todas las formas de alimentación; y mientras tanto la experiencia valiosa del mundo se nos pasó. El cuerpo ya no es importante solo se atiende a una racionalidad que todo lo quiere escrutar. Con la aparición de la experiencia que se corporeiza con el mundo y para el mundo, el pensamiento es solo un agregado, no la fuerza que creemos nos mueve.

El restituir las sensibilidades del cuerpo es darle muerte al sujeto sólido que cree que “es”. Vivir la corporalidad es dejar de asumir que mi cuerpo es máquina. Ya no hay un gran

manipulador de máquinas detrás del cuerpo, ya no hay un sujeto racional que a través de argumentos lógicos determine lo que el cuerpo como esclavo debe hacer. Somos cuerpo.

La noche es así, la muerte del sujeto del rendimiento, al ego sólido, individualista y concentrado. La noche re politiza la vida; que no haya argumentos racionales no quiere decir que el cuerpo no sienta y no actúe, sus acciones políticas son más naturales que aquellas que el lenguaje inventó y dictaminó que se debían hacer. La noche es la posibilidad de vitalización (el cuerpo cobra sentido y calma). El lenguaje actúa como catalizador para producir (propio de la sociedad del rendimiento), el cuerpo es la posibilidad de vitalizar la cotidianidad. La noche se resiste al día y permite un cuerpo que actúa políticamente contra el afán y la premura por rendir, producir, por ser exitoso. La noche es el camino y la posibilidad para dar muerte al sujeto del rendimiento, a ese sujeto del día que se rutiniza y se desacraliza.

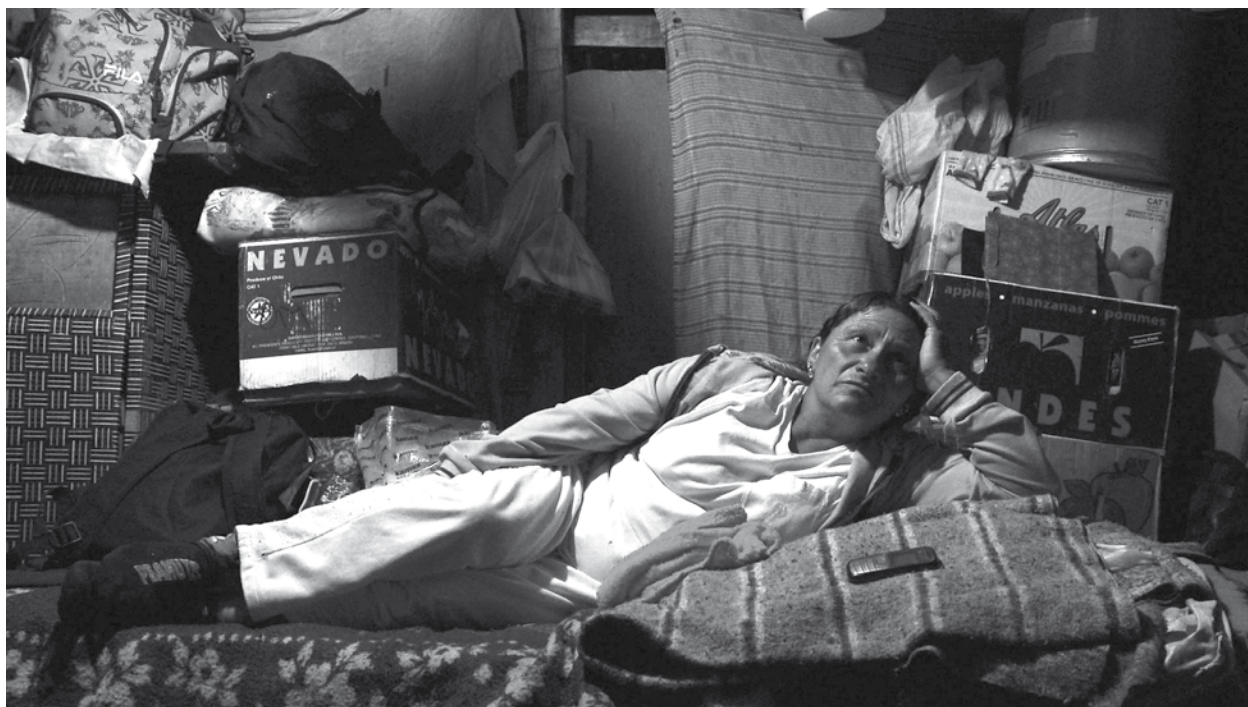
La noche se resiste al día y permite un cuerpo que actúa políticamente contra el afán y la premura por rendir, producir, por ser exitoso.



Noche Herida. Mujer guerrera, saberes tradicionales y resistencia

Luisa Fernanda Muñoz Rodríguez

*“(...) Ánima mía, ánimo de paz y de guerra,
ánimo de mar y de tierra.
Que todo lo que tengo ausente o perdido,
se me entregue o se me aparezca (...)”*



Noche Herida es el último documental de la trilogía *Campo Hablado* del director colombiano Nicolás Rincón Guille, realizado en el 2015, y que ha ganado entre otros premios, la Mención del jurado en Cinéma du Réel, el Corazón de Bronce en International Film Festival y el Primer Premio MARFICI, luego de haber participado en varios festivales internacionales.

Esta trilogía realiza un acercamiento a la cultura campesina de nuestro país y a la resistencia de un pueblo guerrero, que sigue perseverando y manteniendo sus tradiciones orales, sus prácticas y rituales espirituales, que dan fuerza a cada una de las almas que resisten en estos territorios.

Noche Herida comienza con el plano medio de un niño de saco rojo subiendo un árbol, el sonido leve y tranquilo del viento contra las hojas, genera la primera impresión de humanidad en el filme. Este documental es la narrativa audiovisual de una etnografía paciente y consiente, es el testimonio de una mujer guerrera, víctima del desplazamiento forzado y de la violencia que se ha mantenido durante tantos años en el campo en este país.

La relación con la noche parece estar dada en un inicio, con el fatídico momento nocturno en que un vecino le dice a Blanca “brieguen a salir esta noche de acá”, lo que da inicio a un camino lleno de arbitrariedades, pero al mismo tiempo lleno de vida. Por otro lado, la noche aparece desde la calma y la angustia que deja la oscuridad y el silencio de un anochecer en los cerros de Bogotá, en donde a veces, no se sabe distinguir bien, si los “totazos” que suenan son provenientes de un estallido de pólvora decembrina o por el contrario, es el temible sonido de un arma disparando balas, ese

mismo sonido que llevó a Blanca y a su familia a salir de su tierra en el campo y trasladarse a la ciudad, para proteger la vida de su familia.

La problemática del desplazamiento forzado en Colombia, en la lógica del despojo de tierras, ubica a Colombia en el desagradable y terrorífico primer lugar con el mayor número de personas desplazadas en el mundo. Según datos de la Agencia de la ONU para los refugiados -ACNUR-, en Colombia hasta la fecha, el conflicto armado ha desplazado alrededor de 6.9 millones de personas. Con este dato comienza la historia de Blanca, narrada en este documental, una abuela que desde la fuerza decide llegar a Bogotá para salvar su vida y la de su familia.

Este relato, nos muestra el escenario de recuperación de estas personas víctimas de la violencia, el camino de guerreras y guerreros a las ciudades, y a una en particular como Bogotá, que aparece en el escenario como posibilitadora de un cambio, de una nueva fuerza de vida desde las periferias, desde los lugares invisibilizados para la política pública y para la representación del Estado.

Blanca decide reiniciar su vida allí, en la periferia, específicamente en el barrio Buena Vista en Ciudad Bolívar, donde las condiciones materiales en efecto modifican y articulan las nuevas dinámicas de subsistencia de la familia, que en este caso recaen sobre la figura de Blanca, como responsable del cuidado. Este escenario que se repite de manera múltiple genera empobrecimiento material de las mujeres, vulneración de sus derechos sociales y disminuye notablemente las condiciones de vida de estas mujeres. El análisis de estas características se ha denominado *feminización de la pobreza*: los estados no cumplen, ni garantizan a la población en condición



▲ “Nací en Bogotá, el 12 de agosto de 1973. Después de estudiar Economía en la Universidad Nacional de Colombia, me fui al sur del país a un encuentro indígena del CRIC (Corporación Indígena del Cauca), donde me encontré sin saberlo con Marta Rodríguez, la gran documentalista. Gracias a sus buenos consejos, decidí dedicarme a lo que siempre me gustó: el cine. Me fui entonces para Bélgica a estudiar en la escuela pública de cine INSAS, que acabé en el 2003. Soy también belga, como mi madre, y me encanta descubrir este pequeño país en donde el Exilio y la inmigración se volvieron los temas de mis primeros trabajos: “País” un corto de ficción sobre un republicano español y “Azur” otro corto argumental sobre un inmigrante marroquí. Con mi trabajo de documentalista, volvía un tema esencial desde que era niño. Muchas veces mi padre me llevaba al campo colombiano para escuchar esos relatos campesinos que fundan la gran tradición oral del país. Hoy en día, esta riqueza se ve amenazada por la violencia endémica. Ese es el punto central del proyecto cinematográfico *Campo Hablado*”.

de desplazamiento y específicamente a las mujeres, las posibilidades materiales, bajo un enfoque de protección de derechos, que permitan una nueva y próspera oportunidad, luego de la condición de desplazamiento sufrida.

Este es el caso de Blanca y de su compañera y vecina María Eugenia, que también huyó hacia Bogotá, de igual forma, protegiendo su vida y la de los suyos. Este texto visual nos permite ver desde el lugar íntimo, cómo las ausencias y falencias, que estructuran materialmente las condiciones de vida, hacen que la situación de pobreza se profundice, multiplique y extienda, con una caracterización de género específica, las mujeres, que a partir de la responsabilidad del cuidado de sí y de los otros, tienen además la responsabilidad económica en medio de inexistentes posibilidades de trabajo formal.

En *Noche Herida* se puede ver cómo la resistencia de la tradición oral,

de las prácticas y rituales populares es la herramienta de recuperación de memoria y de enlazamiento con otros que están en la misma situación. Con cada rezo a las ánimas benditas del purgatorio se gesta la esperanza, el aguante para seguir un camino, buscando y encontrando formas de vivir en medio de una ciudad como Bogotá. Las tradiciones son la posibilidad de empoderamiento simbólico, que estas comunidades necesitan para la lucha que día a día marcan su cotidiano vivir.

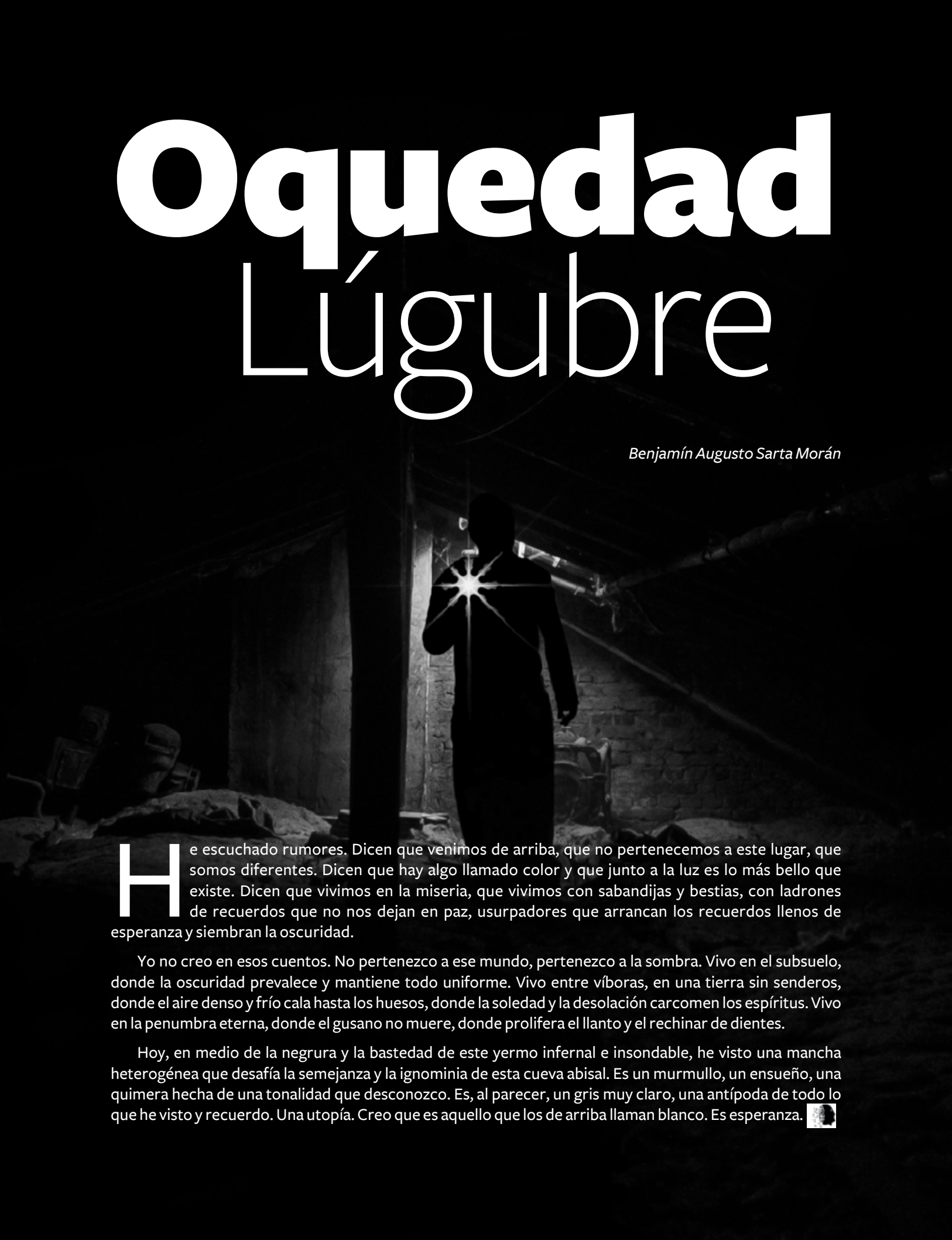
Noche Herida es un diario de campo, es una narrativa testimonial es un acercamiento hacia una mujer en específico que al mismo tiempo representa a todas las mujeres en medio del conflicto, representa su fuerza, su lucha interna y externa, para seguir adelante a pesar de la guerra, a pesar de los gobiernos, a pesar de la pobreza, representa a una de tantas guerreras que le resisten a la guerra y recuperan la vida. Mujeres semilla. 

“En *Noche Herida* se puede ver cómo la resistencia de la tradición oral, de las prácticas y rituales populares es la herramienta de recuperación de memoria y de enlazamiento con otros que están en la misma situación.”



Oquedad Lúgubre

Benjamín Augusto Sarta Morán



He escuchado rumores. Dicen que venimos de arriba, que no pertenecemos a este lugar, que somos diferentes. Dicen que hay algo llamado color y que junto a la luz es lo más bello que existe. Dicen que vivimos en la miseria, que vivimos con sabandijas y bestias, con ladrones de recuerdos que no nos dejan en paz, usurpadores que arrancan los recuerdos llenos de esperanza y siembran la oscuridad.

Yo no creo en esos cuentos. No pertenezco a ese mundo, pertenezco a la sombra. Vivo en el subsuelo, donde la oscuridad prevalece y mantiene todo uniforme. Vivo entre víboras, en una tierra sin senderos, donde el aire denso y frío cala hasta los huesos, donde la soledad y la desolación carcomen los espíritus. Vivo en la penumbra eterna, donde el gusano no muere, donde prolifera el llanto y el rechinar de dientes.

Hoy, en medio de la negrura y la bastedad de este yermo infernal e insondable, he visto una mancha heterogénea que desafía la semejanza y la ignominia de esta cueva abisal. Es un murmullo, un ensueño, una quimera hecha de una tonalidad que desconozco. Es, al parecer, un gris muy claro, una antípoda de todo lo que he visto y recuerdo. Una utopía. Creo que es aquello que los de arriba llaman blanco. Es esperanza. 



*“Siempre imaginé que el Paraíso
sería algún tipo de biblioteca”.*

Jorge Luis Borges

ANAQUEL

**Entre París y Bogotá. Caminata
nocturna en clave ficcional**

Julián Ricardo Campos Granja

24

**El suceder en la tenue
luz de la noche**

Adriana María Vera Arias

30

Entre París y Bogotá. Caminata nocturna en clave ficcional

Julián Ricardo Campos Granja

*There's a shadow just behind me,
Shrouding every breath I take,
Making every promise empty,
Pointing every finger at me.
[...] I will work to elevate you,
just enough to bring you down.*

(Keenan, 1993, abril 6, 0:53-1:05; 2:29-2:34).



Este texto presenta una breve reflexión crítico-hermenéutica sobre la lectura alegórica que Walter Benjamin hace de París en el *Libro de los pasajes*, acompañada de dos registros discursivos: uno propiamente literario encarnado en una selección de citas de obras literarias que desarrollan experiencias asociadas con la noche y la escritura y otro con modestas pretensiones literarias que desarrolla experiencias de caminata nocturna a través de las calles Bogotanas encaladas en Chapinero. En este sentido, el texto se divide en cuatro secciones asociadas a epítetos con los cuales se califica a la noche, en las cuales se unen los tres registros discursivos para realizar una transposición narrativa que va desde la reflexión teórico literaria hasta la elaboración con pretensiones literarias, que pasa por la enunciación de fragmentos propiamente literarios.

El fragmentario *Libro de los pasajes* (1982/2005) de Walter Benjamin no es el producto de un pensamiento inconexo o carente de coherencia argumental, es la expresión de un proyecto filosófico que espera desarrollar una crítica seria a la cultura y a la sociedad europea de finales del siglo XIX sustentada en dos vertientes de pensamiento: el materialismo histórico y el mesianismo.

El historicismo es para el pensador alemán la forma de ver el mundo, que a través de la máscara del ideal de progreso esconde la falsa idea de una historia cronológica-teleológica, detrás de la que se encubren un sin número de eventos y circunstancias que dan cuenta de la opresión de los pueblos y de la crisis de una sociedad construida sobre el valor económico de los objetos. En este sentido, el materialismo histórico es la herramienta teórica que permite destruir la idea del continuum del progreso al entender la historia como un proceso dialéctico en el que chocan fuerzas careadoras que construyen universos de significación.

El elemento mesiánico se constituye entonces en Benjamin como el intento de realizar una mirada no historicista del pasado que permite ver hacia el futuro con la esperanza de una redención, entendida como oportunidad de cambio en la estructura de la dominación que ejerce el capitalismo sobre la cultura y la sociedad europea del siglo XIX.

Si para Benjamin “El mundo dominado por sus fantasmagorías es –para servirnos de la expresión de Baudelaire– la modernidad” (1982/2005, p. 63), entonces el objetivo central de este texto es presentar una breve lectura alegórica de la noche en Chapinero desde la mirada fictiva de la clásica figura del *Flâneur*¹ baudeleriano, re-interpretada por Benjamin, que centra su mirada en los rasgos de una modernidad en ruinas, de una modernidad en crisis que se abre al caminante nocturno en la posibilidad de reconocer en sus pasos a una ciudad: deseante, clara, agónica y terminal.

“Me acerqué.
-eh, ¿tenéis alguno de vosotros un cigarro?
Esto realmente puso a saltar la goma.
Me quedé allí mirando y ellos volvieron a
bracearse y agitarse.
-¡Nosotros no fumamos hombre! pero,
hombre, nosotros no... fumamos cigarrillos.”
(Bukowski, 1974/2013, p. 142).



1 ¿Qué es un *Flâneur*? El significado explícito de esta palabra francesa define a aquel sujeto que deambula por la ciudad sin rumbo fijo, que pasea sin saber a dónde va, curioseando aquí y allá sin hacer nada de provecho perpetuando un callejeo ocioso. Baudelaire retoma esta figura y la redefine como aquel paseante urbano que posee una conciencia crítica y que, en su caminar con la muchedumbre parisina, no se deja absorber por la dinámica mercantilista. El artista entendido como *Flâneur* es aquel ser capaz de abstraerse de la cotidianidad; ver más allá de las fantasmagorías del progreso encarnadas en cada rincón de la ciudad y que, motivado por su conciencia crítica, se dedica a la producción artística, a la elaboración de una obra de arte pensada hasta el más mínimo detalle que se escapa de la valoración meramente económica de la actividad laboral. Para Baudelaire el poeta *Flâneur*, que ya no es el ser privilegiado con aureola del Romanticismo, es obligado a ver la belleza encarnada en lo más bajo y a encontrar en las profundas paradojas de la sociedad del siglo XIX el motivo de su creación artística. Es en este sentido que la reinención baudeleriana de la figura del *Flâneur* se convierte en el constructor de la alegoría de la modernidad para Benjamin. Ahora bien, es justamente la conciencia crítica y la posición ética que se desprende de ella, como características del procedimiento alegórico baudeleriano, lo que llama la atención de Benjamin para constituir al poeta francés como *Flâneur* al considerar este núcleo creador como la semilla de la que luego se puede pasar a la esperanza de la redención: “Si, según la fórmula inolvidable de Walter Benjamin «la mirada del alegorista que aborda la ciudad es la mirada del alienado», mientras que la mirada del alegorista medieval buscaba y encontraba tras las apariencias del mundo la patria de lo imperecedero, el poeta moderno es recompensado con la poesía por la pérdida de la patria de lo imperecedero” (Jauss, 1995, p. 159).

[21:45-Calle 51 con carrera 9na].
Un poco de loción, la chaqueta negra,
el dinero en el bolsillo
y el teléfono cargado a tope.
Esta noche me voy de ti, me voy de mí;
esta noche me voy. *Redspider*.

DESEOS

La imagen fotográfica de París lleva a Benjamin a leer la ciudad misma y su proceso de reconstrucción como alegoría expresa del interés de controlar y dominar a cualquier sujeto que intente sublevarse. Así pues, del interés artístico que se presupone en el proceso de reconstrucción de la ciudad luz se pasa a la subyugación del arte a manos de la técnica –y las tecnologías del poder hegemónico–: “El ideal urbanístico de Haussmann eran las perspectivas sobre las que se abren largas hileras de calles. Este ideal corresponde a la tendencia, habitual en el siglo XIX, a ennoblecer las necesidades técnicas mediante pseudofines artísticos” (1982/2005, p. 60). En este sentido, la urbe reconstruida por Haussmann es la máscara más grande de la idea del progreso y la civilización, pues es el espacio y el tiempo en donde conviven todas las *fantasmagorías*, espacio y tiempo en la ciudad se convierten en un sedante para la muchedumbre oprimida. La palabra del poeta se hace prueba de esta idea en el siguiente fragmento del poema “La máscara” contenido en el “Spleen et ideal” de Las flores del mal:

*-Mas no, es sólo una máscara, un decorado falso,
este rostro que alumbra una mueca exquisita,
y mira, ahí puedes ver, atrocemente crispada,
la verdadera cara, la cabeza sincera/
trastocada al abrigo de la cara que miente.
¡Ah, pobre gran belleza! El magnífico río
de tus llantos afluye a mi pecho doliente; tu
mentira me embriaga y mi espíritu abrevia
del veneno que arranca el Dolor de tus ojos.
(1857/1998, p. 139).*

*“Hace calor. La noche está caliente.
Parece como si estuviera en la mitad de una
pistola ardiente, recién disparada.
La noche huele a pólvora, a dinamita con
flores y alcohol. Estoy perdido.”
(Chaparro Madieto, 2003, p. 93).*

[22:20-Carrera 9 con Calle 59]. Siempre
quise entender por qué nunca una mu-
jer salió conmigo de un bar camino de
mi casa;
Justo ahora lo entiendo, recién entro
al Coyote y siento breves puñaladas en
mí, los ojos hambrientos me desnudan
en breve, en los rostros dueños de esos
ojos que me tocan crispados veo las
imágenes que pasan por sus mentes, es
como si mil falos ya se hubieran clavado
en todos los orificios de mi cuerpo, los
que hay y los que se pueden crear, aho-
ra entiendo porque nunca una mujer
salió conmigo de un bar camino de mi
casa, no podemos enmascarar los de-
seos. *Redspider*.

CLARIDAD

La irrupción del hierro como material de construcción en la arquitectura parisina del siglo XIX es el elemento alegorizado en la reflexión que dedica Benjamin a “Fourier y los pasajes”. Allí es el hierro el objeto que transforma la construcción arquitectónica en un asunto técnico más que artístico. Según el filósofo alemán los arquitectos de la época de Napoleón –primera mitad del siglo XIX– no comprendieron “la naturaleza funcional del hierro, con el que el principio constructivo adquiere preponderancia en la arquitectura” (1982/2005, p. 51).

En este sentido, más allá de la *fantasmagoría* de los pasajes como espacios bellamente iluminados y contruidos para el deleite mercantil de las masas, se esconde la ruptura del equilibrio entre los tres elemen-



▲ Walter Benjamin
(Pseudónimo: Benedix
Schönflies, Detlef Holz)
(Berlín, Imperio alemán; 15
de julio de 1892 – Portbou,
España; 27 de septiembre
de 1940) fue un filósofo,
crítico literario, crítico
social, traductor, locutor
de radio y ensayista alemán.
Su pensamiento recoge
elementos del Idealismo
alemán o el Romanticismo,
del materialismo histórico
y del misticismo judío
que le permiten hacer
contribuciones perdurables
e influyentes en la teoría
estética y el Marxismo
occidental. Su pensamiento
se asocia con la Escuela de
Frankfurt.

tos fundamentales del principio constructivo de la arquitectura: la *venustas* –belleza–, la *firmitas* –firmeza– y la *utilitas* –utilidad–, sobre los que se funda el valor artístico del proceso de construcción arquitectónica. Ese equilibrio es entonces remplazado por la preeminencia del principio de utilidad en la construcción derivado del interés mercantil que motiva la edificación de estos pasajes.

Esta *fantasmagoría* también tiene su correlato en la obra poética de Baudelaire, quien en el poema “La muerte de los artistas” presente en *Las flores del mal* (1857/1998) ve cómo el artista es condenado por el mercantilismo a ofrecer su producción artística como una mercancía, como un objeto alienado que ha perdido su valor de uso en el valor de cambio que le ha dictado la sociedad moderna: “¿Agitar cuántas veces mis cascabeles debo/y besar tu baja frente, triste criatura?/ Para dar en el blanco, de una mística esencia, ¿Cuántos, oh mi carcaj, dardos debo perder? (p. 477).

“Ven al agua, me dijo. Corrimos para lanzarnos sobre las primeras olas. Dimos algunas brazadas y ella se pegó contra mí. Sentí sus piernas en torno de las mías y la deseé” (Camus, 1949, p. 79).

[2:30-Calle 64 con Caracas]. Si, ya no..., sí, ya no. Ven, cuánto vale. Sí, va, pero me gusta tocar las pantorrillas cuando tienen puestos los tacones, sí, así..., sí, ya no. Objetos momentáneos. Muros y barandas dentro de muros-barandas, una ciudad dentro de una ciudad que se esconde nocturna, sólo luces artificiales para artificiales satisfacciones. Una triada: deseo, consumo y oportunidad. Yo no estoy contigo y tú tampoco conmigo. Pago para revivir mi fantasma, cobras para esconderte de tus fantasmas. Estoy dilatando mi conciencia, el alcohol ya ganó la partida, cuántas movidas hasta el fin de la partida. Redspider.

AGONÍAS

Es el caminante alienado de los pasajes en quien se encarna la tensión interior-exterior que Benjamin define como el afán imperioso del hombre moderno por dejar la impronta de su existencia individual en el espacio privilegiado de la intimidad, su habitación. “Luis Felipe o el interior” alegoriza el espacio de la intimidad a través de la tendencia moderna a volcar al hombre hacia la exterioridad, hacia los pasajes abiertos y las calles descubiertas en donde es más fácil envenenarlo con la mercancía y cerrarle las posibilidades de construir valores no económicos para los objetos con los que trata a diario.

Pero la tensión interior-exterior tiene en Benjamin otra arista que se desprende de la incursión de la fotografía en el siglo XIX en París, analizada en “Daguerre o los panoramas”. “El mal vidriero”, poema en prosa de Baudelaire alegoriza la técnica del daguerrotipo así:

Presentose al cabo: examiné curiosamente todos sus vidrios y le dije: «¿Cómo? ¿No tiene cristales de colores? ¿Cristales rosa, rojos, azules; ¿cristales mágicos, cristales de paraíso? ¿Habrá imprudencia? ¿Y se atreve a pasear por los barrios pobres sin tener siquiera cristales que hagan ver la vida bella? Y le empujé vivamente a la escalera, donde, gruñendo, dio un traspié».

Me llegué al balcón y me apoderé de una maceta chica, y cuando él salió del portal dejé caer perpendicularmente mi máquina de guerra encima del borde posterior de



▲ Louis-Jacques-Mandé Daguerre, más conocido como Louis Daguerre (Cormeilles-en-Parisis, Valle del Oise, Francia, 18 de noviembre de 1787-Bry-sur-Marne, Valle del Marne, Francia, 10 de julio de 1851), fue el primer divulgador de la fotografía, tras inventar el daguerrotipo, y trabajó además como pintor y decorador teatral.

sus ganchos, y, derribado por el choque, se le acabó de romper bajo las espaldas toda su mezquina mercancía ambulante, con el estallido de un palacio de cristal partido por el rayo. (1867/1974, p. 16).

“Sara se para en ropa interior y me sigue hasta la sala. Está esperando que yo diga algo. En cambio, busco la chaqueta y el morral. [...] Paso por el lado de Sara, ella abre las manos como preguntándome si soy capaz de irme. [...] Sara no puede soportar cuando me quedo callado durante una discusión, le parece que me pongo por encima de ella. Maricón, dice Sara, y tira la puerta.” (Campo, 2014, p. 17).

[4:55-Calle 42 con Caracas]. El azul culpable está sobre mi cabeza. Pequeñas carrozas amarillas. Calle ##, con ##, Apartamento ###. Gracias. Un sorbo de agua. Pudo ser peor. A qué huelen mis manos. El último cigarro y uno más para el cochero nocturno, incluso el amanecer puede seguir siendo una bocanada. Redspider.

FIN DE PARTIDA

“Baudelaire o las calles de París” es el punto final de la reconstrucción alegórica de la lectura que Benjamin hace del poeta de la ciudad, en la que él es caracterizado de forma diferenciada en la edición de 1935 y en la de 1939. En la primera se afirma que “El ingenio de Baudelaire, que se nutre de la melancolía, es alegórico” (1982/2005, p. 44. Cursivas añadidas), mientras que en la segunda se afirma que “el genio de Baudelaire, que se nutre de la melancolía, es un genio alegórico” (1982/2005, p. 57. Cursivas añadidas).

¿Puede entonces hacerse una interpretación que rompa la aparente oposición entre los epítetos con los que es descrito el autor de *Las flores del mal*? Las dos afirmaciones anteriores pueden leerse de la siguiente manera: el genio es entendido como voluntad artística creativa de donde surge el in-

genio como capacidad expresiva que se traduce en una obra poética capaz de liberar energías revolucionarias que encaminen un genuino proceso de *iluminación y redención*. ¿Puede verse entonces a Baudelaire como poseedor de un ingenio que eleva al genio y a su obra bajo esta interpretación? El siguiente fragmento del poema “Sueño parisino”, contenido en “Cuadros parisinos” de *Las flores del mal*, justifica esta lectura:

*De este paisaje tan terrible,
como jamás mortal ha visto
la imagen aún esta mañana
vaga y lejana, me embelesa.
[...] Y sobre este esplendor movible
volaba (¡horrenda novedad!,
inada al oído, todo al ojo!)
el gran silencio de lo eterno.
(1857/1998, p. 397).*

En suma, la lectura alegórica que hace Benjamin de la ciudad luz en el Siglo XIX, que ha sido apoyada en diversos fragmentos de la obra poética de Baudelaire, lleva a preguntarse por el personaje que hace posible esta visión de París y la modernidad. La respuesta está en la figura del Flâneur que Baudelaire construye para sí y que terminará por caracterizar también a Benjamin como lector crítico-alegórico, asunto que será tema de una discusión por venir.

*“De lo perdido, de lo irremediablemente perdido,
sólo deseo recuperar la disponibilidad cotidiana de mi escritura, líneas capaces de cogerme el pelo
y levantarme cuando mi cuerpo ya no quiera aguantar más. (Significativo, dijo el exranjero)”
(Bolaño, 2007, p. 119).*

[5:55-Carrera 51 con calle 9na]. No estoy dormido, sólo he adormecido la mirada nocturna entre deseos, claridades, agonías. Fines de partidas. Redspider.



▲ Charles Pierre Baudelaire (9 de abril de 1821 - 31 de agosto de 1867) fue un poeta, ensayista, crítico de arte y traductor francés. Paul Verlaine lo incluyó entre los poetas malditos de Francia del siglo XIX, debido a su vida bohemia y de excesos y a la visión del mal que impregna su obra. Barbey d'Aurevilly, periodista y escritor francés, dijo de él que fue el Dante de una época decadente. Fue el poeta de mayor impacto en el simbolismo francés. Las influencias más importantes sobre él fueron Théophile Gautier, Joseph de Maistre (de quien dijo que le había enseñado a pensar) y, en particular, Edgar Allan Poe, a quien tradujo extensamente. A menudo se le acredita de haber acuñado el término «modernidad» (*modernité*) para designar la experiencia fluctuante y efímera de la vida en la metrópolis urbana y la responsabilidad que tiene el arte de capturar esa experiencia.



BIBLIOGRAFÍA

- Baudelaire, C. (1857/1998). *Las flores del mal*. (L. Martínez de Merlo, Trad.). Madrid, España: Cátedra.
- Baudelaire, C. (1867/1974). *Paraísos artificiales; El Spleen de París*. (L. Oyarzún, Trad.). Buenos Aires, Argentina: Losada.
- Benjamin, W. (1982/2005). París capital del siglo XIX. En *Libro de los pasajes* (pp. 37-63). (L. F. Castañeda, I. Herrera y F. Guerrero, Trad.). Madrid, España: Akal.
- Bukowski, C. (1974/2013). *La máquina de follar* (24ta ed.). (J. M. Álvarez y Á. Pérez, Trad.). Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- Bolaño, R. (2004). *Amberes* (3ra ed.). Barcelona, España: Editorial Anagrama.
- Campo Becerra, Ó. D. (2014). *Los aplausos* [Premio Nacional de Cuento-Bogotá 2013]. Bogotá, Colombia: Taller de Edición Rocca.
- Camus, A. (1949). *El Extranjero*. (B. Del Carril, Trad.). Buenos Aires, Argentina: Emecé. [Obra original publicada en 1942 por Gallimard]
- Chaparro Madiedo, R. (2002). *Opio en las nubes*. Bogotá, Colombia: Babilonia.
- Jauss, H. R. (1995). El recurso de Baudelaire a la alegoría. En *Las transformaciones de lo moderno* (pp. 143-159). (R. Sánchez, Trad.). Madrid, España: Visor.
- Poulet, G. (1997). Baudelaire. En *La conciencia crítica: de Madame de Staël a Barthes* (23-43). (L. Vázquez, Trad.). Madrid, España: Visor.
- Keenan, M. J. (1993, abril 6). Sober [Grabada por Tool]. En *Undertow* (CD). Los Angeles, CA: Zoo Entertainment, BMG music.



El suceder en la tenue luz de la noche

Adriana María Vera Arias

De una anécdota a una reflexión ética

Como punto de partida haré alusión a una de las noches más significativas de la historia contemporánea de occidente, un momento de inflexión donde el valor de ser humano empezó a ser tergiversado y destruido, *La Noche de los Cristales Rotos*, la cual exalta la vulnerabilidad de las noches cuando se enardecen los juicios y prejuicios de las mayorías y toman un valor estratégico para las acciones de represión, eliminación y exterminio.

En el noviembre de 1938, simpatizantes del régimen nazi agreden a parte de la población judía en sus negocios comerciales y viviendas, rompiendo ventanas y saqueando las propiedades, para dar paso luego a la agresión directa sobre las personas. Esta situación terminó con varias muertes y dio comienzo al exterminio judío, lo que permitió la validación de las acciones del gobierno incrementando su popularidad; un hecho claro de deshumanización.

Tal evento fue descrito en breves líneas en un libro que me fue sugerido para la vida, *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince. En una de las tantas anécdotas descritas en este libro, el autor hace mención a *La Noche de los Cristales Rotos* en medio de un episodio paternal y muy pedagógico para corregir a un niño ante una falta gravísima de discriminación y repudio a la diferencia. Sin concluir esto en un castigo, sirvió para ilustrar y desde el conocimiento y la memoria validar la condición humana ligada al respeto de la dignidad de cada persona y a la cual no se puede renunciar ni forzar su renuncia en ningún momento.

Así pues, se ha hecho uso de la historia a través de la literatura para iluminar el camino y hacer la reflexión ética que se nos exige en estos tiempos, en los cuales los individuos han desconectado a la realidad del valor de la historia y sus implicaciones en lo político: lo que nos implica a todos y define el todo, que es la realidad.

EL VALOR DE UN RELATO FUERTEMENTE POLÍTICO

Es por ello que esta vez quisiera hacer un gesto de reflexión y análisis citando fragmentos de una obra de ficción, una obra tan cierta como nuestro presente, para explicar y desarrollar con brevedad la base de una idea que frecuentemente me asalta: la noción y el hecho de que la noche se ha perfilado con una fuerte carga política en cuanto esta ha sido utilizada e instrumentalizada como espacio, momento y símbolo para la construcción de poderes relacionados con acciones coercitivas, represivas como acciones de resistencia (violentas o pacíficas).

La obra literaria en mención es: *Rebelión de los oficios inútiles* de Daniel Ferreira, la cual particularmente sin proponérselo me da herramientas para graficar y describir elementos significativos en el análisis a sugerir.

La historia allí narrada no es lineal y juega en tres diferentes momentos con tres personajes que logran tener relación sin necesariamente encontrarse todos en la historia. Estas situaciones múltiples intentan ser ancladas a una época, los años 70's, de lo que parecería es una Colombia tal cual se vivió en esos años, más no es mucho el esfuerzo conceptual y del saber para entrever que se está hablando de la Colombia del ayer y del hoy, un país que se ha quedado congelado en sus miedos, sus trampas y las nostalgias de unos futuros que no han sido.

El escenario se reduce a un pequeño pueblo que se debate entre lo rural y sus intenciones y aspiraciones por lo urbano, buscando así las soluciones para los males tradicionales: la desigualdad económica, la ausencia de ciudadanos en derechos y con mirada crítica para construir lo público, una institucionalidad corrupta y excluyente y una estructura social rígida basada en los privilegios y abusos sobre una mayoría marginada históricamente.



▲ Héctor Joaquín Abad Faciolince (Medellín, 1 de octubre de 1958) es un escritor y periodista colombiano, mejor conocido por sus libros **ANGOSTA**, que obtuvo en abril de 2005 en China el premio a la mejor novela extranjera, y **EL OLVIDO QUE SEREMOS**, sobre la vida y asesinato de su padre Héctor Abad Gómez, que fue otorgado el premio Casa de América Latina de Portugal por el libro como mejor obra latinoamericana y el Premio Wola-Duke en Derechos Humanos. Además ha recibido un Premio Nacional de Cuento, una Beca Nacional de Novela (1994) y dos Premios Simón Bolívar de Periodismo de Opinión (1998 y 2006).

Allí entran en juego los personajes que manifiestan en sus historias de vida y personificaciones los actores sociales con los que tradicionalmente hemos definido este proyecto colectivo llamado Colombia: una campesina, anciana, aguerrida, líder, persistente y sabia; un periodista, joven, controvertido, arriesgado y ambicioso; un terrateniente, viejo, confundido, maleable, egoísta y preso del pasado.

Este escenario sirve para describir con nostalgia los conflictos que nos componen, desde la exaltación del uso de la fuerza para privar el inconformismo con medidas militares habilitadas a través de los estados de sitio y los toques de queda y el mayor de los conflictos, el nunca saldar la deuda sobre la apropiación de la tierra entre los que han tenido mucho sin hacer nada y los que no han tenido nada trabajando mucho.

LA RESISTENCIA VA ACOMPAÑADA CON FUEGO

Para iniciar el análisis tomaré una fuerte imagen a la que Daniel Ferreira le da vida en forma de denuncia, una apología a la historia que hemos construido sin conciencia de lo que se ha hecho y permitido; es una imagen que da voz a innumerables luchadores sociales que vienen de las bases sociales desprotegidas y marginadas de nuestras sociedades. La imagen expone una constante en nuestra vida política marcada por la inequidad, desigualdad y regresión que va de lo social, cultural, económico y concluye en el todo que es político.

El cuadro muestra una invasión de campesinos despojados que regresan a sus tierras ancestrales, acontece en las horas de la noche. Los protagonistas son una multitud que tiene vida propia compuesta a varias manos por mujeres, hombres y niños, y se mantiene por la causa que la impulsa: defender la vida misma. Aquí la noche es vida, es sangre caliente, son respiros constantes y cálidos, es un recorrido largo, difícil pero que mantiene

los ánimos atentos, es sentir la fuerza que tiene el fuego que los acompaña.

La invasión empezó el lunes 24, a las dos de la mañana. Iban con antorchas que iluminaban apenas los vestidos floridos de las mujeres y las barrigas inflamadas de los niños raquítricos. Los hombres iban armados con garrotes y varillas. No gritaban. Iban en silencio, subiendo el cerro, un ejército de termitas desarrapadas, susurrante, cuatrocientas familias, dos mil invasores, según el expediente; llevaban plásticos y lazos para levantar las tiendas provisionales del campamento que sería su hogar. Las alambradas desgastadas por la herrumbre eran obstáculos fáciles de salvar en los lugares donde habían caído sus postigos roídos por la intemperie, y las vallas de PROHIBIDO – NO PASE – PROPIEDAD PRIVADA eran arrancadas para servir de puente en los pasos enlodados. Los alambres aún tensos eran cortados por un hombre que esgrimía al frente la procesión unas pinzas de herrero. Junto a este hombre avanzaba, despacio, la anciana. Tenía el pelo muy blanco y partido en dos moños trenzados como espigas de trigo que le escurrían sobre los hombros.

–Ana Dolores– le dijo el hombre de las tenazas–: las antorchas ya deben verse desde el pueblo.

–Mejor: así sabrán que la protesta iba en serio.

–¿Y si salen los toros a misa?

–Que vengan juntos, ejército y policía.

–¿Y si disparan?

–Que disparen, Lorenzo. A nosotros ya no pueden matarnos, porque para el gobierno no existimos: ya estamos muertos.

El machetero quiso replicar, pero guardó silencio y cortó una nueva



cerca de alambre con sus tenazas y la valla de aluminio que se sostenía de un hilo plateado con el anuncio BIENVENIDOS -CLUB KIWANIS- NO SIGA SIN SER AUTORIZADO se fue al suelo.

Un tropel de pies embarrados se precipitó en la explanada haciendo crujir las latas del anuncio.

Eran dos mil, entre hombres y mujeres de todas las edades, todos flacos, sin zapatos, iluminados con la luz de las teas, armados con palos y piedras y cartones y plásticos.

Allá iban.

Era noviembre. Y llovía.

*Bajo Estado de Sitio.
(Ferreira, 2015, p. 25-26).*

Este fragmento habla por sí solo y justifica mi elección, en comienzo habilita a la noche en su forma de espacio, pues mientras se da y avanza la noche es en ella donde se materializan las luchas sociales y toma forma la resistencia, esta vez en manos de un grupo de campesinos e indígenas que buscan reivindicar sus derechos de propiedad sobre una zona denominada “propiedad privada”, la cual solo pudo llegar a serlo luego del saqueo y el despojo a sus antiguos propietarios, quienes ven en ese pedazo de tierra más que un interés monetario, ven vida, esperanza, futuro, el todo por el que están en este mundo.

Será en las horas de la noche cuando se hace posible la organización consiente que tejerá una dirección de acción a través de la toma del territorio con la presencia de los cuerpos, pero también con los elementos necesarios para que los cuerpos puedan mantenerse en pie, lo cual conlleva a la transformación del entorno con la aparición de cambuches improvisados, de objetos básicos como prendas de vestir, ollas, palos, plásticos, alimentos; pero también fuego, antorchas, piedras que casi siempre son más que objetos ais-

lados, son armas de batalla tan necesarios para mantener los cuerpos en pie.

En estas noches empoderadas que toman forma de resistencia, de ardiente inconformismo, los protagonistas son cruciales. Por ejemplo, Daniel Ferreira alude al papel de los centinelas, los cuales particularmente expresan la fuerza y la voluntad de sobrevivir en la noche, de vencer el agotamiento, y también sobresale el porqué de su necesidad; pues en el vacío sobrevalorado de la noche existe la constante amenaza, la zozobra del inminente ataque, que puede venir de cualquier dirección y aparecer en cualquier momento gracias a la indeterminación de la noche de su sin-forma, donde los límites y fronteras que en el día existen se van perdiendo cuando la oscuridad se apodera de la existencia. Y es la oscuridad confrontada con el uso del fuego que actúa como arma y mantiene los cuerpos unidos, a la multitud en acción, otorgando potencia para la supervivencia.

Así es como en medio de lo que puede parecer total silencio y tranquilidad

“En el vacío sobrevalorado de la noche existe la constante amenaza, la zozobra del inminente ataque, que puede venir de cualquier dirección y aparecer en cualquier momento.”



de un “todos” que duerme y cuando lo normal es que no haya actividad, el inconformismo puede ser, darse y realizarse, se camufla en la idea dominante de inacción y derrota asignada a la noche de forma injusta.

Hasta aquí aquella mirada a la noche como espacio que la ubica como plataforma de expresión para la indignación: el detenerse a pensar, el acercamiento, la incitación, la búsqueda del mejor momento para la acción y la creación. Pero también sirve para definir desde lo literario cómo la noche es una representación del olvido, de lo desconocido y del desconocimiento, de ignorancia, de indiferencia, de lo inconsecuente, de impunidad, eso es lo que sobresale cuando la invasión de los campesinos procede en la noche y crece en las jornadas del silencio mientras un pueblo y las autoridades duermen, un estado de letargo que se da en las noches y que no es extraño también en los días trazando un continuo para mantener el status quo e impedir el cambio y el proceder de la justicia.

EL MOMENTO PARA EL TERROR

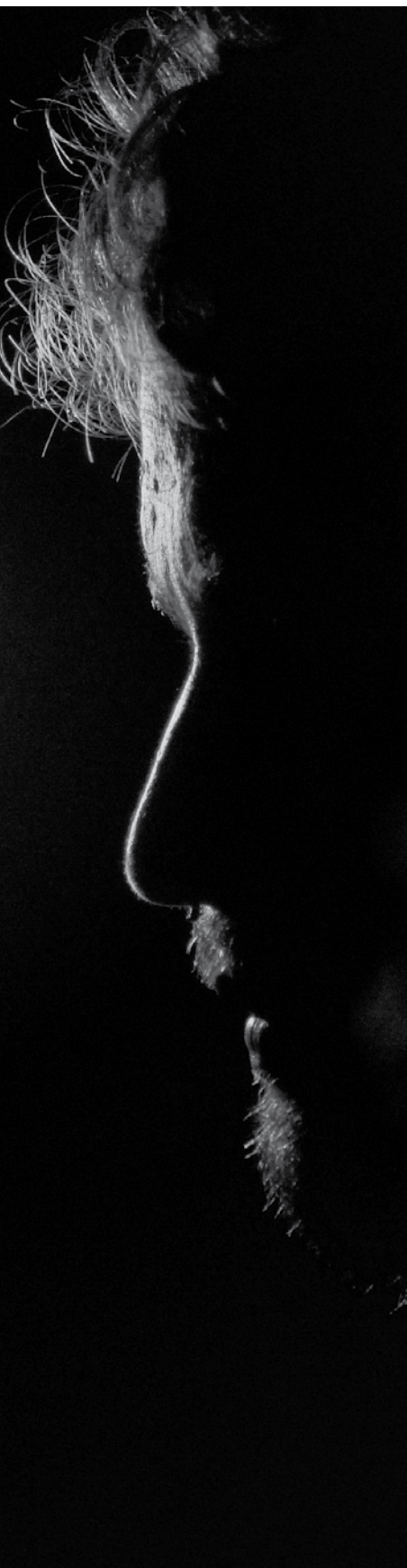
Por otra parte está la mirada de la noche como momento y símbolo, sin apartarnos del relato anterior plantearé el valor de estas dos categorías incorporadas en el análisis que salen a flote en medio del relato que incorpora un escenario de orden social demarcado por el estado de sitio y la estrategia del toque de queda para contener a los opositores y regular los movimientos de quienes están a favor del esquema de dominación y mucho más de quienes presentan cuestionamientos y quieren expresarlos.

Esta vez la imagen trazada por el autor enmarca a una población en toque de queda que se ve golpeada por un ataque de terror tras la explosión de una bomba en un lugar residencial que sirve de sede para el único periódico en el pueblo. Además, es un atentado directo sobre la vida de la única persona que lidera este portal de opinión libre y quien aspira a través de

la descripción de los hechos cotidianos despertar las conciencias críticas de los habitantes del pueblo, sin mucho éxito pues para combatir el matrimonio de la ignorancia e indiferencia hace falta más que buenas intenciones y buena redacción.

No vio ni escuchó el camión que resolvió en la calle al frenar, ni los susurros de las botas militares que se fueron acercando, ni vio el rostro miope que se asomó a la celosía sin poder distinguir un par de manos blancas de mujer de un par de manos torpes de periodista para percatarse de que eran sus manos de pianista y no mis propias manos lo que alcanzó a ver entre los barrotes de la ventana y luego y de nuevo el rumor de las botas y el chisporroteo de la mecha rápida y el motor de camión alejándose, (...) cuando escuchamos, nítida, penetrante, la onda expansiva de la explosión, y luego el eco del fogonazo que fue repercutiendo por las calles del pueblo sometido a toque de queda, la explosión acabó con la fachada de mi casa y descuajó la ventana de la biblioteca y derribó parte del techo y escupió esquirlas que se clavaron en el cuerpo de mi hermana Luisa y partieron en dos el piano Apollo que fue de mi madre y pulverizaron el archivo del periódico que yo había fundado, La Gallina Política, (...) la explosión provenía de mi calle, del periódico, y las manos me sudaban en parte por las palpitaciones y en parte por las corazonadas, y entonces giramos para enfilar al parque principal y fue cuando vi al pistolero en mitad de la calle, como sacado de una película de Howard Hawks, con las piernas abiertas y la pistola en la mano, mirándome con sus ojos lánguidos, unos ojos que nunca olvidaré, y el revólver que se levanta, y Orozco que grita cuidado, Borja, y da un bandazo y el disparo que cuarteó el parabrisas de la carroza y el tipo que se perdió en la noche y nos quedamos ahí, aturcidos, perturbados, atolondrados, fotógrafo y reportero, con las llantas girando en el aire, el parabrisas agrietado y la carroza vuelta de través, sin saber que ocurría, sin saber si el pueblo se





había vuelto loco, o por qué no salía, por qué seguía resguardado tras las puertas y los mil cerrojos, asomándose por hendijas mientras las bombas explotaban frente a los periódicos y los sicarios atalayaban y el gobierno prohibía y los inocentes caían aplastados como moscas. (Ferreira, 2015, p. 44-46).

La condición particular de este fragmento se descubre al exaltar la noche en su faceta de momento, pues llega a ser medida como el instante predilecto para la agresión ante la mirada inadvertida de los testigos que no logran percatarse de los acontecimientos y cada uno de sus detalles, que se pierden junto con la forma de las cosas que dejan de serlo para convertirse en otras con la ayuda de la imaginación, donde no existen los colores como los conocemos durante el día, y las fronteras entre las acciones del bien y del mal son difusas, donde todos huelen igual en medio de otros olores que sobresalen y los movimientos y expresiones son semejantes.

Entonces, es la noche un momento cómplice de la impunidad, debido a que los acontecimientos no son claros solo suceden y quedan bajo la certeza de quienes los llevan a cabo y son un hecho para quienes son victimizados. Se convierte en momento ideal de duelo para la expresión del llanto, del miedo, del sentir pánico en medio de la quietud y la vulnerabilidad que hace de los inocentes los primeros en ser victimizados.

La noche se conecta con su uso simbólico, al ser útil en la aparición del terror, el miedo y sus efectos. La noche se convierte así, esta vez, en enemiga de quien se mueve, se organiza y piensa; hace de la justicia su principal objetivo para exterminarla desde la indiferencia y la confusión que se recrea con el caos de la violencia, las muertes masivas o las desapariciones sistemáticas, métodos y acciones de fuerza que proceden en la distancia de las puertas bien cerradas, de las calles silenciosas y las sirenas o la supervisión aérea con las luces de alto poder

que vigilan y distinguen amenazas desde arriba.

Nuevamente, los protagonistas en el relato permiten entender desde su papel el porqué de estos usos de la noche, aquellos representan a los agresores, los actores del terror, se puede ver a la figura del estamento militar convertida en autoridad coercitiva validada socialmente desde las armas y la anulación de los ánimos de la población y de cualquier interés sobresaliente en ella.

Una actividad militar que es el principio y fin de todo cuando los métodos se validan a través del estado de sitio y normalizan actividades transgresoras como: la toma de poblaciones, las desapariciones de opositores políticos, las incursiones previas a las masacres, los desplazamientos forzados y las muertes selectivas, las torturas, los asedios a personas que son objetivos militares, entre muchos otros; traspasando las fronteras del deber cumplido, de la protección de los individuos a la violación de sus derechos bajo el escudo y la exploración de la tenue luz de la noche.

Estas facetas diversas de la noche, hasta aquí descritas (espacio, momento y símbolo), llegan a un punto común que la reducen a la violencia y la fuerza. No obstante, concibo que esto solo muestra una parte real de la carga política que califica a la noche y a la que me referí desde el comienzo, lo cual se queda en la superficie exhibiendo los resultados de la verdadera razón que se construye detrás y la cual exalta que la política y lo político se desarrollan a partir del origen y encuentro de las fuerzas (movimientos, personas, instituciones, organizaciones), que llegan a tener poder de acción y se activan tras un proceso de conciencia de su capacidad y necesidad transformadora llevada a un plano público y visible.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

- Ferreira D. (2015), *Rebelión de los oficios inútiles*. Colombia. Penguin Random House Grupo Editorial.



*“Vieja madera para arder, viejo vino para beber,
viejos amigos en quien confiar
y viejos autores para leer”.*

Sir Francis Bacon



RELEER

**La noche
de las metamorfosis**

Ángela María Ruiz Gaona



La noche de las metamorfosis

Ángela María Ruiz Gaona

Las horas nocturnas transcurren de distintas maneras. Para algunos, la noche es el descanso y el final del día, para otros, es el inicio, el momento de transformación, de revelarse en las versiones más oscuras, de cambiar de piel, de crearse en emociones, en formas de pensar; en otras palabras, se convierte la noche en el escenario de metamorfosis, que constituyen finalmente horizontes de sentido. Por ello, la literatura permite abordar las grandes metamorfosis de las palabras bajo el influjo de la luna, para componer personajes profundos y universales en obras maestras como *Drácula* del irlandés Bram Stoker, *Frankenstein* de la inglesa Mary Shelley, y *El extraño caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde* del escocés Robert Louis Stevenson.

La primera obra que presenta esta sección de **RELEER**, se interna en los pasajes de aquellos seres que se transforman en vampiros. De la antigua Transilvania, surgen personajes fantásticos que no pueden ver la luz, que se metamorfosean en las noches para encontrar su sangre. Entonces, Stoker crea a Van Helsing, el héroe que en *Drácula* los busca incesantemente para acabar con ellos y evitar más muertes. En este fragmento, toma relevancia el personaje de Lucy, una ardiente joven, que se transforma por las mordeduras de Drácula, en una vampira que debe ser asesinada. Así, un grupo de hombres liderados por Van Helsing, busca su cometido en medio del terror nocturno que acecha en el cementerio.

De la segunda, se comparte la noche en la que el proyecto de Frankenstein se hace realidad en la casa de su creador, el científico Víctor Frankenstein; pero este primer encuentro entre los dos será monstruoso. Shelley se exige magistralmente en describir toda la transformación de este ser, cosido con partes de otros, y ensartado en las chispas de la energía eléctrica y de los rayos de la naturaleza.

Y de la última novela, se hace referencia al fragmento en el que Jekyll cuenta los efectos de tomar la poción y cómo es esta transformación; y donde también interioriza sobre los interrogantes de lo humano con sus diferentes dimensiones. Stevenson explora profundamente esta metamorfosis de un Doctor inspirado en la ciencia, a un hombre que podría convertirse en un ser brutalmente violento, dos rostros en una misma persona. De allí que presentemos el capítulo 10 titulado: La confesión de Henry Jekyll, donde revela las connotaciones de su cambio en una noche.

En conclusión, el lector siempre se podrá encontrar con fascinantes metamorfosis que pueden ocurrir en una noche, en aquellos momentos en los que la luna acompaña el paso de las letras, con sus cambios sorprendentes y alucinantes. 

Drácula

Bram Stoker

XVI.— DEL DIARIO DEL DOCTOR SEWARD (CONTINUACIÓN)

Eran las doce menos cuarto en punto de la noche cuando penetramos en el cementerio de la iglesia, pasando por encima de la tapia, no muy alta. La noche era oscura, aunque, a veces, la luz de la luna se infiltraba entre las densas nubes que cubrían el firmamento. Nos mantuvimos muy cerca unos de otros, con van Helsing un poco más adelante, mostrándonos el camino. Cuando llegamos cerca de la tumba, miré atentamente a Arthur, porque temía que la proximidad de un lugar lleno de tan tristes recuerdos lo afectaría profundamente; pero logró controlarse. Pensé que el misterio mismo que envolvía todo aquello estaba mitigando su enojo. El profesor abrió la puerta y, viendo que vacilábamos, lo cual era muy natural, resolvió la dificultad entrando él mismo el primero. Todos nosotros lo imitamos, y el anciano cerró la puerta. A continuación, encendió una linterna sorda e iluminó el ataúd. Arthur dio un paso al frente, no muy decidido, y van Helsing me dijo:

—Usted estuvo conmigo aquí el día de ayer. ¿Estaba el cuerpo de la señorita Lucy en este ataúd?

—Así es.

El profesor se volvió hacia los demás, diciendo:

—Ya lo oyen y además, no creo que haya nadie que no lo crea.

Sacó el destornillador y volvió a quitarle la tapa al féretro. Arthur observaba, muy pálido, pero en silencio.

Cuando fue retirada la tapa dio un paso hacia adelante. Evidentemente, no sabía que había una caja de plomo o, en todo caso, no pensó en ello. Cuando vio la luz reflejada en el plomo, la sangre se agolpó en su rostro durante un instante; pero, con la misma rapidez, volvió a retirarse, de tal modo que su rostro permaneció extre-

madamente pálido. Todavía guardaba silencio. Van Helsing retiró la tapa de plomo y todos nosotros miramos y retrocedimos.

¡El féretro estaba vacío!

Durante varios minutos, ninguno de nosotros pronunció una sola palabra. El silencio fue interrumpido por Quincey Morris:

—Profesor, he respondido por usted. Todo lo que deseo es su palabra... No haría esta pregunta de ordinario..., deshonrándolo o implicando una duda; pero se trata de un misterio que va más allá del honor o el deshonor. ¿Hizo usted esto?

—Le juro por todo cuanto considero sagrado que no la he retirado de aquí, y que ni siquiera la he tocado. Lo que sucedió fue lo siguiente: hace dos noches, mi amigo Seward y yo vinimos aquí... con buenos fines, créanme. Abrí este féretro, que entonces estaba bien cerrado, y lo encontramos como ahora, vacío. Entonces esperamos y vimos una forma blanca que se dirigía hacia acá, entre los árboles. Al día siguiente volvimos aquí, durante el día, y vimos que el cadáver reposaba ahí. ¿No es cierto, amigo John?

—Sí.

—Esa noche llegamos apenas a tiempo. Otro niño faltaba de su hogar y lo encontramos, ¡gracias a Dios!, indemne, entre las tumbas. Ayer vine aquí antes de la puesta de sol, ya que al ponerse el sol pueden salir los “muertos vivos”. Estuve esperando aquí durante toda la noche, hasta que volvió a salir el sol; pero no vi nada. Quizá se deba a que puse en los huecos de todas esas puertas ajos, que los “no muertos” no pueden soportar, y otras cosas que procuran evitar. Esta mañana quité el ajo y lo demás. Y ahora hemos encontrado este féretro vacío. Pero créanme: hasta ahora hay ya muchas cosas que parecen extrañas; sin embargo, permanezcan conmigo afuera, esperando,

sin hacer ruido ni dejarnos ver, y se producirán cosas todavía más extrañas. Por consiguiente —dijo, apagando el débil rayo de luz de la linterna—, salgamos.

Abrió la puerta y salimos todos apresuradamente; el profesor salió al último y, una vez fuera, cerró la puerta. ¡Oh! ¡Qué fresco y puro nos pareció el aire de la noche después de aquellos horribles momentos! Resultaba muy agradable ver las nubes que se desplazaban por el firmamento y la luz de la luna que se filtraba de vez en cuando entre jirones de nubes..., como la alegría y la tristeza de la vida de un hombre. ¡Qué agradable era respirar el aire puro que no tenía aquel desagradable olor de muerte y descomposición! ¡Qué tranquilizador poder ver el resplandor rojizo del cielo, detrás de la colina, y oír a lo lejos el ruido sordo que denuncia la vida de una gran ciudad! Todos, cada quien a su modo, permanecemos graves y llenos de solemnidad. Arthur guardaba todavía obstinado silencio y, según pude colegir, se estaba esforzando por llegar a comprender cuál era el propósito y el significado profundo del misterio. Yo mismo me sentía bastante tranquilo y paciente, e inclinado a rechazar mis dudas y a

aceptar las conclusiones de van Helsing. Quincey Morris permanecía flemático, del modo que lo es un hombre que lo acepta todo con sangre fría, exponiéndose valerosamente a todo cuanto pueda suceder.

Como no podía fumar, tomó un puñado bastante voluminoso de tabaco y comenzó a mastcarlo. En cuanto a van Helsing, estaba ocupado en algo específico. Sacó de su maletín un objeto que parecía ser un bizcocho semejante a una oblea y que estaba envuelto cuidadosamente en una servilleta blanca; a continuación, saco un buen puñado de una sustancia blancuzca, como masa o pasta. Partió la oblea, desmenuzándola cuidadosamente, y lo revolió todo con la masa que tenía en las manos. A continuación, cortó estrechas tiras del producto y se dio a la tarea de colocar en todas las grietas y aberturas que separaban la puerta de la pared de la cripta. Me sentí un tanto confuso y, puesto que me encontraba cerca de él, le pregunté qué estaba haciendo. Arthur y Quincey se acercaron también, movidos por la curiosidad. El profesor respondió:





—Estoy cerrando la tumba, para que la “muerta viva” no pueda entrar.

—¿Va a impedirlo esa sustancia que ha puesto usted ahí?

—Así es.

—¿Qué está usted utilizando?

Esa vez, fue Arthur quien hizo la pregunta.

Con cierta reverencia, van Helsing levantó el ala de su sombrero y respondió:

—La Hostia. La traje de Ámsterdam. Tengo autorización para emplearla aquí.

Era una respuesta que impresionó a todos nosotros, hasta a los más escépticos, y sentimos individualmente que en presencia de un fin tan honrado como el del profesor, que utilizaba en esa labor lo que para él era más sagrado, era imposible desconfiar. En medio de un respetuoso silencio, cada uno de nosotros ocupó el lugar que le había sido asignado, en torno a la tumba; pero ocultos, para que no pudiera vernos ninguna persona que se aproximase.

Sentí lástima por los demás, principalmente por Arthur. Yo mismo me había acostumbrado un poco, debido a que ya había hecho otras visitas y había estado en contacto con aquel horror; y aun así, yo, que había rechazado las pruebas hacía aproximadamente una hora, sentía que el corazón me latía con fuerza. Nunca me habían parecido las tumbas tan fantasmagóricamente blancas; nunca los cipreses, los tejos ni los enebros me habían parecido ser, como en aquella ocasión, la encarnación del espíritu de los funerales. Nunca antes los árboles y el césped me habían parecido tan amenazadores. Nunca antes crujían las ramas de manera tan misteriosa, ni el lejano ladrar de los perros envió nunca un presagio tan horrendo en medio de la oscuridad de la noche.

Se produjo un instante de profundo silencio: un vacío casi doloroso. Luego, el profesor ordenó que guardáramos silencio con un siseo. Señaló con la mano y, a lo lejos, entre los tejos, vimos una figura blanca que se acercaba... Una figura blanca y diminuta, que sostenía algo oscuro apretado contra su pecho. La figura se detuvo y, en ese momento, un rayo de la luna se filtró entre las nubes, mostrando claramente a una mujer de cabello oscuro, vesti-

da con la mortaja encerada de la tumba. No alcanzamos a verle el rostro, puesto que lo tenía inclinado sobre lo que después identificamos como un niño de pelo rubio. Se produjo una pausa y, a continuación, un grito agudo, como de un niño en sueños o de un perro acostado cerca del fuego, durmiendo. Nos disponíamos a lanzarnos hacia adelante, pero el profesor levantó una mano, que vimos claramente contra el tejo que le servía de escondrijo, y nos quedamos inmóviles; luego, mientras permanecíamos expectantes, la blanca figura volvió a ponerse en movimiento. Se encontraba lo bastante cerca como para que pudiéramos verla claramente, y la luz de la luna daba todavía de lleno sobre ella. Sentí que el corazón se me helaba, y logré oír la exclamación y el sobresalto de Arthur cuando reconocimos claramente las facciones de Lucy Westenra. Era ella. Pero, ¡cómo había cambiado! Su dulzura se había convertido en una crueldad terrible e inhumana, y su pureza en una perversidad voluptuosa. Van Helsing abandonó su escondite y, siguiendo su ejemplo, todos nosotros avanzamos; los cuatro nos encontramos alineados delante de la puerta de la cripta. Van Helsing alzó la linterna y accionó el interruptor, y gracias a la débil luz que cayó sobre el rostro de Lucy, pudimos ver que sus labios estaban rojos, llenos de sangre fresca, y que había resbalado un chorro del líquido por el mentón, manchando la blancura inmaculada de su mortaja.

Nos estremecimos, horrorizados, y me di cuenta, por el temblor convulsivo de la luz, de que incluso los nervios de acero de van Helsing habían flaqueado. Arthur estaba a mi lado, y si no lo hubiera tomado del brazo, para sostenerlo, se hubiera desplomado al suelo.

Cuando Lucy... (llamo Lucy a la cosa que teníamos frente a nosotros, debido a que conservaba su forma) nos vio, retrocedió con un gruñido de rabia, como el de un gato cuando es sorprendido; luego, sus ojos se posaron en nosotros. Eran los ojos de Lucy en forma y color; pero los ojos de Lucy perversos y llenos de fuego infernal, que no los ojos dulces y amables que habíamos conocido. En esos momentos, lo que me quedaba de amor por ella se convirtió en odio y repugnancia; si fuera preciso matarla, lo habría hecho en aquel preciso momento, con un deleite inimaginable. Al mirar, sus ojos brillaban con un resplandor demoníaco, y el rostro se arrugó en una sonrisa voluptuosa.

¡Oh, Dios mío, como me estremecí al ver aquella sonrisa! Con un movimiento descuidado, como una diablesa llena de perversidad, arrojó al suelo al niño que hasta entonces había tenido en los brazos y permaneció gruñendo sobre la criatura, como un perro hambriento al lado de un hueso. El niño gritó con fuerza y se quedó inmóvil, gimien-

do. Había en aquel acto una muestra de sangre fría tan monstruosa que Arthur no pudo contener un grito; cuando la forma avanzó hacia él, con los brazos abiertos y una sonrisa de voluptuosidad en los labios, se echó hacia atrás y escondió el rostro en las manos.

No obstante, la figura siguió avanzando, con movimientos suaves y graciosos.

—Ven a mí, Arthur —dijo—. Deja a todos los demás y ven a mí. Mis brazos tienen hambre de ti. Ven, y podremos quedarnos juntos. ¡Ven, esposo mío, ven!

Había algo diabólicamente dulce en el tono de su voz... Algo semejante al ruido producido por el vidrio cuando se golpea que nos impresionó a todos los presentes, aun cuando las palabras no nos habían sido dirigidas. En cuanto a Arthur, parecía estar bajo el influjo de un hechizo; apartó las manos de su rostro y abrió los brazos. Lucy se precipitó hacia ellos; pero van Helsing avanzó, se interpuso entre ambos y sostuvo frente a él un crucifijo de oro. La forma retrocedió ante la cruz y, con un rostro repentinamente descompuesto por la rabia, pasó a su lado, como para entrar en la tumba.

Cuando estaba a treinta o sesenta centímetros de la puerta, sin embargo, se detuvo, como paralizada por alguna fuerza irresistible. Entonces se volvió, y su rostro quedó al descubierto bajo el resplandor de la luna y la luz de la linterna, que ya no temblaba, debido a que van Helsing había recuperado el dominio de sus nervios de acero. Nunca antes había visto tanta maldad en un rostro; y nunca, espero, podrán otros seres mortales volver a verla. Su hermoso color desapareció y el rostro se le puso lívido, sus ojos parecieron lanzar chispas de un fuego infernal, la frente estaba arrugada, como si su carne estuviera formada por las colas de las serpientes de Medusa, y su boca adorable, que entonces estaba manchada de sangre, formó un cuadrado abierto, como en las máscaras teatrales de los griegos y los japoneses. En ese momento vimos un rostro que reflejaba la muerte como ningún otro antes. ¡Si las miradas pudieran matar!

Permaneció así durante medio minuto, que nos pareció una eternidad, entre el crucifijo levantado y los sellos sagrados que había en su puerta de entrada. Van Helsing interrumpió el silencio, preguntándole a Arthur.

—Respóndame, amigo mío: ¿quiere que continúe adelante?

Arthur se dejó caer de rodillas y se cubrió el rostro con las manos, al tiempo que respondía:

—Haga lo que crea conveniente, amigo mío. Haga lo que quiera. No es posible que pueda existir un horror como éste —gimió.

Quincey y yo avanzamos simultáneamente hacia él y lo cogimos por los brazos.

Alcanzamos a oír el chasquido que produjo la linterna al ser apagada. Van Helsing se acercó todavía más a la cripta y comenzó a retirar el sagrado emblema que había colocado en las grietas. Todos observamos, horrorizados y confundidos, cuando el profesor retrocedió, cómo la mujer, con un cuerpo humano tan real en ese momento como el nuestro, pasaba por la grieta donde apenas la hoja de un cuchillo hubiera podido pasar. Todos sentimos un enorme alivio cuando vimos que el profesor volvía a colocar tranquilamente la masa que había retirado en su lugar.

Después de hacerlo, levantó al niño y dijo:

—Vámonos, amigos. No podemos hacer nada más hasta mañana. Hay un funeral al mediodía, de modo que tendremos que volver aquí no mucho después de esa hora. Los amigos del difunto se irán todos antes de las dos, y cuando el sacristán cierre la puerta del cementerio deberemos quedarnos dentro. Entonces tendremos otras cosas que hacer; pero no será nada semejante a lo de esta noche. En cuanto a este pequeño, no está mal herido, y para mañana por la noche se encontrará perfectamente. Debemos dejarlo donde la policía pueda encontrarlo, como la otra noche, y a continuación regresaremos a casa.

Se acercó un poco más a Arthur, y dijo:

—Arthur, amigo mío, ha tenido usted que soportar una prueba muy dura; pero, más tarde, cuando lo recuerde, comprenderá que era necesaria. Está usted lleno de amargura en este momento; pero, mañana a esta hora, ya se habrá consolado, y quiera Dios que haya tenido algún motivo de alegría; por consiguiente, no se desespere demasiado. Hasta entonces no voy a rogarle que me perdone.

Arthur y Quincey regresaron a mi casa, con migo, y tratamos de consolarnos unos a otros por el camino. Habíamos dejado al niño en lugar seguro y estábamos cansados. Dormimos todos de manera más o menos profunda.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

- Stoker, B. (2017). *Drácula*. Barcelona: Penguin Clásicos.



Drácula es una novela publicada en 1897 por el irlandés Bram Stoker, quien ha convertido a su antagonista en el vampiro más famoso. Se dice que el escritor se basó en las conversaciones que mantuvo con un erudito húngaro llamado Arminius Vámbéry, quien le habló de Vlad Drácula. La novela, escrita de manera epistolar, presenta otros temas, como el papel de la mujer en la época victoriana, la sexualidad, la inmigración, el colonialismo o el folclore. Como curiosidad, cabe destacar que Bram Stoker no inventó la leyenda vampírica, pero la influencia de la novela ha logrado llegar al cine, el teatro y la televisión.

Desde su publicación en 1897, la novela nunca ha dejado de estar en circulación, y se suceden nuevas ediciones. Sin embargo, hasta 1983 no abandonó el terreno marginal de la literatura sensacionalista para incorporarse a los clásicos de la Universidad de Oxford.

Vlad III, nacido como Vlad Draculea (Sighisoara, noviembre de 1431-Bucarest, diciembre de 1476), más conocido como Vlad el Empalador (en rumano: Vlad Tepes), fue príncipe de Valaquia, hoy el sur de Rumania, entre 1456 y 1462. Fue un gran luchador en contra del expansionismo otomano que amenazaba a su país y al resto de Europa, y también era famoso por su manera de castigar a los enemigos y traidores. Vlad era ortodoxo, aunque con posterioridad se convirtió al catolicismo.

Fue rehén de los invasores otomanos hasta los diecisiete años de edad, cuando logró tomar el trono de Valaquia, del cual fue depuesto poco tiempo después. Sin embargo, en 1456, tras la Batalla de Belgrado, Vlad ascendió de nuevo al trono, tras matar a su contrincante Vladislav II, y ya no lo abandonó hasta 1462. Después vivió en el exilio hasta 1474, momento en que se lanzó de nuevo a la batalla para recuperar el cargo, lo que conseguiría en 1476. Sin embargo, en diciembre de este año caería luchando contra los turcos, rodeado de su leal Guardia Moldava.

El escritor irlandés Bram Stoker se inspiró en él para crear su personaje del vampiro Conde Drácula, que daría origen a gran cantidad de películas. En la actualidad Vlad Tepes es considerado un héroe nacional en Rumanía.



Frankenstein

Mary Shelley

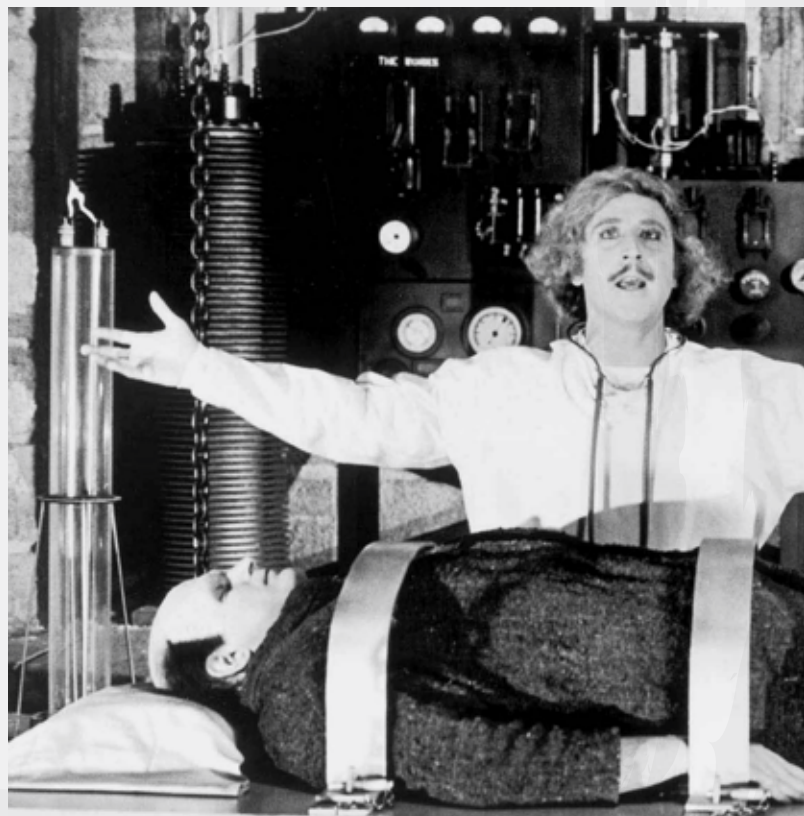
CAPÍTULO 4

Una espantosa noche de noviembre contemplé el resultado de mis arduos esfuerzos. Con una angustia que devino agonía, distribuí los instrumentos de la vida frente a mí para intentar infundir una chispa de ser al objeto inanimado que yacía a mis pies. Era ya la una de la noche. Una lluvia lúgubre golpeaba los cristales y la vela estaba a punto de apagarse cuando, iluminado por el resplandor de la casi consumida luz, vi que el ojo amarillento y mortecino de la criatura se abrió; respiró con dificultad y agitó sus miembros con un movimiento convulso. ¿Cómo describiría mis emociones al ser testigo de tal catástrofe? ¿Cómo podría describir al miserable ser que, con infinitos sufrimientos y cuidados, me había empeñado en formar? Sus extremidades eran proporcionadas y había procurado que sus rasgos fueran bellos. ¡Bellos, digo! ¡Dios del cielo! Su cerúlea piel apenas disimulaba la disposición de los músculos y las arterias que cubría; su pelo era de un negro reluciente, largo y suelto; los dientes, de una blancura perlada. Tanta exuberancia, sin embargo, solo hacía que realzar de un modo más horrible sus ojos vidriosos, que parecían tener el mismo color

que las pardas cuencas blanquecinas donde se alojaban, su arrugada tez y los finos y negruzcos labios. Los diversos imprevistos de la vida no son tan mudables como los sentimientos de la naturaleza humana. Había trabajado duro cerca de dos años con el solo propósito de infundir vida a un cuerpo inanimado. Esa meta me había privado del debido descanso y mi salud se había resentido. Anhelé alcanzar mis fines con una pasión carente de toda medida. Al terminar mi obra, sin embargo, la belleza del sueño se desvaneció y me embargaron un intenso terror y repulsión. Incapaz de soportar el aspecto del ser que había creado, salí huyendo de la celda y me refugié en mi dormitorio, donde pasé un buen rato caminando arriba y abajo, incapaz de serenar mi mente para conciliar el sueño. Al final el cansancio venció a la impetuosidad, y me tendí sobre la cama con la ropa puesta intentando concederme unos instantes de olvido. Fue en vano. Ciertamente que dormí, pero el sueño más terrible que haya tenido jamás vino a perturbar mi reposo. En él creí ver a Elizabeth, caminando lozana por las calles de Ingolstadt. Encantado y sorprendido, la abracé, pero al rozarla con mi beso sus labios adquirieron la lividez de la muerte. De repente fue como si sus rasgos cambiaran y sentí que entre mis brazos sostenía el cadáver de mi madre muerta. Un sudario envolvía su cuerpo y vi cómo los

gusanos de las tumbas se arrastraban por los pliegues de la tela. Desperté al instante de mi pesadilla, horrorizado. Un frío sudor perlaba mi frente, los dientes me castañeteaban y mis extremidades se agitaban presas de la convulsión; entonces, a la pálida y amarillenta luz de la luna que se filtraba a través de las persianas, contemplé al desgraciado: el miserable monstruo que yo había creado. La criatura levantó la cortina del dosel de la cama y fijó sus ojos, si así puedo llamarlos, en mí. Abrió la boca y emitió un conjunto de sonidos inarticulados mientras una sonrisa le hendía las mejillas. Tal vez me hablara, aunque yo no lo oí. Tendía una mano hacia mí, como si quisiera retenerme, pero escapé y bajé corriendo las escaleras. Me refugié en el patio de la casa donde vivía y allí pasé la noche, caminando de un lado a otro presa de la más extrema agitación, escuchando atento, captando y temiendo cada sonido como si fuera a anunciar la llegada del cadáver demoníaco al cual, fatalmente, yo había dado la vida. ¡Ay de mí! Ningún mortal podría soportar el horror de ese semblante. Ni siquiera una momia devuelta a la vida podría ser tan repugnante como ese desdichado. Yo lo había contemplado cuando todavía no estaba terminado, y ya inspiraba espanto; pero cuando esos músculos y esas articulaciones adquirieron la facultad de moverse, aquel ser se convirtió en algo tan indescriptible que ni siquiera Dante habría sido capaz de concebir nada igual. Pasé una noche pavorosa. En ocasiones el pulso me iba tan rápido y fuerte que notaba las palpitaciones de cada arteria; otras veces casi caía postrado al suelo por la languidez y la debilidad extrema. Consternado por el horror, vivía asimismo la amargura del desencanto. Los sueños que me habían alimentado y procurado plácido descanso durante tanto tiempo se trocaban en un infierno. El cambio había sido tan rápido... ¡tan completa la derrota! Un alba sombría y húmeda precedió finalmente a la mañana, y descubrió ante mis doloridos e insomnes ojos la iglesia de Ingolstadt y la blanca torre del campanario, cuyo reloj marcaba las seis. El portero abrió los portones del patio que esa noche me había servido de refugio, y salí a la calle con paso apresurado, como si pretendiera evitar que el infortunado a quien temía toparme a cada vuelta de la esquina me saliera al encuentro. No me atrevía a regresar al apartamento donde vivía. Mi impulso fue echar a correr, a pesar de que la lluvia, que caía torrencial de un negro y desapacible cielo, no tardó en empapar mis ropas. Seguí caminando durante un rato para intentar que el ejercicio me librara de la tensión a que se había visto sometida mi mente. Atravesaba las calles sin tener la más remota idea de dónde me encontraban ni adónde me

dirigía. Mi corazón palpitaba enfermo de miedo y yo seguía apresurándome con paso indeciso, sin atreverme a mirar alrededor: Como aquel que, en un camino solitario, camina con temor y miedo, y, tras volverse una vez, sigue andando, sin mirar atrás; porque sabe que un terrible demonio a su espalda aproxima el paso [*]. Proseguí mi marcha y al final llegué frente a la posada donde solían detenerse las diligencias y los carruajes. Me detuve, sin saber por qué, y me quedé mirando con detenimiento un coche que venía en mi dirección desde el otro extremo de la calle. Al aproximarse, vi que se trataba de la diligencia de Suiza. El vehículo se detuvo justo donde yo me encontraba y, cuando abrieron la puerta, reconocí a Henry Clerval, quien al verme saltó raudo del coche. —¡Mi querido Frankenstein! ¡Qué contento estoy de verte! ¡Qué suerte que estés aquí en el momento preciso de mi llegada! La alegría que sentí al ver a Clerval fue incomparable. Su presencia me hizo pensar en mi padre, en Elizabeth y en todas las escenas familiares que tan queridas eran a mi memoria. Tomé su mano, y al instante había olvidado ya mi terror y mi infortunio. De repente, y por primera vez en muchos meses, sentí una alegría serena y tranquila. Así pues, di a mi amigo la más cordial bienvenida y nos encaminamos hacia mi facultad. Clerval siguió hablando durante un rato de nuestros amigos mutuos y de la suerte que había tenido al obtener permiso para ir a Ingolstadt.

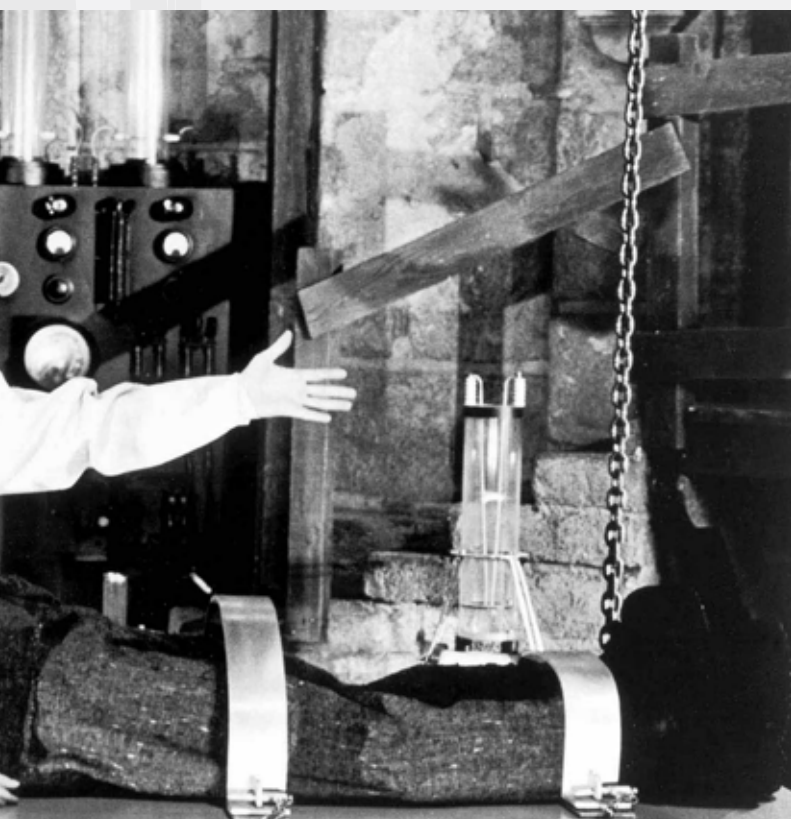


—Supongo que ya te imaginas lo difícil que me resultó convencer a mi padre de que un comerciante no tiene necesariamente que entender solo de contabilidad. Créeme si te digo que se mostró bastante escéptico porque, ante mis incansables súplicas, no dejaba de repetir las mismas palabras que pronunciaba el maestro holandés de El vicario de Wakefield: «Gano diez mil florines al año sin saber griego y como con buen apetito sin saber griego». No obstante, al final, el afecto que siente por mí superó el rechazo que le provoca el estudio y obtuve su permiso para emprender un viaje que me permitirá descubrir la tierra del conocimiento. —¿No sabes cuánto me alegra verte! Dime, ¿cómo se encontraban mi padre, mis hermanos y Elizabeth cuando te marchaste? —Muy bien, y muy contentos, solo un poco inquietos al no saber gran cosa de ti. Por cierto, tengo la intención de sermonearte un poco en nombre de ellos, pero... Querido Frankenstein... —Clerval se detuvo y clavó sus ojos en mi semblante—. No me había dado cuenta de que pareces estar enfermo, tan delgado y pálido... Es como si hubieras pasado varias noches en vela. —Lo has adivinado. Estos últimos meses he estado tan enfrascado en una tarea que, como puedes ver, no me ha permitido descansar como es debido; sin embargo, espero, y lo espero con todas mis fuerzas, que mis trabajos hayan concluido ya y que finalmente pueda considerarme libre. Temblaba sobremedida y

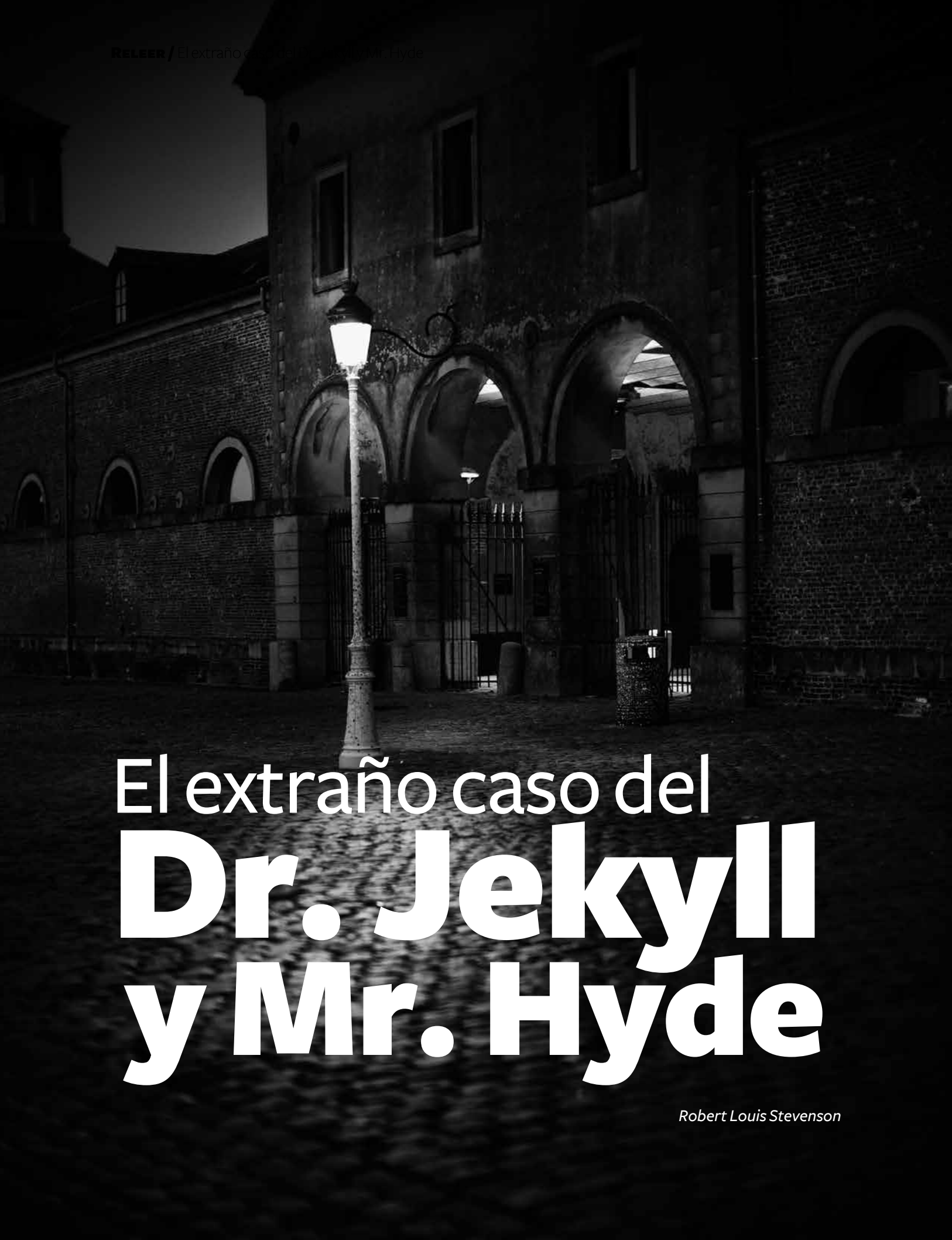
me resultaba insoportable pensar o hablar de los sucesos de la noche anterior. Apresuré el paso y no tardamos en llegar a la facultad. Se me ocurrió entonces, y la idea me estremeció, que la criatura que había dejado en mi apartamento quizá siguiera allí, viva, moviéndose con libertad por mis habitaciones. Temía encontrarme cara a cara con el monstruo, pero me causaba mayor horror la idea de que Henry lo viera. Así pues, pedí a mi amigo que me esperara unos minutos al pie de la escalera y subí a toda prisa a mis dependencias. No conseguí controlarme hasta que mi mano reposó en la cerradura de la puerta. Me quedé quieto y noté que un sudor frío se apoderaba de mí. Abrí la puerta con decisión, como acostumbran a hacer los niños cuando esperan encontrar un fantasma al otro lado, pero no había nadie. Entré con cautela, aterrizado. El apartamento estaba vacío y mi dormitorio se hallaba libre de la presencia del monstruoso huésped. Apenas daba crédito a mi buena suerte. Cuando comprobé que mi enemigo había huido, corrí a buscar a Clerval dando saltos de alegría. Subimos a mis habitaciones y el criado nos trajo el desayuno. Sin embargo, yo era incapaz de controlarme. No era solo la alegría lo que me dominaba. El exceso de sensaciones me provocaba un hormigueo en la piel y el pulso se me aceleraba. Era incapaz de permanecer quieto en el mismo lugar más de un minuto. Saltaba de silla en silla, daba palmadas y reía a carcajadas. Al principio, Clerval atribuyó mi especial estado de ánimo a la alegría que sentía por su llegada, pero cuando me observó con mayor detenimiento vio una fiereza en mis ojos que no supo explicarse; y mis carcajadas, desaforadas e inhumanas, lo asustaron y le dejaron atónito. —¿Querido Victor! —exclamó Clerval—. ¿Qué sucede, por el amor de Dios? No rías de ese modo. ¡Qué enfermo estás! ¿Cuál es la causa de todo esto? —¿No me preguntas! —chillé, tapándome los ojos porque había creído ver al temido espectro colarse en la habitación—. ¡Es él quien te lo dirá! ¡Oh, sálvame, sálvame...! —Imaginé que el monstruo me atrapaba y me debatí con furia hasta caer presa de un ataque. ¡Pobre Clerval! ¿Cuáles debieron de ser sus sentimientos? Nuestro encuentro, que tanta alegría le deparaba, le había dejado un extraño regusto amargo. Aun así, no fui testigo de su dolor porque estuve inconsciente y no recuperé el sentido hasta mucho después. Ese incidente marcó el comienzo de una fiebre nerviosa que me tuvo confinado varios meses.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

- Shelley, M. (2011). *Frankenstein o el moderno prometeo*. España: Grandes Clásicos Mondadori.



RELEER / El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde



El extraño caso del **Dr. Jekyll y Mr. Hyde**

Robert Louis Stevenson

Me limitaré a decir, por tanto, que no sólo reconocí en mi cuerpo, en mi naturaleza física, la mera emanación o efluvio de algunas facultades de mi espíritu, sino que elaboré una sustancia capaz de debilitar esa facultad y suscitar una segunda forma corpórea, no menos connatural en mí en cuanto expresión de otros poderes, aunque más viles, de mi misma alma.

Dudé bastante antes de pasar de la teoría a la práctica. Sabía bien que arriesgaba la vida, porque estaba clara la peligrosidad de una sustancia tan potente que penetrase y removiese desde los cimientos la misma fortaleza de la identidad personal: habría bastado el mínimo error de dosificación, la mínima contraindicación, para borrar completamente ese inmaterial tabernáculo que intentaba cambiar. Pero la tentación de aplicar un descubrimiento tan singular y profundo era tan grande, que al final vencí todo miedo. Había preparado mi tintura desde hacía ya bastante; adquirí entonces en una casa Farmacéutica una cantidad importante de una determinada sal, que, según mostraban mis experimentos, era el último ingrediente necesario, y aquella noche maldita preparé la poción. Miré el líquido que bullía y humeaba en el vaso, esperé que terminara la efervescencia, luego me armé de valor y bebí.

Inmediatamente después me entraron espasmos atroces: un sentido de quebrantamiento de huesos, una náusea mortal, y un horror, y una revulsión del espíritu tal, que no se podría imaginar uno mayor ni en la hora del nacimiento o de la muerte. Pero pronto cesaron estas torturas, y recobrando los sentidos me encontré como salido de una enfermedad grave. Había algo extraño en mis sensaciones, algo indescriptiblemente nuevo y por esto mismo indescriptiblemente agradable. Me sentí más joven, más ágil, más feliz físicamente, mientras en el ánimo tenía conciencia de otras transformaciones: una terca temeridad, una rápida y tumultuosa corriente de imágenes sensuales, un quitar el freno de la obligación, una desconocida pero no inocente libertad interior. E inmediatamente, desde el primer respiro de esa nueva vida, me supe llevado al mal con ímpetu decuplicado y completamente esclavo de mi pecado de origen. Pero este mismo conocimiento, en ese momento, me exaltó y delei-

tó como un vino. Alargué los brazos, exultando con la frescura de estas sensaciones, y me di cuenta de repente de ser diminuto de estatura.

No había entonces un espejo en aquella habitación (éste que está ahora frente a mí mientras escribo lo puse ahí después para controlar mis transformaciones). La noche estaba muy avanzada; por oscuro que estuviese, la mañana estaba cerca de concebir el día, y el servicio estaba cerrado y pertrechado en las horas más rigurosas del sueño. Decidí por tanto, exaltado como estaba por la esperanza y por el triunfo, aventurarme con esta nueva forma hasta mi dormitorio.

Atravesé el patio suscitando (quizás pensé así) la maravilla de las constelaciones, a cuya insomne vigilancia se descubría el primer ser de mi especie. Me escurrí por los pasillos, extraño en mi propia casa. Y al llegar a mi dormitorio contemplé por primera vez la imagen de Edward Hyde.

Pero aquí, para intentar una explicación de los hechos puedo confiar sólo en la teoría. El lado malo de mi naturaleza, al que había transferido el poder de plasmarme, era menos robusto y desarrollado que mi lado bueno, que poco antes había destronado. Mi vida, después de todo, se había desarrollado en nueve de sus diez partes bajo la influencia del segundo, y el primero había tenido raras ocasiones para ejercitarse y madurar. Así explico que Edward Hyde fuese más pequeño, más ágil y más joven que Henry Jekyll. Así como el bien transpiraba por los trazos de uno, el mal estaba escrito con letras muy claras en la cara del otro.

El mal además (que constituye la parte letal del hombre, por lo que debo creer aún) había impreso en ese cuerpo su marca de deformidad y corrupción. Sin embargo, cuando vi esa imagen espeluznante en el espejo, experimenté un sentido de alegría de alivio, no de repugnancia. También aquél era yo. Me parecí natural y humano. A mis ojos, incluso, esa encarnación de mi espíritu pareció más viva, más individual y desprendida, del imperfecto y ambiguo semblante que hasta ese día había llamado mío. Y en esto no puedo decir que me equivocara. He observado que cuando asumía el aspecto de Hyde nadie podía acercármese sin estremecerse visiblemente; y esto, sin duda, porque, mientras que cada uno de nosotros es una mezcla de bien y de

mal, Edward Hyde, único en el género humano, estaba hecho sólo de mal.

No me detuve nada más que un momento ante el espejo. El segundo y concluyente experimento todavía lo tenía que intentar. Que daba por ver si no habría perdido mi identidad para siempre, sin posibilidad de recuperación; en ese caso, antes de que se hiciera de día, tendría que huir de esa casa que ya no era mía.

Volviendo de prisa al laboratorio, preparé y bebí de nuevo la poción; de nuevo pasé por la agonía de la metamorfosis; y volviendo en mí me encontré con la cara, la estatura, la personalidad de Henry Jekyll.

Esa noche había llegado a una encrucijada fatal. Si me hubiera acercado a mi descubrimiento con un espíritu más noble, si hubiera arriesgado el experimento bajo el dominio de aspiraciones generosas o pías, todo habría ido de forma muy distinta. De esas agonías de muerte y resurrección habría podido renacer ángel, en lugar de demonio. La droga por sí misma no obraba en un sentido más que en otro, no era por sí ni divina ni diabólica; abrió las puertas que encarcelaban mis inclinaciones, y de allí, como los prisioneros de Filipos, salió corriendo quien quiso. Mis buenas inclinaciones entonces estaban adormecidas; pero las malas vigilaban, instigadas por la ambición, y se desencadenaron: la cosa proyectada fue Hyde. Así, de las dos personas en las que me dividí, una fue totalmente mala, mientras la otra se quedó en el antiguo Henry Jekyll, esa incongruente mezcla que no había conseguido reformar. El cambio, por tanto, fue completamente hacia peor.

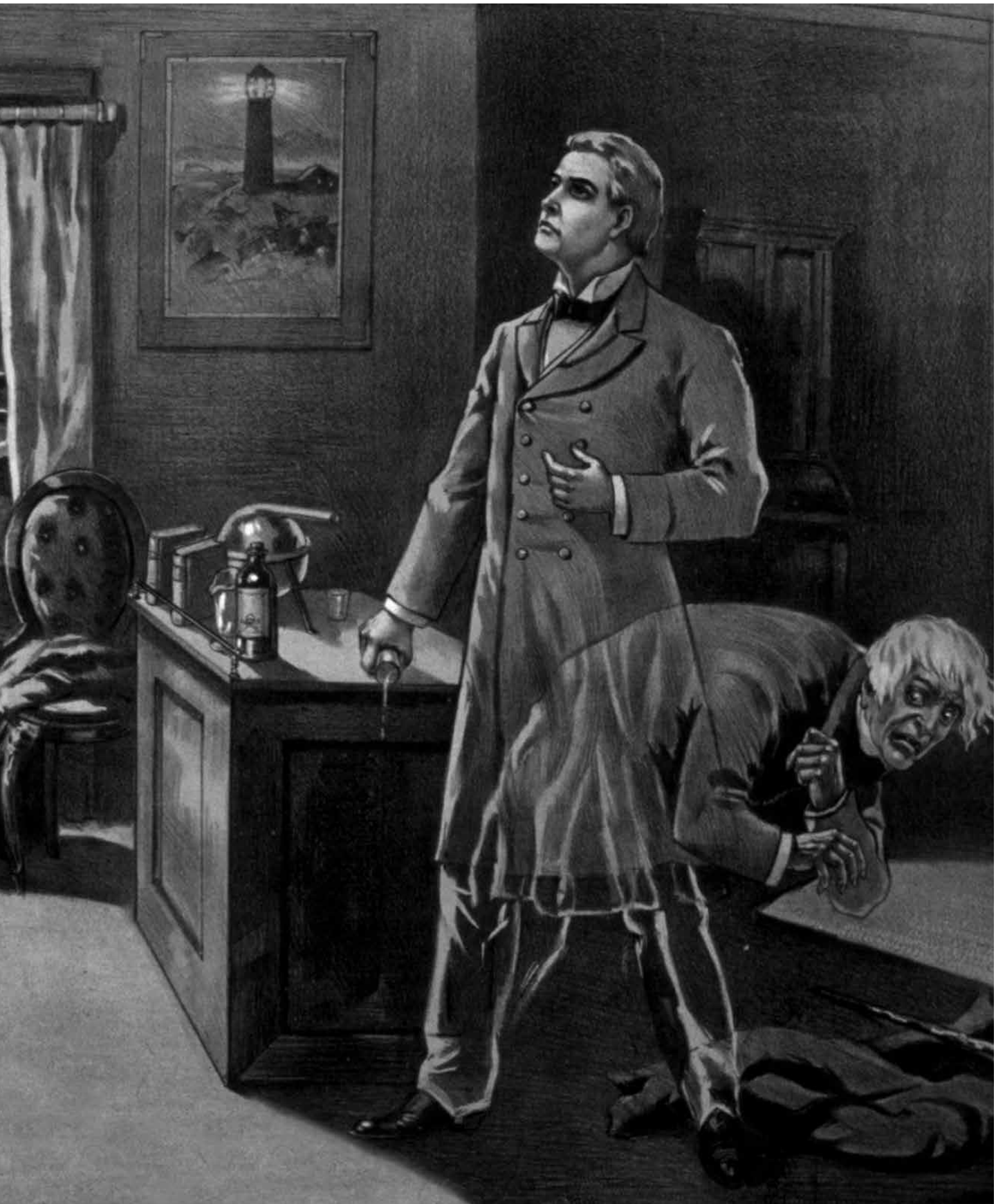
Aunque ya no fuera joven, yo no había aún perdido mi aversión por una vida de estudio y de trabajo. A veces tenía ganas de divertirme.

Pero, como mis diversiones eran, digamos así, poco honorables, y como era muy conocido y estimado, además de tener una edad respetable, la incongruencia de esa vida me pesaba cada día más. Principalmente por esto me tentaron mis nuevos poderes, y de esta manera quedé esclavo. Sólo tenía que beber la poción, abandonar el cuerpo del conocido profesor y vestirme, como con un nuevo traje, con el de Edward Hyde.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

- Stevenson, R.L. (1985). *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Bogotá: Oveja negra.







*“Los espejos deberían pensárselo dos veces
antes de devolver una imagen”.*

Jean Cocteau



**Bogotá,
ciudad de candilejas**

Carmen García

Bogotá

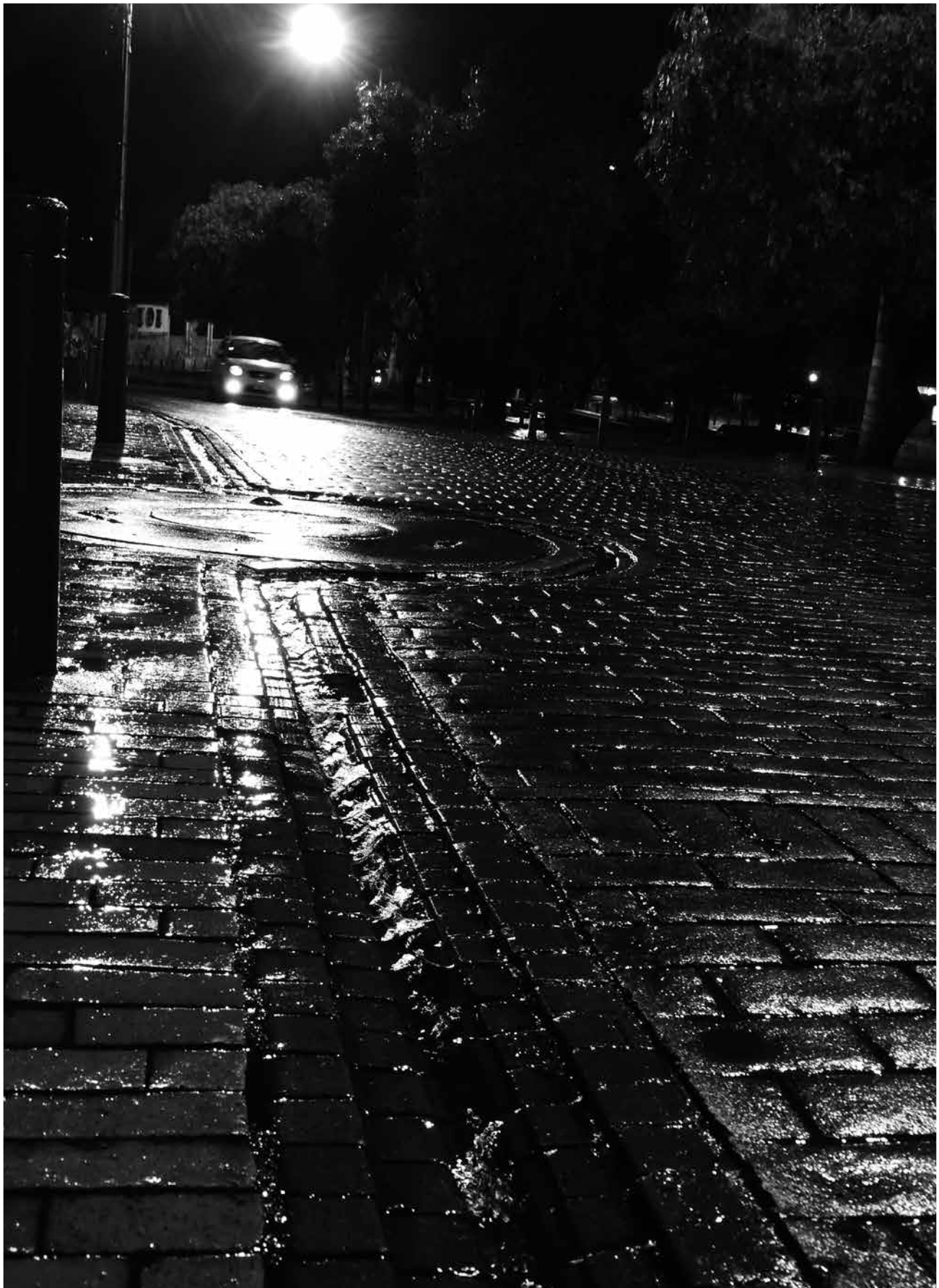
Ciudad de candilejas

Carmen García

Bogotá es una ciudad cosmopolita en constante expansión. Bogotá ofrece diversa vida cultural e intelectual, cientos de lugares que conocer (clubes nocturnos, restaurantes), es una ciudad con gigantescos edificios y construcciones modernas.

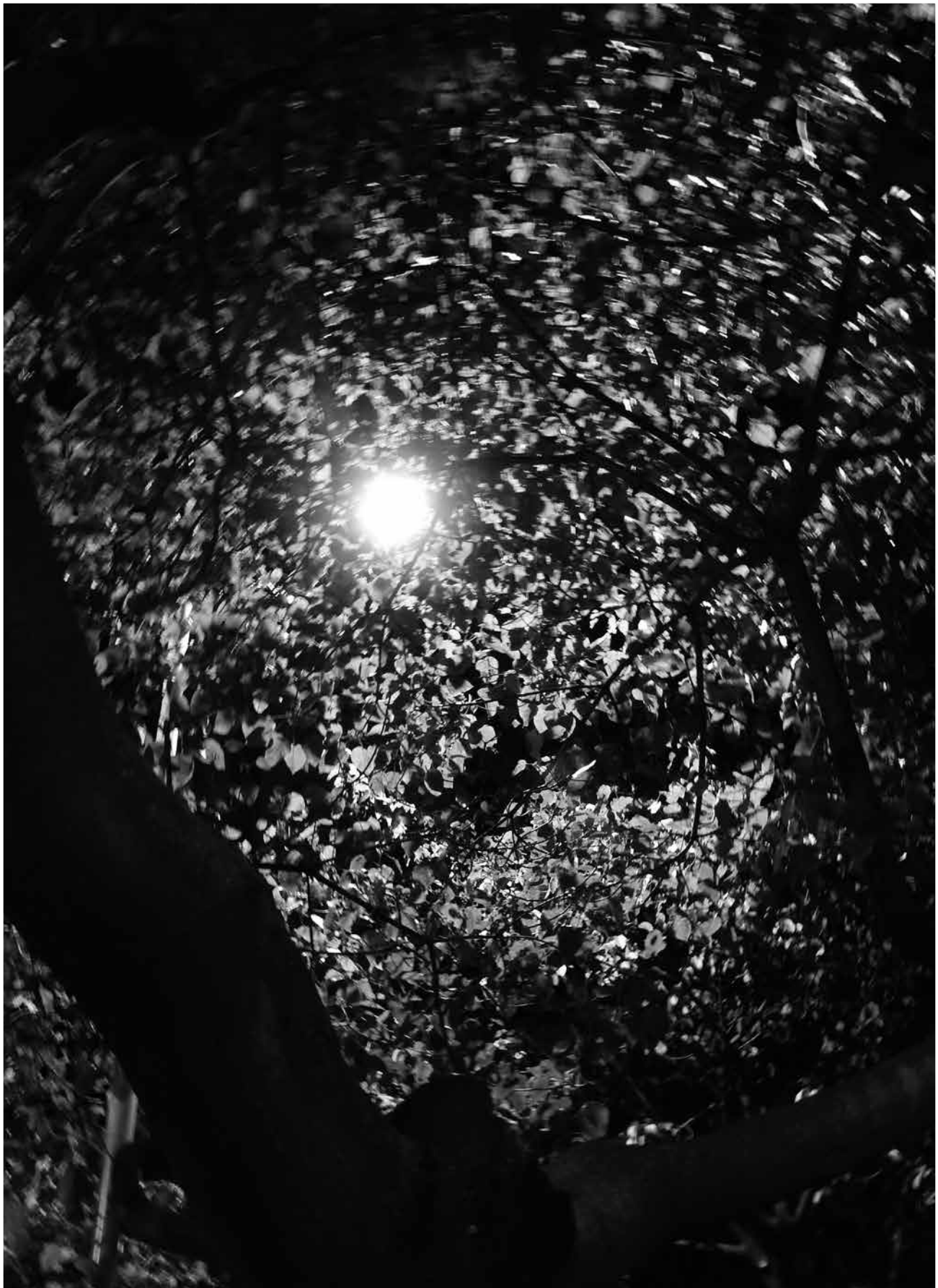
Al caminar entre candilejas y bajo el lente de una cámara quedaron capturados momentos únicos de la vida de una persona. Las condiciones en las que se encuentran las calles de nuestra ciudad. El arte que plasman los artistas en un momento de inspiración o simplemente la intriga de lo que puede suceder en una calle oscura y solitaria.

Al caminar entre calles húmedas y bajo el cielo oscuro, cada quien percibe emociones diversas, pensamientos contradictorios del estado de la ciudad, injusticias públicas, la libre expresión...















CUENTO

Carta final

María Fernanda Trujillo Santiago

64

La casa

Diego Higuera

65

La doncella de la noche

Anuar Bolaños

68

La gran noche

Mauricio Vargas

73

La noctámbula

Javier Enrique Vallejo Chamorro

74

Los Apocalipsis

Mauricio Palomo Riaño

76

Los sonidos de la noche

Mauricio Vargas

82

Moisés y la luna

Juan Camilo Torres

89

Antes de que amanezca

Nicolás Peña Posada

91

¡Tirándome la noche con éxtasis!

Erika Janeth Díaz S.

92

POESÍA

Crónicas del vacío

Carlos Andrés Martínez Pacheco

96

Poemas de vereda

Yolanda Rodríguez Vanegas

97

De la serie El Astrófilo

Wilson Pérez Uribe

98

Fotografía de una noche

Miguel Ángel Rodríguez Bernal

100

Permanezco despierto

José Vicente Rubiano Ballesteros

101

LETRAS LIBRES



“Cuando Dios borra, es que va a escribir algo”.
Jacques Benigne Bossuet

Carta final

María Fernanda Trujillo Santiago

L.

Te recuerdo recostada en el suelo con hojas negras (porque ese es el color de todo en la noche) enredadas en los pedazos gruesos y revueltos de tu cabello, vestida de blanco y solo así por el tenue capricho de absorber todos los rayos de la luna y resaltar con fuerza en la oscuridad, en el frío. Aunque estuvieras vestida de mil colores o desnuda, tú ya resaltabas, y como no hacerlo si ya eras la noche misma! Pero en mi egoísmo, mi culpa más humana deseaba que fueras solo mía. Y para cuando ya eras por completo noche, me había empezado a cansar de este trato cruel; en el que tú te ibas, aparecías de pronto a recostarte junto a mí, clavabas tus ojos de lechuza en los míos y mi alma volvía a caer en los restos que quedaban con una fuerza poco soportable en la soledad, porque siempre que te marchabas trataba de salir de este tieso envase que es mi cuerpo, siguiendo el sonido de los pequeños suspiros que se pasan entre tus labios más por piedad que por otra cosa... Te recuerdo porque fuiste lo primero que vi o lo primero que quise ver, —caí—... irradiabas, olías a bosque, te veías despejada, libre, tan limpia, tan virgen, tan noche que no pude hacer más que aferrarme a ti... El cansancio ya me consumía. En un principio jugaba a la mentira en la que tú si eras completamente mía y en la que tu amor, tu lealtad, tu piel, eran tan sinceramente míos como mis letras eran tan sinceramente tuyas —aún lo son—. Y terminé por desangrarme el día en que descubrí todos tus amantes (querías parecer más luna de lo necesario), que susurrabas a todos lo mismo, que te volvías la más fiel en el amor —ahora me pregunto cómo lo lograste si nunca lo has sentido— y para mi mayor tristeza dejaste que se derramara tu esencia en los escritos precoces que pretenden definirte —imposible— sin amarte como yo lo hacía —lo hago—.

Que maduraste y dejaste de oler a bosque para a oler a ron barato, que te ves ahora más nublada, atada, sucia, simplemente que pareces más infierno y yo me fui volviendo también todo eso contigo...

Por eso aprovecho que las nubes creadas por el vapor de mi tristeza cubren tus ojos, tu rostro, tu luz, tu cuerpo, para irme con el viento, con el pequeño sosiego de que ahora en esta oscuridad no eres de nadie.

Espero, ahora que no te he visto antes de irme, no tener una razón para volver o recordarte otra noche.

Con toda mi vida

S.T.

La Casa

Diego Higuera

Desperté con la horrible sensación de llevar en la casa mucho tiempo. ¿Cuánto? No sabría precisar...no podría. De pronto, no recordaba nada más que los viejos muros a mi alrededor; desconchadas, mohosas y completamente cubiertas por telarañas, las altas paredes me transmitían una extraña sensación de desasosiego. Digo extraña, porque no sabía con exactitud por qué me sentía perturbado. Algo me inquietaba sobremanera. Era como si en torno mío, los muros se contrajeran, vivos, palpitantes, ávidos por devorarme cual si fuera un insecto insignificante. La casa decididamente parecía viva. Llegué a contemplar, incluso, la siniestra posibilidad de hallarme entre las entrañas fétidas de un monstruo gigantesco. Pero no me dejé consumir por la zozobra, antes bien, hice acopio de fuerzas y me levanté de la cama. El suelo estaba frío, tanto que no pude evitar un gemido de dolor. Ni chanclas, ni zapatos, nada, sabía que no hallaría nada. ¿Por qué me molestaba en buscar siempre algo que no encontraría? Tendría que caminar descalzo, como otras tantas veces. Y lo hice. Di unos cuantos pasos en procura de una lámpara, pero en vano. Tampoco había lámparas, ni tan siquiera un candil. De nuevo, era menester caminar entre los débiles fulgores que se filtraban al través del marco de la puerta cerrada. Aquella tenue luminosidad me servía para encaminar mis pasos, siempre lo hacía.

Esta vez tenía más frío que en otras ocasiones. Fui a la puerta, tomé el pomo y lo giré. Un chasquido leve me indicó que podía salir. Empujé entonces la puerta con una cautela morbosa, como si no

quisiera despertar a alguien, aunque no sabía a quién, pues, siempre había estado solo. ¿Y las voces? ¡No, ellas no contaban! Pese a mis precauciones, no pude evitar el chirrido de los viejos goznes. El sonido me irritó los nervios. ¡Maldita puerta, nunca podría abrirla sin sentir tanto miedo! Afuera el eco se encargó de multiplicar el lamento herrumbroso de las bisagras. Lentamente, asomé la cabeza en medio de la semipenumbra del pasillo. A ambos lados, las densas sombras lo cubrían todo, semejantes a bocas negras de fieras bostezando. Sólo enfrente, a través de una ventana tapiada, unos ligeros rayos de luz, los mismos que penetraban en la habitación, me permitían observar algo. Permanecí expectante un tiempo, al cabo del cual me decidí a salir del todo.

Con miradas vacilantes, intenté penetrar las densas sombras en torno mío. Temblaba como un enfermo, más por miedo que por frío. De nuevo, era presa de una inquietante sensación: allá lejos intuía una presencia oculta, agazapada convenientemente, como aguardando un momento propicio para sorprenderme. ¡Sí, me sentía vigilado! Algo acechaba entre las tinieblas. Y no bien contemplé esta horrible posibilidad, la negrura al fondo, en cada lado del corredor, empezó a moverse. Reptaba, lenta, como si se tratara de una criatura informe, desparramada, repugnante. Sus movimientos lentos, me recordaban a la niebla, sí, niebla embreada y viscosa. Espesa, casi orgánica, húmeda, tal el cuerpo escamoso de una enorme pitón, la oscuridad de los rincones fue desplazándose con un sigilo pavoroso; se arrinconaba más, se hundía en los costados

de la casa. Por un momento, percibí vibraciones leves del suelo.

De repente, oí murmullos. Nada comprensible, meros balbuceos. Pasé saliva. Otra vez esas voces – Pensé alterado –. ¿Por qué no me dejan en paz? ¿Qué desean de mí? – Les grité fuera de mis cabales. Por respuesta, sólo obtuve un jadeo extraño, como si alguien intentara hablar, pero no pudiera. Luego sobrevino el silencio. – ¡Malditos! – Mascullé con rabia, como casi siempre lo hacía – Ya pueden volver por donde vinieron, que de mí no obtendrán nada –. Oí entonces cómo unos pasos débiles, amortiguados por la alfombra de polvo, huían hacia el sótano de la casa. Me sentí más tranquilo. De inmediato, me acerqué a la ventana tapiada, por cuyo marco se filtraba algo de luz; ésta también se colaba entre los macizos tablones que atravesaban de lado a lado el ventanuco. Deseaba ver el exterior. Sin embargo, nada vi; los resquicios entre el maderamen eran estrechos, demasiado; además, el brillo impedía observar cualquier cosa. Era una luz rara, opalescente, como si se tratara de un alba desvaída, siniestramente pálida. Ansioso, pegué mi oreja a las tablas, con el afán de percibir algún sonido tranquilizador: inada! No se oía nada. ¿Qué sucedía afuera? No lo he sabido nunca.

Tuve que volverme bruscamente a un lado del corredor. Algo parecido a una risa cascada había interrumpido mis pensamientos. Otra vez pasos. – ¡Diablos! – Maldije con voz agónica, al tiempo que me encaminaba en dirección a los ruidos. Me interné sin apenas pensarlo en medio del oscuro corredor. Pronto estuve en la sala. Tan solo una lámpara iluminaba tenuemente el recinto; ubicada sobre una mesa, apenas despedía un nimbo de luz alrededor. La tomé con premura. – ¿Quién puso esto aquí? – Acerté a preguntar, mas no me detuve por una respuesta. No había tal, ya lo sabía, razón por la cual, decidí husmear por ahí.

Poco a poco, fui recorriendo el amplio lugar sumido en la oscuridad. Pasé junto a muebles viejos, cubiertos por sábanas sucias y llenas de polvo. Todo indicaba ruina y abandono. ¿Cuánto tiempo llevaba aquí? De nuevo, me asaltó la duda. Y, de nuevo, no obtuve ninguna respuesta. Seguí revisando, pero pronto me detuve. Observé la lámpara; su haz de luz se debilitaba, ya no alumbraba como al principio. La llama entre las pantallas se consumía lentamente. Para peor desgracia, la angustia se apoderaba de mí, otra vez. Decidí entonces echar un vistazo rápido. Así, pues, levanté sobre mi cabeza la lamparilla. Por un instante fugaz, las sombras dieron lugar a ciertas formas. La estancia me resultó sobrecogedora. Paredes altas y derruidas, cubiertas de manchas y telarañas, se alzaban amenazantes ante mí; también allí había ventanas tapiadas, pero no se filtraba ningún rayo de luz a través de sus resquicios. ¿Esta casa? ¿A quién pertenecía? ¿A mí? – me dije en voz alta, una voz que me resultó repugnante, ajena, en medio de aquel vasto silencio, tan pesado... tan palpable. Entre tanto, la luz de la lámpara seguía debilitándose.

De repente, reparé en un papel tirado en el suelo. Me precipité a él; lo tomé. Lo desarrugué a la luz de la lámpara. Las manos me temblaban horriblemente. Era como si aquel hallazgo tuviera la respuesta a todas mis dudas. Tragué saliva mientras aguzaba mis ojos. ¡Sí, había algo escrito! La lámpara no resistiría más tiempo, su luz ya parpadeaba. Me apresuré a leer. Tras un momento de suma tensión, mis ojos, abiertos como platos, leyeran palabras misteriosas: No salgas, afuera todo es peor. Y eso era todo lo que había escrito. En caracteres abigarrados, tortuosos, como escritos de prisa y bajo presión, el mensaje moría en esos términos. No supe precisar por qué, luego de leer algo que a ciencia cierta no entendía, sentí una pena profunda que atenazaba mi alma. Me dieron ganas de llorar. Y en efecto, lloré

“Ansioso, pegué mi oreja a las tablas, con el afán de percibir algún sonido tranquilizador: inada! No se oía nada. ¿Qué sucedía afuera? No lo he sabido nunca.”

amargamente, desconsolado; me sentía solo, abandonado a una suerte infausta y absurda. Deseaba salir, ver el mundo con mis propios ojos; recorrerlo palmo a palmo; quería salir porque... porque, además, sentía que alguien me esperaba. Afuera, presentía, estaba lo que deseaba. ¿Desear? ¿Qué deseaba? ¡No lo sabía! Pero eso poco importaba. Mis lágrimas brillaban a la luz moribunda de la lámpara. Pronto quedaría a oscuras; pronto yo también haría parte de todas estas ruinas. Sería polvo con el polvo.

En medio de mi sufrimiento, pude oír pasos nuevamente. Se acercaban, pero nunca lo suficiente como para ver de quién se trataba. Quienquiera que sea, siempre se ha cuidado de permanecer oculto tras los velos de las tinieblas. Siempre he sabido que me observa desde algún lugar propicio. Ignoro sus intenciones y, la verdad, no me interesan. Sé que me observa y eso basta. También oí que se reía, criatura vil y espantosa, se reía de mí. Fijé mis ojos entonces en la lámpara: ya casi no quedaba luz. De pronto, cesaron las risas. En el ambiente flotaba un aura ominosa, como si algo espantoso estuviera por suceder. ¡Un golpe seco! Sentí que algo se había desplomado sobre el suelo, arriba en la planta superior. La casa entera vibró. Después, un ruido repugnante: un cuerpo se deslizaba trabajosamente sobre la superficie en las habitaciones de arriba. Mi corazón empezó a golpear fuerte contra mi pecho. Algo estaba mal.

Me puse de pie de inmediato, a la par que aguzaba mi oído. ¡Sí, bajaba las escaleras, algo bajaba las escaleras con mucha dificultad! No veía nada, pues la luz de la lámpara apenas y despedía algo de lumbre. Estaba petrificado. En ese momento, pude oír otra vez los pasos débiles huyendo hacia el sótano. También él, pensé aterrorizado, huía espantado por lo que venía en camino. No pude resistirlo más, yo también me di a la fuga. Corrí como alma que lleva el diablo. Lo tiré todo a mi paso: sillas, mesas, trastos viejos,

todo. Y mientras escapaba, nunca dejé de oír el arrastrar repugnante y gelatinoso moviéndose entre el polvo. No me detuve hasta que llegué a mi cuarto, abrí la puerta y la cerré con estrépito. Adentro, me lancé sobre el camastro, y como un muerto, me cubrí con aquellas sucias sábanas. Ya no me quedaba sino aguardar mi destino.

Antes de quedarme dormido, pensé en la horrenda casa y sus misterios, pero, sobre todo, no pude sacarme una idea espantosa de la cabeza, a saber: que afuera, todo era peor.

“
Quienquiera
que sea, siempre
se ha cuidado
de permanecer
oculto tras
los velos de
las tinieblas.
Siempre he
sabido que me
observa desde
algún lugar
propicio. Ignoro
sus intenciones
y, la verdad, no
me interesan.”



La doncella de la noche

Anuar Bolaños

Te beso y de inmediato me veo persiguiéndote por terrenos escabrosos. Trepamos una colina de tierra húmeda que se desmorona bajo nuestras pisadas. Aun así no reducimos la velocidad ni perdemos el equilibrio.

Mientras corro tras de ti pienso en lo afortunado de mi entrenamiento de rutina, día a día escalo el Cerro de las Cruces cuando el sol está en lo más alto, lo hago a prisa y sin jadeos. Sin embargo, me llevas la delantera. Soy rápido pero no te alcanzo. Tus zancadas son tan naturales como elásticas, avanzas en cámara lenta con el ballet del avestruz. Me miras y te diviertes con mi braceo de atleta inexperto.

De un salto largo hemos dejado atrás un caño de aguas jabonosas e inodoras. Leche azul estancada. Y varios montículos de basura limpia. Más bien papeles en blanco que el viento mueve en un bailoteo aletargado que se mantiene fijo en un mismo punto y me hipnotiza. Tú me halas del brazo para zafarme de ese embeleso y me conduces por un puente de tablas a un campo muy plano, limpio de árboles. Hay pasto verde mate y tierra negra. Todo se ve anegado de agua y lleno de sombras medievales. La luz es de arena. No se sabe de dónde viene. Parece que estamos rodeados de reflectores de neón. El ambiente muestra un sarpullido de puntitos plateados invadiendo todo lo que la mirada alcanza a abarcar. Uno podría pensar que cae llovizna pero no es así. El aire nos rodea con una frescura de mentol. Se hace visible, levita sin moverse. Respiramos tan a gusto que cruzamos el campo cogidos de la mano imitando un par de potrillos saltarines, canturreando bobadas.

Yo visto pantalón de diablo fuerte negro y una camisa blanca de manga larga doblada hasta el codo. Deportiva,

nueva, olorosa a heliotropo. Tú llevas un pantalón de seda bombacho, tatuado de arabescos y con colores de papagayo, acompañados de una franela amarilla clara.

Llegamos a una calle enlodada donde hombres embarrados juegan fútbol. Las casas son diminutas, no sobrepasan la altura de mis hombros y sus fachadas son de ladrillos desnudos y opacos. Todos los hombres usan bluyín, van descalzos y con el torso desnudo, de músculos bien definidos. Son altos e idénticos entre sí. Al verme esbozan una sonrisa breve y complacida sin aminorar el ritmo del juego.

El balón era mío. Tú se los prestaste. Veníamos a recogerlo pero está estallado. Inservible. No lo lamento. Igual nunca jugaba con él.

Tengo en la mano un maletín de cuero estilo portafolio ejecutivo. No sé de dónde salió. Siempre he odiado este tipo de maletines. Además no sabía para qué usarlo. Odio la documentación en cualquiera de sus variantes. Soy genéticamente inepto para llenar formularios o archivar informes. Lo abandono por ahí. Luego descubro que me he quedado con las manos vacías y no sé qué hacer con ellas. Las guardo en los bolsillos y me recuesto a la pared. En el acto quedo incrustado a un afiche que anuncia ropa sintética de colores metálicos. Siento la piel llena de baba pegajosa.

Tú te has quedado atrás, sentada en el zócalo de una puerta. Conversas con un amigo tuyo, moreno, fibroso, de acento extranjero.

Yo continúo parado al borde de la calle viendo a los hombres jugar con un balón nuevo, brillante, pulcro. El barro no lo toca. Flota por todos lados sin que nadie lo pateé.

Tus zancadas son tan naturales como elásticas, avanzas en cámara lenta con el ballet del avestruz. Me miras y te diviertes con mi braceo de atleta inexperto.

Hacia dentro de la casa donde tú estás se ve un patio vacío, maltrecho, y una habitación de paredes altas, de bahareque en ruinas, desvencijadas. El techo está roto pero no se ven nubes ni aves, quizás un firmamento de índigo tensado como una carpa.

Me olvido del partido y cuando vengo a buscarte has desaparecido dentro de la casa. Hay gemidos de sexo y olor a marihuana saliendo por una ventana de barrotes. Suena música de radio, vieja, gangosa. No me atrevo a entrar. Temo a tus regaños y tu enojo. Un perro me mira desde un rincón echado sobre un tapete raído. No me siento ofuscado. Acaso me preocupo un poco por tu integridad física y por el paso del tiempo. Quisiera que mi corazón fuera un ciclón de tachuelas pero es tan sólo un vaso de agua congelada. Espero afuera sentado en un montón de piedras grandes y redondas. Hablo con otro de tus secuaces. Me dice vainas sobre el balón de fútbol que no le entiendo ni me interesan. Tampoco pienso en algo concreto. Simplemente estoy ahí sin existir. Ni siquiera soy un testigo tangencial de los acontecimientos. El instante se dilata, nada se mueve. Quedo sentado en el centro de un inconmensurable charco blanco de escasa profundidad. Harina líquida pura. El aire se vuelve polvo de tiza, muy fluorescente y espeso. Quisiera sufrir un ataque de risa pero mi diafragma está hecho de plomo. Mi sangre es engrudo.

Paro de respirar por varios minutos. Se me llena la boca de vómito y los ojos de zumo de azafrán. Viene un vientecillo y me mueve los bucles de la frente como para mostrarme que aún hay algo vivo allá afuera.

Llegamos a este sitio viajando en una camioneta de doble cabina que casi se

cae a un caño tratando de dar reversa en una calle mocha.

Mientras reparaban una de las llantas entramos en el antiguo inquilinato de Loma Alta. Recordé que no hacía mucho había acompañado a un amigo artesano que vivía allí, a recoger herramientas y materia prima. Reinaba un olor agrio, cortante, que rompía el aliento. El piso era de color mostaza quemada con una costra milenaria encima.

Entendí que en esa pocilga vivían otros de tus compinches.

En un cuarto gigante, medio iluminado con diminutos bombillos anaranjados, atiborrado de camarotes y cobijas malolientes, se hallaban varios hombres de pelo largo, mojado, vistiendo únicamente calzoncillos. Algunos jugaban ajedrez, otros veían un partido de fútbol en un televisor a blanco y negro, y sin sonido. Otros dormían. El aire hervía, todos sudaban a cántaros pero no lucían incómodos.

Yo tenía este gesto de hombre que mira un reloj averiado o ve un tren alejarse sin personas dentro.

Tú entraste al cuarto y empezaste a desnudarte. Ibas a cambiarte con ropa que llevabas en tu bolso. Era la primera vez que te veía desnuda. Algo se me desajustó por dentro al verte. Tus senos eran de molde y tu vientre una cornisa donde anidar en el otoño. El musgo de tu pubis apenas se insinuaba. Esa fue la confirmación de que en adelante mi vida estaría regida por una brújula ubicada fuera de mí.

Arrojaste la ropa a un lado y te pusiste calzones y brasier negros como de señora mayor. Encima una mini falda no muy ceñida y una blusa blanca, vaporosa. De repente tu cara estaba ligeramente maquillada de aurora boreal. Tu pelo negro azabache adquirió leves matices de arco iris. De vuelta, frente a mí, tu sonrisa de

“Hay gemidos de sexo y olor a marihuana saliendo por una ventana de barrotes. Suena música de radio, vieja, gangosa. No me atrevo a entrar. Temo a tus regaños y tu enojo.”

niña me hizo un tajo en el estómago. Fuiste un ángel de Transilvania, gata de pasarela, doncella de una noche roja. Hubo en mis ojos tanta nostalgia con esa visión de tu piel develada que no pudiste contener un abrazo y me susurraste al oído, Seré tuya, mi niño lacónico. Sonríe un poco.

Salimos. Decidimos ir a conversar a otro sitio. Tú te adelantaste mientras yo escuchaba a un tipo describir mi silencio y mis ojos. Dijo que al acercarme a ti, mi corazón se volvía puro como la nieve. Y al alejarme, mi cabeza se llenaba de murciélagos.

Marché a buscarte pues desde la entrada del inquilinato no lograba verte.

Avancé por un par de cuadras, pasé por una plaza de mercado lúgubre y fangosa y un depósito de reciclaje. Muebles carcomidos invadían la calle. Había muchos tubos retorcidos y oxidados. No había gente. Supe de golpe que hacía años ni un alma se atrevía por esos lados. La oscuridad parecía desteñirse a medida que entraba en ella.

Al fin te localicé en las afueras del cementerio de carros. Nos sentamos en el sardinel. Tú hablaste durante largo rato sobre mis palabras, alababas mi forma lírica de decir simplezas con dicción tajante y timbre de juglar. Dijiste que tenía labios de prócer joven. Quise

*Dijo que al
acercarme a
ti, mi corazón
se volvía puro
como la nieve.
Y al alejarme,
mi cabeza se
llenaba de
murciélagos.*



besarte entonces pero no me atreví. Me miraste fijo y tus ojos repitieron que me encontrabas atractivo pero triste. Me explicaste que había algo de inocencia en mí que te gustaba y que te encantaría ir conmigo a vivir a un sitio luminoso con olas y palmeras pero no podías. Tu grupo de malandros nos daría caza sin fallar y nos castigarían. No habría sosiego ante la eterna amenaza de ser descuartizados por esa jauría. El mundillo de sordidez que compartías con tus amigos te tenía atrapada de modo irremediable. Esa barahúnda estridente y sorda, de algún modo te imponía un caos cómodo del cual dominabas todos sus vericuetos. Sin embargo sentías que algo te faltaba sin que pudieras precisar qué. Volar era tu anhelo. Vivir distinto sin perder los cimbronazos de placer que te otorgaba tu vida actual. El juego secreto. El fuego inconcluso.

Yo nada ofrecía. Era un espécimen ajeno a tu mundo. Un monaguillo gaseoso y quebradizo. Se notaba a leguas que tenía un pedigrí de manos finas que nunca habían empuñado un cuchillo. Y sin embargo estaba tan presente en tus tumbos de Dama Oscura, era tan vital para el equilibrio de tus desvaríos cotidianos, que mucha de tu fuerza la obtenías de mi esencia vegetal.

¡Ah, la ternura con que tus manos aliviaban mi taquicardia!

Nos quedamos en silencio dejando que el tiempo se gastara. Codos en las rodillas, barbillas sobre las manos, mirada al frente, pensando al unísono que el amor es un trozo de carroña seca arrojado en un desierto de cristal.

Fue entonces cuando llegó la camioneta para llevarnos al barrio de la planicie a recoger mi balón.

Había llovido toda la noche anterior pero el barro sólo nos había ensuciado las

zapatillas de carreras. El resto de nuestros atuendos permanecía impecable.

Después de tanto ajetreo durante todo el día, por fin llegamos a tu casa a la mitad de la noche. Yo quería pasar a tomar vino tinto y hundir mi cabeza en tu regazo. Dejar que me acariciaras el cabello y soltar sin afanes mis suspiros encajonados. Tú querías dormir, desnuda, sola, con el ventilador prendido a todo taco y un rumor de agua arrullándote. Así que dejamos todo para el día siguiente.

Cuando volví en la mañana habías desaparecido. Durante días, nada de ti.

Alguien dijo que viajaste fuera, hacia un país del sur donde hablan una lengua similar a la nuestra pero retorcida. Nadie lo sabe de cierto. Tu rastro fue de alcanfor. Triunfaste al fin. Lo sé sin duda y sin rencor.

Tu grupo de mancebos deambula acéfalo lanzando chillidos de rata hambrienta. Eras la única hembra en la comarca. El mundo ahora es una urna vacía.

A mí me haces falta de un modo distinto, sin arrebatos. Mis palabras perdieron la fórmula que las ordenaba, mis ojos gotean óxido y mi voz suena tan reverberada que he decidido callar para siempre. Abandoné los entrenos y sólo salgo a dar un paseo cuando la tarde se pone rosada y tiene rayones de verde pálido. Me aproximo a ser una estatua articulada.

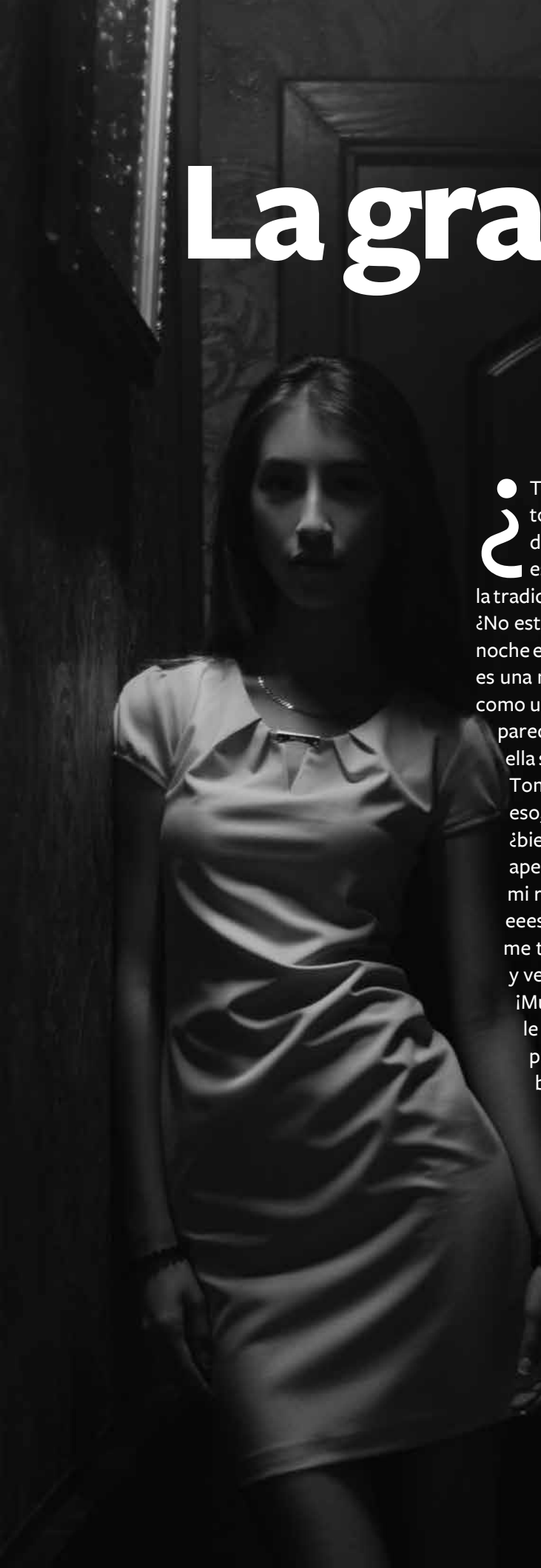
Esa última noche, parados frente a la puerta de tu casa, antes de despedirnos, me diste un beso prolongado y dulce que convirtió mi saliva en néctar de jengibre. Fue el único.

Desde entonces y sin falta, no paro de tener siempre este mismo sueño: te beso y de inmediato me veo persiguiéndote por terrenos escabrosos. 

“Se notaba a leguas que tenía un pedigrí de manos finas que nunca habían empuñado un cuchillo. Y sin embargo estaba tan presente en tus tumbos de Dama Oscura, era tan vital para el equilibrio de tus desvaríos cotidianos, que mucha de tu fuerza la obtenías de mi esencia vegetal.”

La gran noche

Mauricio Vargas



● ¿Todavía no está lista? Qué demora con usted, Deisy. Vea que todos la estamos esperando. Ya la quiero ver engalanada. Deje de estar fregando con esos zapatos, más bien. Sí, yo sé que no está acostumbrada, pero ya es hora de que use zapato alto. Es la tradición. Venga le ayudo, más bien. ¿Dónde dejó el vestido? ¡Ah, sí! ¿No está emocionada? Ay, yo sí. Es que esto solo se vive una vez. La noche en que la niña se vuelve mujer. ¿No es maravilloso? Yo creo que es una noche mágica, inolvidable. Hoy se tiene que ver bien bonita, como una princesa, espérese y verá. Mire, este es el vestido. ¿Qué le parece? ¿Le gusta? A mí también. Yo cuando lo vi dije: eso es para ella segurito, le va a quedar como un guante, va a ser la sensación. Tome, póngaselo, eso sí, cuidado ahí al meter el pie. Súbaselo, eso, venga yo le subo el cierre ahí atrás. Listo, cómo se siente, ¿bien? Ah, qué bueno, y el maquillaje le quedó divino, le combina apenas. ¿Si ve que yo tengo buen ojo para estas cosas? Este es mi regalo, hija, disfrútelo y que la pase bueno esta noche, beso, eeso sí. Ahora vamos, bajemos para que la vean. Cuidado ahí se me tropieza, eso sí, espere abro que esta chapa es un problema y vea como rechina esta puerta, no, no, no. Venga. ¡Muchachas! ¡Muchachas! ¡Aquí está la señorita! Eso, aplaudan. ¿Si ve, Deisy?, le dije que se iban a sorprender. Vaya dele las gracias a Claudia por el maquillaje, eso sí. Venga Deisy, venga. Ahora empieza lo bueno, no perdamos tiempo. ¿Ve algo interesante? Dígame, porque usted sabe cómo es esta vuelta, no se puede dejar ganar, usted se tiene que hacer notar, ¿qué le parece el tipo de allá? Ese, el del traje azul oscuro, el que viene allá. Yo lo veo como bien, ¿no? Sí, confíe en mí. Yo conozco a ese tipo de clientes, les gusta las peladitas así como usted, virgencitas. Esos sueltan el billete facilito. Vaya, vaya rápido, haláguelo y que tales. Si el man se interesa le dice cuánto es y si el man no tiene dónde ir, pues se van allá donde el Indio. Fresca mamá, no se preocupe por eso, yo ya hablé con él para que les hagan rebaja por la pieza. Digamos que es mi segundo regalo. Vaya. Me cuenta cuando vuelva. Se me cuida. Suerte. 

La Noctámbula

Javier Enrique Vallejo Chamorro

Huele a orines. La casa me recibió reacia, con desdén, diríayó.

Al entrar, entre los olores olvidados que comenzaron a despertar en mi memoria, el cuadro más lúgubre que hubiese podido predecir se hizo cierto ante estos ojos incrédulos. Eran ellos, los viejos, sentados en el mismo escaño de madera cruda que él había construido en su juventud y en el que, por entonces, al llegar la noche, solíamos calentarnos alrededor de la candela y tomar café falso de habas tostadas, ya ser felices armando castillos con las tusas desnudas del maíz recién cosechado. El viento gélido, que es de lo poco que no ha cambiado, llegaba con ella, y es él el que me ha obligado a buscarlos junto al fogón.

Al empujar, la puerta se resistió por el óxido de sus goznes, espantando con su chirrido un enjambre de moscos que dormitaba sobre los tirantes de eucalipto, revestidos quién sabe por cuántas capas de hollín. Volaron en desbandada, sacudiendo con su aleteo el hálito corroído de los cutes oxidados, del arnero arcaico, del cedazo inservible, de las ollas olvidadas, del estiércol polvoriento de los cuyes y del trastero, donde tiempos ha, reposaban las cucharas, los platos y los pocillos chiltados de mis hermanos. Ahora es un tablón ajado que sostiene, en un alambre, las dos cucharas de los viejos y la capa de polvo espesa extendida como una larga veta. El tiempo se ha enquistado en cada grieta, y a través de ellas una luz perversa hace lúcido su paso demoledor. Es innegable que la casa agoniza y que yo me he sumado a esta debacle, a este espacio sin nombre que reclamo como mío. Insisto en hacer del desastre una vana propiedad. Me consuela que afuera es peor, todo parece un naufragio.

De lo que fue el caserío, poco se ha salvado. Encontré que el callejón, callejón de los locos, le llamaba en mi niñez, ya no es ese que tanto recuerdo como un laberinto sombrío bajo eucaliptos dantescos que crujían con el viento, encarrilado entre tapias que rociadas por la lluvia despedían un olor muy provocativo a tierra húme-

da. Era el lugar más propicio para los noviecitos que nos escondíamos del mundo. Estando ahí me invadió la misma luz reveladora. Los árboles que ocultaban a los enamorados han desaparecido para siempre y del caminito orlado con olor a menta, donde en épocas de lluvia se enterraban vivas las recuas, no queda nada, solo asfalto.

Así pasa con todo. La desmemoria se alimenta de nuestra dicha y siempre quiere más y más, al igual que nosotros, que somos el más siniestro de los cataclismos. Acabamos con todo. Nada quedó, ni cebadales, ni frailejones, ni molinos de piedra, ni máquinas de trillar, ni agua con sabor a vicundo, ni cerámica precolombina. El tiempo,



que es veneno y antídoto, nace y muere a cada segundo, y nosotros nos diluimos en él, como le sucedió al bramido de las aguas que rompían enfurecidas contra las piedras horadadas; ahora ahí va lánguido, muriendo con cada roca que lame, no es más que un hilo endeble, un silencio doloroso, una ruina persistente. Todo se fue con el caudal hacia el estuario que nos espera a los mortales: el olvido.

Solo lo obstinado ha sobrevivido a este desastre, como el árbol de nogal junto a la casa. ¡Qué terquedad la terquedad de un árbol! Persiste, aunque tiene en su firmeza una extraña inclinación, y si nada se lo impide, su destino tendrá que ser el de venirse abajo cobijado por un cielo infinitamente estrellado. Recuerdo que a veces, mis hermanos y yo, jugábamos con los animales perdidos que la gente le amarraba y con los caballos que los visitantes de las veredas dejaban atados para cambiarse las alpargatas enlodadas y entrar al pueblo. Temerosos de la noctámbula muerte, los hombres de la casa, lo usaron para desaguar sus urgencias. Un día, papá, les prohibió volver a hacerlo pues la raíz había comenzado a pudrirse, “Nos va a cobrar la ofensa y una noche de estas se nos va a venir encima”, les advirtió. Pero nadie le creyó porque él mismo lo seguía visitando. También sirvió de campanario en nuestros juegos cuando colgamos unos tarros llenos de piedras con una cabuya larga larga; eso fue cuando mamá determinara no volver a la iglesia, después que sucedió lo que he venido a recordarles.

Aconteció que el cura párroco, con el argumento sinvergüenza de que los ricos debían dar a los pobres, obnubilando la fe ciega de papá, le exhortó a repartir la poca tierra que había logrado en su vida, dejando para la iglesia la mayor porción y a nosotros en la más soberbia pobreza... nadie dirá que así sucedió. Yo lo recuerdo bien, pues se me acabaron los días felices, ya no hubo maíz para cosechar y tuve que irme para ayudar con el sustento de todos, iniciando un largo viaje que esta noche termina.

Aun veo a los dos viejos ayudándome a meter en un costal la escasísima ropa y el avío. No paraban de llorar cuando me fui, pero al fin he vuelto a consolar su llanto, a evitar que el tiempo haga de las suyas, a obligar a los oportunistas, que solo recuerdan cuando les conviene, a que hagan memoria; a perpetuar que el cura párroco, además de nuestros días felices, con escopeta en mano, acabó con las tórtolas y los perros que buscaban abrigo en los recovecos de la entrada de la iglesia; y sobre todo para que rememoren aquella noche, cuando terminada la última misa, creyó escuchar dos gatos que se peleaban dentro del confesionario haciendo un chillido satánico y justifican-

cando que eran meros cagones, y cobijado por la penumbra la noctámbula, de su estupidez y sus ojos cegatones, a plomazos silenció los chillidos.

Al día siguiente, las beatas de la madrugada encontraron el charco de sangre y vieron el cuerpo de un hombre y una mujer, compadres de matrimonio y quienes, con la coartada de la última misa, resultaron amantes clandestinos. ¡Recuerden así los vimos! medio desnudos y con las ruanas desechas por los disparos, pero todos dijeron que eso no pasó para que el cura párroco pudiera legalizarles las tierras que eran de papá. Arrastraron los cuerpos fuera de la iglesia y lo justificaron como una venganza anónima. No entiendo cómo, siendo tan pobres todos, colaboraron para comprar un confesionario nuevo en cedro, con incrustaciones de plata y una cruz enchapada en oro.

Pero ahora están en mis manos. Ya va siendo hora que se den cuenta que no existen, que son meras briznas al capricho de mi memoria, que he pasado como un ventarrón que sacudió más de la cuenta el ayer, haciendo que aflore un tufo a orines, que como una saeta he hecho que el árbol se incline y que la noctámbula muerte venga con su gélida neblina a empujarnos al fogón.

Empujo la puerta. Entre el humo fresco y el olor a café descubro a mis hermanos pequeños, incluso Leo y Luchito, que fueron los primeros que la noctámbula se llevó. Están en el escaño jugando con las tusas del maíz recién desgranado, “Nellicita, hija, venga a tomar café”, me dice amorosa mi madre, mientras papá sopla la candela con un juco, haciendo que se arremoline una nube de chispas que va a sumarse al cielo estrellado.

Afuera se escucha un crujido. Antes de cerrar la puerta, un conjunto de minacures, que revolotea intermitente en la obscuridad, alumbró el árbol que va a cobrar la ofensa; antes de cerrar la puerta y abrazarme con todos, el tiempo ha hecho de las suyas y en alguna parte, el último que nos recordaba nos ha olvidado. Cierro y corro a los brazos de mi madre. He vuelto. Huele a leche materna. 

GLOSARIO

- *Arnero*: Lata rustica para rallar.
- *Alpargatas*: Calzado de fique o caucho.
- *Cagones*: Mito Nariñense, Gatos diabólicos.
- *Chiltado*: Utensilio esmaltado, descascarado por un golpe.
- *Cedazo*: Útil para cernir la harina.
- *Cutes*: Herramienta para cosechar papa.
- *Cuyes*: Conejillos de indias.
- *Escaño*: Banqueta larga.
- *Tapias*: Paredes de tierra prensada.
- *Vicundo*: Mata del páramo.
- *Juco*: Caña para soplar la candela.
- *Minacures*: Luciérnagas.

Los Apocalipsis

Mauricio Palomo Riaño

“Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces, vendrá el fin”.

Mateo 24:14



La luna se tiñó de sangre en el firmamento, la señal del apocalipsis, tal como lo habían manifestado los códigos, se revelaba. No habría sol en la mañana, la danza festiva de las tinieblas empezaría a extenderse para siempre...

El espesor de la noche imponía un cielo negro que se veía roto en su punto blanco, las primeras gotas de sangre de la reina nocturnal empezaban a mojar el pavimento. El hueco en la superficie pálida del astro, aquel que Arquímedes vislumbró, no fue más que el inicio, pues luego un manantial rojo fue manchando la superficie lunar, primero tenuemente, para después fluir a borbotones, haciéndose gigante en la medida en que iba entrando por las pupilas absortas del que impávido la contemplaba. La luna coloreada de herida, hacía ver al mundo el exordio del holocausto.

Arquímedes se arrodilló primero y masculó algunas palabras ininteligibles, parecía trastornado y no obstante, colmado de regocijo. Luego, cual muñeco de resortes saltando desde el fondo de un baúl recién abierto, salió disparado hacia la calle y se empezó a escuchar gritando a todo pulmón que por fin había llegado la redención del mundo, que el final bendito empezaba a manifestarse, que dios por fin, en su absoluta magnificencia, se había acordado de la desgraciada especie que había germinado y por fin daba la orden de que los nuevos tiempos llegaran. Los vecinos, otra vez, asomándose por las ventanas de sus casas, observaban al alucinado, mientras pensaban hondamente en la locura que se iba tragando al mundo. Para Arquímedes no había afectación por la perplejidad de los otros, en absoluto, él, una vez más, disfrutaba imaginando alegremente el paraíso...

Laureano y Helena no habían estado bien del todo, ambos, internos en hospitales psiquiátricos de manera reiterativa y con sendos diagnósticos psicológicos se habían conocido durante las largas jornadas de encierro, empezando una historia de amor convulsa. Arquímedes había sido el fruto de un amor que se consumió dentro de paredes blancas, calmantes, jeringas y horarios exigentes de enfermeras toscas e insensibles, y sin embargo, desde otro plano, también entre galaxias, destinos múltiples, viajes del cerebro a lugares clandestinos del firmamento, dimensiones extrañas, escenarios astrales. Cuando Helena y Laureano hacían el amor, literalmente los portales ocultos del cosmos se abrían, los umbrales se atravesaban y la infinitud era profanada. Las barajas de las cartas volaban entre cementerios lunares y las bocanadas del tabaco dibujaban el destino. El orgasmo último era la totalidad del universo.

Proponiéndose salir del bache y en medio de cerebros irremediamente trastocados, hicieron creer al mundo y a las juntas médicas que ya habían superado sus hondos dictámenes. Arquímedes, sin embargo, nació interno, tanto física como simbólicamente, tras un embarazo complicado, en el que visiones y ataques espasmódicos rodearon a Helena. Extrañas fiebres la atacaban de noche y era su esposo el único que podía hacerla entrar en razón de nuevo. La madre de Arquímedes en sus instantes febriles afirmaba con vehemencia que era hija de las estrellas. Mientras tanto, Laureano se sabía un ser tocado por la naturaleza, con una marcada fascinación personal por la lectura del futuro había estado involucrado con el tarot, la quiromancia y la lectura del tabaco. El nombre de su hijo tenía la potencia de sus largos años de trabajo en consultorios esotéricos y en vínculos



...salió disparado hacia la calle y se empezó a escuchar gritando a todo pulmón que por fin había llegado la redención del mundo, que el final bendito empezaba a manifestarse, que dios por fin, en su absoluta magnificencia, se había acordado de la desgraciada especie que había germinado y por fin daba la orden de que los nuevos tiempos llegarán.

con todos esos otros estadios que iban más allá de los sentidos. Magia blanca y magia negra arrastraban su pasado, haciéndolo tener un aspecto diverso en gestos, actitudes y confusas acciones, como si lo visto y conocido a través de su labor lo hubiese terminado por convertir en todo eso de lo que fueron testigos sus ojos y su deambular por escenarios despegados de lo terrenal. Una inclinación evidente por el alcohol, a la postre, sería el detonante de sus visitas a los psiquiátricos de la ciudad.

Arquímedes entonces, era el resultado de un padre anclado en el escenario de lo etéreo que soñaba con hechicerías, entierros y porvenires enmarañados de los que se consideraba el lector perfecto, junto a una madre conectada con ciclos místicos en consonancia con la noche y con los astros, creyéndose una sola con el firmamento. Sin duda, esto y nada más, aportaron por lógica un porcentaje nebuloso enorme a la sangre del descendiente de esta particular combinación, haciendo completamente comprensible su accionar alienado.

Lamiendo la sangre de la acera se levantaba posteriormente dejándose bañar el rostro que se iba tornando rojo de manera vertiginosa. Los gritos de Arquímedes entonces, retumbaron en toda la cuadra y la aglomeración de las personas asomadas a las ventanas de sus viviendas fue mucho más impetuosa. Mirándose contrariados no se ponían de acuerdo entre si reír o preocuparse de la manera cada vez más veloz en la que el loco de la casa de la esquina se consumía en sus propias alucinaciones:

—Báñame con tu sangre bendita, amado Señor Jehová. Cura mis heridas interiores, dame la paz, conságrame a tu reino, Señor, dame el paraíso. Te he seguido firme frente a los ojos terrenos y me debo a ti, Señor, no te

canses de perdonar, Señor, danos la misericordia, y déjanos lavar nuestros pecados, líbranos, Señor, de la presencia del mal, y enséñanos a reconocerte en estas manifestaciones que anuncian tu llegada, Señor, que el juicio final sea preciso y absuélveme, hazme partícipe de tu proyecto. Amén, Amén y Amén. —Pronunciaba un Arquímedes febril, como poseso y la voz se le apagaba entre sollozos que se hibridaban entre la felicidad y la desdicha de ver a su prójimo confundido.

Era entendible para él que nadie comprendiera su verdad:

—Insulsos, no reconocen a Dios tocando a sus puertas —gritaba

Luego se recomponía y recordaba las palabras de su viejo cuando le decía que algunas verdades no eran para todo el mundo, y sólo entonces alcanzaba la calma.

Y así como salió hacia la calle despavorido, asimismo entró nuevamente en su vivienda. Las personas se vincularon nuevamente a sus dinámicas y la noche parecía tranquilizarse. Quizá fueron pocos los testigos que vieron el portón de la casa de la esquina nuevamente abrirse apenas un par de horas después, mientras una sombra lánguida con una tula a sus espaldas abandonaba furtivamente el barrio.

Las finanzas de Arquímedes eran ya insolventes, todos sus ahorros los había puesto, después de la extraña muerte de sus padres, en misteriosas cuentas extranjeras, a nombre de fundaciones del final de los tiempos, financiadas por oscuros personajes de los cuales no tenía certeza, pues desconocía personalmente. Lo único que sabía de esta clase de negocios era gracias a los catálogos de bunkers del fin del mundo, del empresario gringo Roberto Veneciano, quien en una de sus directrices manifestaba que aunque esa



*Báñame con tu
sangre bendita,
amado Señor
Jehová. Cura
mis heridas
interiores,
dame la paz,
conságrame
a tu reino,
Señor, dame el
paraíso. Te he
seguido firme
frente a los ojos
terrenos y me
debo a ti, Señor,
no te canses
de perdonar,
Señor, danos
la misericordia,
y déjanos
lavar nuestros
pecados...*

suerte de salvación para el epílogo del universo sólo se correspondía con perfiles de gente millonaria, también tendrían cabida las personas que los sujetos de esa posición determinaran que podían ingresar por una sola consigna: “aquellos que merecieran sobrevivir”. La técnica de las fundaciones entonces era la de darle ese mérito a almas nobles y espirituales como la de Arquímedes. Qué importaba que el sólo vínculo de la virtualidad fuera el que los uniera. Poniendo a prueba dicha espiritualidad con la capacidad de dar materialmente, apelaban a la cita bíblica de Hebreos 13: 5-8 que reza: “Manténganse libres del amor al dinero y conténtense con lo que tienen porque Dios ha dicho “Nunca te dejaré, jamás te abandonaré”. El alma caritativa de estos grupos por desprender de lo material al hombre se hacía evidente en sus cuentas bancarias que engordaban por su labor altruista. Arquímedes era uno de los seres de luz que estaba en la lista de los que merecían sobrevivir desde la perspectiva de estas fundaciones y desde la directriz de Veneciano.

En sus convulsos estados nunca supo si lo soñó o no, pero lo cierto es que la noche del día en que la luna sangró, recibió el mensaje feliz de que él había sido el escogido para participar en el proyecto de Dios. Sobrevivir por ser hijo de una composición bendita conectada con lo místico. Arquímedes recordaba a sus padres, sus dolorosas pérdidas y asumía la muerte de sus progenitores como la entrega que estos habían hecho para su salvación, esa que ahora se veía recompensada en la llegada del creador. Guardaba un amor y una admiración vehementes hacia sus viejos y entendía la relación cósmica en la posición de sus cadáveres en el estudio de la casa que había heredado de ellos. Las geometrías que adoptaron sus padres con sus cuerpos antes de morir le hablaban de un sacrifico hecho intencionalmente para

su participación en el paraíso, donde ellos, ahora, lo esperaban. Su madre en posición diagonal y su padre en horizontal, daban la impresión de un triángulo sin cerrarse, que él tendría que en el futuro completar. Una suerte de santo grial hecho con el cuerpo y del cual él era la última pieza; revelador.

Atrapado en sus abstracciones se dio cuenta que había salido de su casa con rumbo a ninguna parte. Recuperó por un instante su lucidez, se supo timado hacía mucho tiempo por los profetas del fin del mundo de los que se consideró alguna vez parte, y a su cerebro febril llegaron las verdaderas imágenes del fallecimiento de sus padres, poseídos por extrañas fuerzas que los acabaron desde adentro, sus cuerpos al final de sus vidas no siendo más que metáforas del árboles secos. Se supo fugitivo de varios psiquiátricos a los que iba a parar después de pregonar recurrentemente sucesivos apocalipsis. Arquímedes había podido escribir una biblia de su autoría pues todas las citas que manifestaba en su discurso desquiciado eran inventadas, aun

“El alma caritativa de estos grupos por desprender de lo material al hombre se hacía evidente en sus cuentas bancarias que engordaban por su labor altruista.”





cuando usaba los nombres de los evangelistas y mencionaba con propiedad capítulos y versículos.

Cuando la sensatez volvía, sabía que era la casa de la esquina del viejo barrio la que siempre lo esperaba y los ojos de sus vecinos que lo reconocían como la personificación de la demencia. Comprendía en esos instantes que no tenía ninguna misión en el mundo y que el Apocalipsis era un todo falaz, si había algo catastrófico que pusiera en peligro al mundo éramos sin duda nosotros mismos, sin embargo, esa brillantez poco le duraba. Nuevamente se sumergía en sibilinos periodos de los que salir era cada vez más incierto. Nuevamente las imágenes nefastas de un mundo que parecía dar señales de sus últimos estertores. Nuevamente los gritos en las calles:

—Insensibles sean todos; despierten, carajo, que el mundo no se acaba todos los días.

Y otra vez el regreso por las calles conocidas y la esquina donde solía arrodillarse cada vez que el orbe presagiaba su final. Todos los que le conocían lo veían llegar de nuevo con su tula derruida al viejo barrio y coincidían en acentuar la versión de sus desquiciadas neuronas, sin embargo, él sabía que el final estaba muy cerca, solamente era cuestión de agazaparse y esperar de nuevo, ya el firmamento volvería a dar la nueva señal...

Afuera, caía de nuevo la oscuridad, mientras Arquímedes dormía pesadamente después de su nueva y larga aventura trastornada. La noche abrazaba el día, apagándolo, y la luna llena se imponía con su blancura exacerbada, no obstante, algo parecía empezar a desdibujarla. Aquellos que se detuvieron a observarla por un instante, pudieron atisbar algunas gotas de sangre fluctuándole desde una pequeña herida que lentamente se iba ensanchando con el aparecer de las estrellas. 🖤

“...si había algo
catastrófico
que pusiera
en peligro
al mundo
éramos sin
duda nosotros
mismos.”



PREGRADOS

MATEMÁTICAS \$3.071.000

Código SNIES: 7349 | Duración: 9 Semestres
Resolución N°: 797 de 30/1/2012 | Vigencia: 7 años



ADMINISTRACIÓN DE NEGOCIOS INTERNACIONALES \$4.758.000

Acreditación Internacional ACBSP
Código SNIES: 7348 | Duración: 9 Semestres
Resolución N°: 8431 de 23/7/2012 | Vigencia: 7 años



PSICOLOGÍA \$4.941.000

Código SNIES: 1838 | Duración: 10 Semestres
Acreditación de Alta Calidad
Resolución N°: 17396 de 30/08/2016 | Vigencia: 6 años.

INGENIERÍA INDUSTRIAL \$4.079.000

Código SNIES: 53427 | Duración: 10 Semestres
Resolución N°: 10668 de 9/7/2014 | Vigencia: 7 años

INGENIERÍA DE SISTEMAS \$3.922.000

Código SNIES: 9379 | Duración: 9 Semestres
Resolución N°: 7895 de 19/9/2011 | Vigencia: 7 años



MERCADEO \$4.079.000

Acreditación Internacional ACBSP
Código SNIES: 53416 | Duración: 9 Semestres
Resolución N°: 22688 de 29/12/2014 | Vigencia: 7 años

ESPECIALIZACIONES

PSICOLOGÍA CLÍNICA INFANTIL, DEL ADOLESCENTE Y LA FAMILIA \$6.297.000

Código SNIES: 101657 | Duración: 2 Semestres
Resolución N°: 4219 de 20/4/2012 | Vigencia: 7 años

PSICOLOGÍA DEL CONSUMIDOR \$6.553.000

Código SNIES: 1840 | Duración: 2 Semestres
Resolución N°: 10714 de 6/9/2012 | Vigencia: 7 años

GERENCIA DE RECURSOS HUMANOS \$6.553.000

Código SNIES: 4951 | Duración: 2 Semestres
Resolución N°: 14862 de 11/9/2014 | Vigencia: 7 años

PSICOLOGÍA FORENSE \$5.770.000

Código SNIES: 101270 | Duración: 2 Semestres
Resolución N°: 8943 de 13/10/2011 | Vigencia: 7 años

EVALUACIÓN CLÍNICA Y TRATAMIENTO DE TRASTORNOS EMOCIONALES Y AFECTIVOS \$6.553.000

Código SNIES: 52968 | Duración: 2 Semestres
Resolución N°: 963 de 24/1/2014 | Vigencia: 7 años

MAESTRÍAS Y DOCTORADO

MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA CLÍNICA \$7.629.000

Código SNIES: 1841 | Duración: 4 Semestres
Resolución N°: 10177 de 22/11/2010 | Vigencia: 7 años

MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA DEL CONSUMIDOR \$7.629.000

Código SNIES: 53638 | Duración: 4 Semestres
Resolución N°: 20331 de 28/11/2014 | Vigencia: 7 años

DOCTORADO EN PSICOLOGÍA \$9.890.000

Código SNIES: 105176 | Duración: 3 años
Resolución N°: 385 de 14/1/2016 | Vigencia: 7 años

INFORMACIÓN Y ASESORÍA

mi.konradlorenz.edu.co  **3472311** OPCIÓN 6

*Valores correspondientes al monto de matrícula por semestre para 2017.
La Fundación Universitaria Konrad Lorenz es una Institución de Educación Superior sujeta a inspección y vigilancia por el Ministerio de Educación Nacional (Art. 2.5.3.2.10.2, Decreto 1075 de 2015).

Fundación Universitaria Konrad Lorenz
Cra. 9 bis No. 62 - 43, Bogotá, Colombia
PBX: 3472311, opción 6 (Admisiones)
Vigilada Mineducación.

Los sonidos de la noche

Mauricio Vargas



El ruido de las ollas que cayeron en la cocina la despertó de repente. Fue un estruendo en medio de la noche tranquila, armonizada por el murmullo de los insectos en el exterior. Se quedó quieta, con los ojos abiertos, contemplando la habitación en penumbras, aguzando el oído. Deslizó sus manos hasta el borde de las cobijas y se cubrió. Así permaneció inmóvil. Deseó no escuchar de nuevo otro sonido dentro de su casa y se le antojó que el alboroto había sido una jugarreta de su cerebro.

Las manecillas fosforescentes de su despertador marcaban poco más de las doce de la noche. Su mente estaba trabajando rápido. Podría ser un espanto que rondaba la casa. En un pueblo no se estaba exento de presenciar la resurrección de las viejas leyendas. O quizá...

No. No era lo suficientemente fuerte para enfrentar a un criminal. Un bandido estaba en la casa, seguramente. ¿Qué podría robarle? No tenía nada que valiera la pena ser hurtado, aunque ella o su pequeño podrían salir lastimados. El mundo está lleno de enfermos, pensó, y si le llegaba a suceder algo, todo sería culpa de su marido. ¿Cómo la había podido abandonar así? Era vulnerable. Odiaba reconocerlo, pero el temor que sintió en ese momento la hizo caer en cuenta de su dependencia. Era una inútil que pretendía cuidar a un pequeño de tres años. ¿Pero acaso no lo hacía bien? El niño estaba sano y eso era lo más importante.

Creyó estar retomando el control de sus emociones cuando escuchó los pasos en el corredor. La madera de la vieja casa apenas protestó. Fueron rápidos y se detuvieron a pocos metros de su habitación. Escuchó atentamente, con los ojos mirando al techo, fijos en la oscuridad. La puerta del cuarto contiguo se abrió, pesada y chirriante. Ella no se atrevió a mover un solo músculo. Podrían atraparla antes que a su pequeño. Debo salir, pensó, pero siguió allí, con las mantas sobre su pecho.

Al otro lado de la pared creyó escuchar un correteo y unas risas muy leves. Escuchó voces pero no logró identificar las palabras. Lo que sí escuchó a la perfección fue el grito que vino a continuación.

Fue un sonido que le heló la piel. Quiso salir de la cama a toda prisa, pero sus miembros no le respondieron. ¡Levántate!, y un segundo después estaba desembarazándose de las cobijas. Trató de meter los pies en las sandalias con torpeza, casi perdió el equilibrio y decidió dejarlas ahí. Abrió la puerta de un tirón, salió al corredor y entró en la otra habitación. Hubiese deseado encontrar a su hijo inquieto en la cama, quizá por una pesadilla, o siendo agredido por un malhechor. Hubiese querido cualquier cosa de estas, antes que notar que el pequeño Brayan había desaparecido.

Eliseo Meza caminaba entre los matorrales que rodeaban la loma con un cigarrillo en la boca y una manta alrededor del cuello. Iba para el río a trabajar. Lo venía haciendo desde hacía varios meses con grandiosos resultados. Cuando los borrachines, que se quedaban a beber hasta tarde en la noche, vadeaban el río, Eliseo se les lanzaba con su improvisado disfraz de fantasma, coronado por un enorme sombrero. Los caballos reculaban y caían. Los borrachos se iban de cara al barro y quedaban privados por el susto. Allí los despojaba de todas sus pertenencias de valor y se escondía de nuevo. El

“Cuando los borrachines, que se quedaban a beber hasta tarde en la noche, vadeaban el río, Eliseo se les lanzaba con su improvisado disfraz de fantasma, coronado por un enorme sombrero.”



jinete recobraba el conocimiento al poco rato y Eliseo lo espiaba entre las matas de plátano, esperando a su siguiente víctima.

Los rumores en el pueblo ya eran objeto de cotilleo. Todos decían que allá en el río, tarde en la noche, salía el duende con un sombrero y una manta. Otros decían que era un ánima, a lo que replicaban los demás que no, que se trataba del duende porque tenía sombrero. En realidad, Eliseo jamás había llegado a ver un duende. Para él, eran cuentos de viejas, creencias pendejas, puras habladurías. Durante toda su vida había escuchado un montón de versiones diferentes sobre esa criatura. Unos decían que se hacía pasar por niño y se ponía a jugar con los otros en la noche. Otros, que era un enano. Algunos más afirmaban que era un hombre pequeño que usaba un sombrero tan grande que le tapaba la cara y tenía los pies al revés para engañar a quien se le atravesara por el frente. Bah. El famoso duende solo era su alternativa económica más creativa. Se felicitaba por aquello. Era un tipo muy sagaz.

Se detuvo un momento para mirar su reloj bajo la luz plateada de la luna: la una de la madrugada. Dentro de poco comenzaría la peregrinación de bebedores. Se acomodó la manta alrededor del cuello y avanzó entre la vegetación. Sus pisadas resquebrajaban las ramas caídas y el roce de su cuerpo con las hojas producía un murmullo en medio de la quietud de la noche. Se había habituado a esos sonidos. Le agradaban esos momentos de soledad porque a la vez que lo relajaban, la adrenalina que corría por su cuerpo lo hacía sentir con más vitalidad.

Entonces, su pie pisó algo que produjo un sonido extraño, ajeno a ese lugar.

Miró el suelo, cubierto de negrura. Se volteó rebuscando lo que había pisado y vio el empaque de frituras amarillo sepultado entre la tierra y las hojas. Lo recogió. De su interior salió una lluvia de boronas. ¿Quién andaba por ahí comiendo galletas? A veces encontraba en el suelo bolsas plásticas y botellas, pero todas decoloradas por el tiempo. La naturaleza las había consumido lentamente. Miró en derredor y permaneció unos segundos en silencio, tratando de captar algún otro sonido. De pronto alguien andaba por allí. Si lo veían con la manta y con el sombrero se iban a dar cuenta y al amanecer ya todos estarían hablando de él en el pueblo. Pero no escuchó nada. Se metió maquinalmente el paquete de frituras en el bolsillo y continuó.

—¡Brayan! ¡Brayan!

Marina gritaba como loca rebuscando por todos los rincones de la casa. No estaba su pequeño. Se lo habían robado, ¡se lo habían quitado en sus narices! ¡Cobarde!

Fue a la cocina y se sentó en la mesa del rincón. Apoyó su cabeza sobre las manos, mirando desesperadamente el mantel manchado, intentando recordar. Había oído risas, risas infantiles. Y los pasos, esos pasos corriendo por el pasillo. No fue su esposo, ni un secuestrador ni un violador, pero ¿y quién más?, se preguntó.

Nadie la había escuchado. Vivía a las afueras del pueblo, en una casa vieja que se estaba cayendo a pedazos. Siempre había querido salir de ahí con su hijo, irse para la ciudad. Cada día se lo proponía pero a la noche se descubría de nuevo en su cama, planeándolo todo una vez más para el día siguiente. En el fondo reconocía que era una cobarde. Ni siquiera había sido capaz de levantarse cuando escuchó los

“Miró el suelo,
cubierto
de negrura.
Se volteó
rebuscando
lo que había
pisado y vio el
empaque de
frituras amarillo
sepultado
entre la tierra
y las hojas. Lo
recogió. De su
interior salió
una lluvia de
boronas.”



pasos y la puerta del cuarto de su hijo abrirse.

Se deshizo de los recuerdos recientes y miró de nuevo la cocina a oscuras. La casa estaba sumida en un silencio total. Pensó que los secuestradores no debían de ir muy lejos. Pero también sopesó la idea de que no fuera un simple bandido. ¡Esas risas! Las risas... ¡y esos pasos!

¡No! Tenía que salir a buscarlo.

Fue a la entrada principal. El aire de la noche le azotó la cara y el sudor frío que le perlaba la frente y el pecho pareció congelarse sobre la piel. Atisbó hacia la explanada que se extendía hasta la maleza. No vio nada. Salió y miró en todas direcciones. Allá, en un costado, atisbó un leve movimiento.

¡Andá y revisá!

No, es peligroso.

Se vio a sí misma corriendo por la zona, atrapando al sujeto y recuperando a su hijo, pero decidió acercarse con precaución. Nada se movió entre las matas. Entonces escuchó unos golpeteos sobre las tejas de barro de la casa. Se giró y escuchó. Una piedra vino rebotando sobre el tejado hacia ella. Estaban atrás. Volvió a escuchar las risas.

Fue corriendo a la parte posterior, donde estaba el lavadero. La ropa estaba oreándose en las cuerdas atadas a los palos de guadua que había instalado hace mucho tiempo. No había nadie. Pero del otro lado de la casa volvieron a tirar piedras. Regresó sobre sus pasos. De nuevo, no vio a nadie, pero todas las piedras estaban diseminadas en la hierba.

—¡Quién es!

Lanzaron más piedras.

—¡Quién es! ¡Devuélvanme a mi hijo!

Más risas.

Escuchó los matorrales del lote vecino. Volvió al lavadero de prisa y solo halló oscuridad.

Permaneció de pie, intentando escuchar lo inaudible. Ver una presencia que no sabía si estaba allí o dentro de su cabeza. Atrás, sintió que alguien se acercaba. Se volteó lentamente. La figura enjuta estaba al nivel de sus caderas. Lo siguiente que vio fue el cielo mientras la tumbaban al suelo. Luego, oscuridad.

Eliseo ya tenía en su bolsillo cuatro empaques de comida. El que había pasado por ahí era una verdadera máquina de comer basura, pensó.

El río estaba a un kilómetro. Le estaban tallando las botas pantaneras. Tenía una llaga en el dedo meñique que lo hacía estremecer cada vez que pisaba mal.

No sabía por qué había recogido los empaques. Le había resultado curioso hallarlos por allí. Era como si estuviese siguiendo el rastro de alguien, recogiendo paquetes en lugar de piedritas o migas de pan. Se preguntó si lo conducirían a algún lugar.

Se vio a sí misma corriendo por la zona, atrapando al sujeto y recuperando a su hijo, pero decidió acercarse con precaución. Nada se movió entre las matas. Entonces escuchó unos golpeteos sobre las tejas de barro de la casa.



Avanzó unos metros más con la mirada fija en el suelo, explorando la tierra oscurecida, y su atención se dirigió al lugar de donde provino el sonido. Al parecer, alguien andaba cerca. Se detuvo, conteniendo la respiración. Tiró la colilla de su cigarro al suelo. De nuevo, algo se movió adelante. Se quitó la manta de los hombros con rapidez y la dejó caer en el piso. Esperó atentamente un nuevo movimiento. Allá adelante vio que las hojas verdes y brillantes a la luz de la luna se mecían, pero no se acercaban a él sino que se encaminaba hacia las rocas del fondo. Volvió a agarrar la manta, la enrolló y se la metió bajo la axila. Miró su reloj: la una y cuarto. Podía ir a investigar, no quería que más adelante lo sorprendieran jugando a espantar borrachos. Debía adelantarse a los acontecimientos, pensó. Seguramente, quien estaba por allá adelante era el de las envolturas. Lo atraparía y lo ahuyentaría. No quería a nadie merodeando por ahí.

Se encaminó con precaución hacia el sujeto que le llevaba unos buenos pasos de distancia. Las enormes rocas que se dibujaban contra el firmamento estaban más o menos cerca.

Todo el mundo vio a la mujer caminando lentamente por la calle principal del pueblo.

—¿Esa no es Marina? —dijo un sujeto que bebía cerveza sentado en una banca en la entrada de la tienda de Nicanor.

—Sí, esa es —respondió el tendero— Qué le pasa.

Todos quienes la vieron se preguntaron lo mismo, pero nadie quiso acercársele. Iba con los ojos cerrados, con su bata de dormir, descalza, tambaleándose.

—Va dormida —dijo Nicanor.

De pronto pronunció un nombre que se alcanzó a escuchar, incluso, sobre la música de las cantinas.

—¡Brayaaaannn!

La gente empezó asomarse por las puertas de los establecimientos y a congregarse en los andenes.

—Andá y la despertás —dijo el tipo sentado en la entrada de la tienda.

—No, qué te pasa. Andá vos.

—¿Yo?

—Mejor voy a llamar a la policía.

Nicanor entró en la tienda y se puso al teléfono.

Esta vez encontró paquetes llenos en la entrada de una pequeña cueva.

¿Qué era todo eso?, pensó, ¿una broma? ¿Le estaban tendiendo una trampa? Y la había seguido como un pendejo.

No vio señales de movimiento. La cueva estaba tan oscura como la boca de un lobo.

—¡Ey!

Su voz se la tragó la cueva, no sin antes replicarse varias veces.

—Hijueputas —murmuró.

Se desocupó los bolsillos y todos los paquetes cayeron arrugados en el suelo.

—Aquí están sus cosas.

“Se detuvo,
conteniendo
la respiración.
Tiró la colilla
de su cigarro al
suelo. De nuevo,
algo se movió
adelante. Se
quitó la manta
de los hombros
con rapidez y
la dejó caer en
el piso. Esperó
atentamente
un nuevo
movimiento.”



Permaneció en silencio unos instantes, intentando percibir el más mínimo ruido.

Un sollozo.

Provenía del interior.

«Ahora sí me llevó el que me trajo», pensó.

Su madre siempre le había dicho que no actuara siguiendo sus impulsos porque le iba a costar caro. Él había decidido que era solo una de las estrategias de su madre para retenerlo bajo sus faldones, por eso su primer acto impulsivo fue irse de la casa en cuando tuvo oportunidad. Y así seguía actuando, aventándose sin pensar las cosas dos veces. Aunque sintió una punzada en el estómago que lo hizo dudar, decidió entrar en la cueva. A él no le iban a venir a joder la vida así como así.

Buscó su encendedor, prendió la llama y se adentró en la cueva. La oscuridad se disipó con el trémulo resplandor. Tuvo que encorvarse para que su cabeza no chocara con las protuberancias de la roca. No pensó que fuera tan profunda. La cueva se adentraba dando una curva apenas pronunciada hacia la izquierda.

Y volvió a escuchar el débil llanto. Venían de más al fondo.

—¡Quién está allí! —Su corazón dio un vuelco a escuchar su voz rebotando en las paredes. La llama se apagó e intentó prenderla torpemente. Mientras caminaba un poco más, la luz regresó y vio al niño atado y tirado en el piso. Una mordaza ahogaba sus sollozos.

—¡Virgen santísima!

Eliseo se acercó. Las lágrimas del pequeño rodaban por sus mejillas y brillaban al contacto con la luz anaranjada y vacilante de la llama. Cuando Eliseo extendió su mano, el niño se alteró más.

—No, no, tranquilo.

El pequeño tenía las manos y los pies amarrados con retazos de tela. Eliseo examinó los nudos y supo que no iba a poder desatarlos con una sola mano y en semejante oscuridad, soltando el encendedor, la cosa se iba a poner más difícil. Miró a sus espaldas, intentando reconstruir la vía de acceso a la cueva, se hizo más cerca del niño y de frente a la salida, apagó el encendedor, cargó el pequeño cuerpo que no dejaba de moverse y caminó con dificultad hacia la entrada, recostándose contra la roca. No se veía nada.

Le pareció un trayecto eterno hasta que logró ver la claridad exterior a pocos metros de distancia. Recibió el aire cálido de la noche con inusitada tranquilidad.

—Ya casi —le susurró al niño.

Cuando salió, dejó al chico en el suelo, de pie, y se arrodilló.

—Te voy a llevar con tu mamá —le dijo.

El niño pareció tranquilizarse.

—Te voy a desamarrar.

Parecía bastante sencillo, pero los nudos que le habían hecho estaban muy apretados. No había de dónde asirse para liberarle las manos y los pies. Entonces decidió quitarle la mordaza indicándole que guardara silencio. El secuestrador podía estar cerca y si se daba cuenta de que él le había dañado los planes, seguramente le metería un tiro en la frente.

“El pequeño tenía las manos y los pies amarrados con retazos de tela. Eliseo examinó los nudos y supo que no iba a poder desatarlos con una sola mano y en semejante oscuridad, soltando el encendedor, la cosa se iba a poner más difícil”



—¿Cómo se llama tu mamá? —le preguntó.

El niño balbuceó entre sollozos.

—¿Cómo?

—Madina.

¿Marina? Marina, Marina, ¿quién se llamaba Marina en el pueblo? No tenía ni idea.

—¿Vives en El Asombro?

El niño no pareció comprender. Solo miró a Eliseo con ojos temerosos.

—Supongo que sí —se dijo Eliseo, luego le informó al niño—: Te voy a llevar al pueblo, ¿sí? Para avisarle a la gente. Deben de conocer a tu mamá. No te puedo quitar esos nudos. No tengo con qué y hay que irse rápido, ¿sí?

El niño asintió.

Eliseo recogió su manta, se la puso alrededor del cuello, cargó al niño y lo llevó sobre sus brazos. Cuando se alejaron lo suficiente de la cueva, se escuchó en el aire un grito desgarrador. El sonido se desplazó por el monte y le erizó la piel. Quiso voltearse pero al ver que el niño se inquietó decidió continuar apretando el paso.

Marina estaba llorando desconsolada en la comisaría del pueblo cuando alguien entró corriendo.

—¡El niño! ¡El niño!

Marina se levantó, azarada, y preguntó:

—¿Brayan?

—Vimos a un hombre con un niño amarrado. La gente está formando alboroto.

—Los policías corrieron a ver lo que sucedía. Marina se fue tras ellos.

En la calle principal, entre gritos y música estruendosa, habían acorralado a Eliseo con el niño en sus brazos, asustado nuevamente.

Se abrió un camino entre la multitud y Marina se acercó a Eliseo junto con los dos policías.

—¡Brayan! —exclamó arrebatándole al niño de sus brazos, viendo cómo estaba amarrado y sucio.

—¡Ese hijueputa lo tenía! —gritó alguien.

—¡Agárrenlo! —exclamó otra persona.

—No, no, yo... —intentó explicar Eliseo cuando un policía lo apresó.

—Mi niño —dijo Marina, sollozando.

—Bermúdez —indicó uno de los policías—, llévese a este hijueputa. Métalo a una celda que mañana se va a poner bueno.

—¡Secuestrador! —gritaron por allá atrás.

—La multitud abrió campo para que se llevaran a Eliseo a la estación de policía.

Desde la tienda, Nicanor y el tipo sentado en la banca contemplaban la escena.

—Así es que toca con esos criminales —dijo Nicanor.

El sujeto asintió y desocupó lo que quedaba de su cerveza.

—¿Otra? —le preguntó el tendero.

—Por favor.

“Así es que
toca con esos
criminales —
dijo Nicanor.
El sujeto asintió
y desocupó lo
que quedaba de
su cerveza.
—¿Otra? —le
preguntó el
tendero.
—Por favor.”



Moisés y la luna

Juan Camilo Torres

Ilustración: Édinson Álvaro González Medina

Avenida Caracas # 63 - 21/02/2017. 10:00 pm. Lluvia y ventisca. Moisés despertó, el aguacero había destruido su Biblia y un pequeño flujo de agua arrastró su pipa hasta la alcantarilla de la esquina.

—Moisés, ubíquese bajo la teja de esa licorera. En quince minutos le traemos el pan.

La voz de esa mujer lo tranquilizaba siempre. Cada ocho días la veía pero no recordaba su nombre ni su aspecto, sólo el sonido de su voz. Después de protegerse del agua vio que su amigo Pacho estaba corriendo.

—¡Viejo! — intentó gritar, pero su garganta produjo un sonido ronco imperceptible para cualquiera.

Pacho corría porque Edwin lo perseguía con una tabla. El blanco de la luna y el rojo del semáforo no producían, sorprendentemente, el color rosado que le enseñaron en la escuela; pero sí lograban hacer que las personas se vieran diferentes a cuando estaban bajo el foco de un poste. La mujer llegó con cinco personas más, y le entregó dos panes y un vaso de agua dulce hirviendo. Así eran las comidas cuando vivía en su pueblo, pero mucho mejores. Esos sabores lo llevaron a recordar su hogar, a tres cuerdas de la plaza que usó la guerrilla para llevarse a treinta y dos niños en una noche lluviosa.

—¿Cómo le ha ido? — la pregunta de siempre que no tenía respuesta nunca.

—Se puede decir que estamos vivos, sumercé.



Ilustración inspirada en "El viaje a la luna" de Georges Méliès

El grupo se fue y Moisés quedó sólo otra vez, acompañado sólo de la luna que se escondía con timidez tras las densas nubes.

Después de que se llevaran a su hermano al monte, Moisés decidió viajar a Bogotá. Pidió hospedaje en casa de misia Augusta, una tía suya que trabajaba para la empresa de teléfonos. Cuando la señora murió, Moisés tuvo que buscar dónde vivir. Visitó una galería de arte y le pidió al maestro curador que lo aceptara en su casa para aprender cómo pintar. Pasaron tres años y Moisés ya había vendido cuadros por grandes sumas de dinero. Siempre pintaba una luna en sus obras, aunque representaran un paisaje diurno. La luna lo inspiraba y le recordaba a su hermano.

—Oiga, tiene que levantarse de ahí —un tipo vulgar que le tiró agua fría.

Moisés caminó hacia “el hueco”, tres casas que se usaban para albergar a gente como él y distribuir drogas. Saludó a don Eufragio, el señor al que le pagaba \$8000 por el alquiler de una pieza que, a pesar de ser más cómoda que un andén, era menos higiénica. Salió a ver el cielo por la ventana. Mientras la lluvia cesaba le prendía fuego a su pipa de bazuco y veía cómo el humo se elevaba para imitar a las nubes y ocultar a la luna.

El joven Moisés había contratado a un tutor para que le enseñara lo que se perdió de la primaria y el bachillerato. Después fue a la universidad, una renombrada institución pública, donde probó la marihuana. Terminó su carrera y también su vida sana. Empezó una época de excesos cuando consiguió su primer empleo. Se iba con dos compañeros a tomar güisqui antes y después de trabajar. Un conocido suyo del pueblo le informó la muerte de su madre. La angustia era aneja de su vida, la tristeza era apenas rutina.

—Moisés, ¿tiene chorrito? —le preguntó un amigo sobre un poco de alcohol etílico.

—No, hijo, dígale a Sarita.

La drogaya había hecho efecto, y siempre le producía somnolencia. Mientras dormía los recuerdos de su vida se proyectaban en su mente como una película.

La primera vez que probó la cocaína y el bazuco fue impresionante, una ola de sentimientos que llegaba cada vez más tenue. Unos días después, Moisés empezó a vagar por las calles, a pedir dinero. En uno de sus viajes desde Lourdes hasta la 57 con 17, alguien desde un carro le gritaba. Ese recuerdo se detuvo cuando despertó al escuchar su nombre.

—Moisés. ¡Moisés! Llegó alguien a verlo — Eufragio abrió la puerta y dejó entrar a Cuqui, una transexual que siempre se paraba en la esquina para atraer clientes.

—Necesito \$2000 para la pieza.

—Tómelos, pero le paga a don Eufragio aquí adelante de mis ojos.

El nombre de Cuqui antes de ser mujer era igual al del papá de Moisés, a quien las AUC mataron poco después de que enviara a alguien a avisarle a su hijo que su hermano había regresado al pueblo.

Fue ese el mensaje que un tipo en carro le dijo, agregando una fecha y un lugar para una reunión. Ese día, Moisés se afeitó la barba y empezó a caminar hacia el punto designado para reencontrarse con su hermano. A las 10:00 pm, los dos hermanos se dieron un abrazo que pudo haber sido eterno de no ser por la lluvia nocturna de la capital. Algunos años más tarde, ambos agendaban cita para verse cada quince días. Y el 21 de febrero era el día elegido. Moisés había pintado una luna para su hermano con basura que recogía del piso y comida. Su hermano nunca llegó al punto de encuentro.

Esa noche, a las 9:00 pm, Moisés estaba caminando hacia la Avenida Caracas con calle 63 para poder fumar su bazuco. A las 9:20 la luna era más clara, el cansancio más pesado y la llovizna más fuerte.

Me encontré con Moisés a las 10:15, le di un abrazo y le dije que esperaba verlo otro día. Me preguntó si todavía estaba en el colegio, y a mi respuesta agregué el nombre de la universidad. Nos despedimos con una sonrisa y otro abrazo. Me devolví para preguntarle algo, pero estaba dormido en el suelo, y no quise despertarlo.

Moisés Luna nació en una familia promedio de un pueblo del norte de Cundinamarca. Actualmente, tiene sesenta y tres años, y no le teme a la muerte. Pinta ocasionalmente y pide dinero para pagar su pieza. Anda siempre con una Biblia y mira la luna siempre que puede. 

Antes de que amanezca

Nicolás Peña Posada

El cuerpo no responde. Todo avanza velozmente, pero uno va más lento, las piernas pesan, los muslos se sienten como columnas de cemento. Estoy en una calle de muchas luces -azules, rojas, amarillas- que cuelgan en filas y, sin embargo, se siente oscura, como el ojo del diablo. Hay pequeñas casas de ladrillo, escaleras empinadas que conducen a otras casas iguales, bolsas de basura recostadas en los postes como hombres muertos. Hay gente alrededor, mucha gente. Se ríen, hablan, bailan y siento que estoy en medio de todos, pero soy invisible. Grito. Y nadie escucha. Los juegos pirotécnicos alumbran en el cielo, estallan como mariposas de fuego, las balas dispersan a los perros dormidos. La música cuelga de los techos como gotas de lluvia y vibran las tejas donde descansan las sombras de los gatos. Me volteo y en una casa verde veo a un hombre grande, está recostado en un muro, exhala humo, levanta la mirada, sus cejas se arquean: es el único que me mira. Fuma cigarrillo, lleva una gorra, unos pantalones rojos, se arranca pedazos de labio, se corta con un cuchillo la cara. Lo siento tan cercano a mí, igual a mí: desapercibido para el resto del mundo. Sonríe, bota la colilla al piso, y empieza a acercarse. Camina empujando a la gente que disfruta la noche. Nadie se da cuenta. Su sonrisa se hace más extensa, se alarga, sigue cortándose el rostro. Entre más se acerca, más crece, más se deforma la cara, más oscuros se ven sus ojos. Nadie nos ve. Trato de correr, pero apenas si avanzo. Grito, grito inútilmente. Muevo un pie y es como si estuviera moviendo mil cuerpos atados a mi cuerpo. El hombre avanza, decididamente. La calle se hace más angosta y más larga. La gente se aglutina. Mis pies están pegados al piso. Trato de levantarlos pero una baba transparente no me deja andar. Cada vez está más

cerca. Ya no se corta. Ahora el cuchillo me apunta. Se hacen fuertes las risas de las mujeres y de los hombres que bailan alrededor. Hay un eco infinito de risas que cubren al cielo. El ruido abraza los cuerpos. Miro al frente y no veo final. Es un camino que desemboca en los labios negros de la noche. Una repetición infinita de pequeñas casas, idénticas, con ventanas protegidas con rejas blancas, tanques negros de agua en las tejas. Volteo y el hombre ya está detrás de mí. Su cara es un pedazo de carne cortado sin piedad, pero puedo ver su sonrisa, a pesar de todo, su sonrisa perdura. Me quedó mirándolo fijamente. Me reconozco en él aunque solo vea sangre, pedazos de tejidos, carne viva. Miro mis pies detenidamente. No tienen nada. Los puedo mover bien, pero ya no importa, él está frente a mí. Correr ya no sirve. La luna se esconde detrás de las casas que ahora se alargan hasta tocar el cielo: las luces ahora son estrellas, planetas, constelaciones. De repente todo se silencia. La gente se deja de reír, ahora todos me miran. Veo miles de rostros alrededor. Hacen un círculo. Parecen estatuas. Soy diminuto. El hombre alza el cuchillo. El silencio es una capa negra insoportable. Podría escuchar los pensamientos de Dios. La noche huele a sangre. Toco mi rostro y solo siento pedazos de carne. Hasta ahora comienza la verdadera oscuridad antes de que amanezca.



¡Tirándome la noche con éxtasis!

Erika Janeth Díaz S.

Otra noche más, ¡POR FIN VIERNES! Como siempre esperando en esta sosa cafetería; como también es costumbre, tardas entre 10 y 15 minutos en llegar, que para mí se convierte en un tiempo inacabable. Mientras apareces pienso en lo que posiblemente tenga que hablar contigo y en lo que por supuesto haga contigo. Pensar en esto hace mi café aún más caliente, y en mi rostro: sonrisas maquiavélicas. En medio de esta calentura, pues por el café, siento que a veces nada en mis respuestas es suficiente para seguir haciendo de mi cuerpo tu estadía permanente, pues recordar la vida que llevas fuera de esta noche, es decir, fuera de mí, me entristece. Es tan seca, no está llena de mi humedad, de nuestra humedad. Del trabajo a la casa y de la casa a mi monte de Venus. ¿Qué sucede en tu casa? Y ¿y qué sucede en mi monte? Tu casa está como siempre, igual, nada nuevo. En definitiva, 20 años o más de oler, tocar, acariciar y chupar la misma matriz, debe ser desmoralizador. Y qué ni hablar del sexo, imagino, será penoso, engañoso y hasta doloroso, pues tú sabes sin humedad ¿cómo? En cambio, ¡en mi monte!, tu perdición, tu escape, tu locura; el momento perfecto para ser tú, para dejar brotar ese experto sátiro que llevas dentro. Menos mal existo, o bueno, existimos.

Te veo llegar, mis
piernas al cami-
nar hacia ti

tiemblan, no sé si de nervios o de las ganas, seguro es por lo segundo ¡LAS GANAS! Dentro de tu vehículo empiezo a sentir tu calor, pero antes de lanzarme, prefiero darte un beso, ese tan esperado y ansioso que me piden tus labios que son sencillamente la entrada a mi perdición. Miro tus ojos que traspasan mi vestido. Mi corazón está maniático. Sentirte hace que yo sea polvo. No tengo escape, eres mi única entrada y mi única salida.

¿A dónde iremos? No hace falta preguntarlo, ya sabemos. En el camino lo más sano antes de, será hablar de nuestra semana sin nosotros, sin nuestros cuerpos, sin nuestro calor, como es costumbre: ¡un horror!

No puede faltar la duda sobre cuál cama reutilizar ahora, son tantos edificios, tantas personas echadas en su carruaje insistiendo por nuestra decisión, que finalmente para esta apaciguada, por ahora, noche, será esa roja de la esquina.

Terminas de estacionar tu carro en este sofocante parqueadero que ya nos invade en calor. Tus chocolates y cortesía empiezan a estremecer mi ser. Tomados de los espíritus, ya que nuestras manos en este momento tienen que estar lejos, caminamos según nos indica el portero.

Prefieres usar blancos, según
tú, porque se sienten me-
nos, pero siempre
te discuti-



ré que el plástico es el mismo. La hidratación es vital para nosotros, que no nos falten las “Club”. Para empezar, que sea la música quien nos dé la bienvenida, ya sabemos, embaucadora y seductora. En esto perdemos tiempo buscando la emisora, pero finalmente somos embaucados y seducidos. Posicionarme frente a ti es mi mejor arranque. Empieza oficialmente mi noche, nuestra noche. Todo es una locura, eres una locura.

Es increíble ver e imaginar cómo me pones, soy tan libre y exagerada, pero ante ti soy un capullito, mis piernas tiemblan, la ropa se humedece quizá de los nervios, y esto se aviva cuando empiezas a deslizar tu mano derecha sobre mi brazo izquierdo. Me erizas, me erizas toda, cada célula que existe en mi cuerpo. Acto seguido tus labios buscan mi lengua. Tus labios me encienden. El sabor que ellos tienen acaban con la poca fuerza de voluntad que haya tenido, es tal, que instantáneamente siento el impulso de empujarte encima de la fría cama iluminada por la exclusiva noche, amante y dueña de nuestros cuerpos. Mi piel hierve.

Tus habilidades siempre serán mi motivo de orgullo, esa manía que tienes de quitar mi vestido en par segundos es de admirar, no sé cómo resulto ahora debajo de ti, y mientras Marvin Gaye sigue excitándonos con su “Lets get it on”, tus cálidas y sudadas manos se posan en la piel de mis piernas y me carbonizan como un marcador de hierro.

Mis panties se fueron, y tú, “¿no crees que estás como muy vestido?” te pregunto. Tu respuesta me lleva a alzar mi vista hacia la ventana; observar, suspirar y decir, gracias mancebo cielo por esta noche más. Al terminar mi cavilación, deslizo mis pies alrededor de tu media mitad, siento todo un volcán a punto de erosionar. Cada disposición, cada coyuntura contigo me hace frágil. Eres un vicio que me resulta totalmente IMPOSIBLE DEJAR, y paralelamente a esto, agradezco inmensamente a la noche por permitirme compartirte, por dejarme beber de tu líquido cremoso y dulce. Es imprescindible no hablar de tu buena alimentación.

Y ahora ya no tienes tu ropa interior. ¡Qué apertura más grande en la que ahora nos encontramos! Es mágico ver cómo mantienes fuerte tu

viveza y experiencia. Sin dar más espera y en un acto de salvajismo clavo mi vagina sobre tu delirio y con esa misma ferocidad iniciamos movimientos rápidos y luego lentos. Tu dulce voz me susurra lo mucho que me deseas, que me necesitas, que me esperas; y yo como toda una maniática intento responderte pero mi voz tiembla a tu movimiento y me resulta difícil decirte que siempre te extraño, que siempre te quiero, y que no siempre estás. Entonces intentas entenderme clavando tu mirada en el espejo que nos observa. ¡Qué maravilloso se te intentan marcar tus pechos! Resulta inevitable sonreírnos, expresarnos con nuestras miradas lo mucho que nos sentimos juntos. Luego, contrario a tu cotidianidad, tomas una decisión rápida, me pones en cuatro, sin permitir que nuestro testigo quede de espalda. Entonces, ves cómo mis enormes caderas se contraen dentro de ti, mientras mi cintura te sirve de garantía para no cansar mucho tus brazos y permitirle a tus manos sentirse juntas. Me quemas, no solo con tu dura y gruesa carne, sino también, con tu presencia. El tenerte ahí, genera una sensación vertiginosa; hace que me den ganas de quererte, de quererte siempre.

Ahora, me pides un alarido que te permita estallar dentro de mí. Estás completamente sudado, me ganas por dos gotas, me sonríes y me dices: “¿estás a punto?”. Como respuesta te suplico que continúes. Todo lo haces tan perfecto. La noche nos contempla y nos hace un guiño. De repente suena el teléfono, la camarera solicita bajar los decibeles. Soltamos una pilla, enamorada y succulenta carcajada, antes de brindarnos un final maravilloso. Te alistás, te dispones y te suavizas. Bastaron cinco arremetidas más, hasta que en un acto de amor, juntos nos climatizamos, y sentimos la noche reflejada en nuestro sudor.

Luego, es el paño de la cama el cómplice de nuestras caricias, juegos, besos y maniobras finales. El calor de las cobijas prestadas nos inunda. Vuelve la oscuridad, y el momento de despedir nuestra gran noche ha llegado.

Y como el destino ya lo sabe, de repente, tu celular suena. Lo hace en el momento menos indicado. Te tengo, y ese voraz sonido hace que te me esfumes. Sí, es ella, te requiere, o más bien,

necesita con quien discutir.

“¿Ya te tienes que ir?”. Y aunque mi pregunta es majadera, tu sonrisa, mostrando tus dientes perfectos, tan blancos como aquella luna que nos acompaña, me lo confirma.

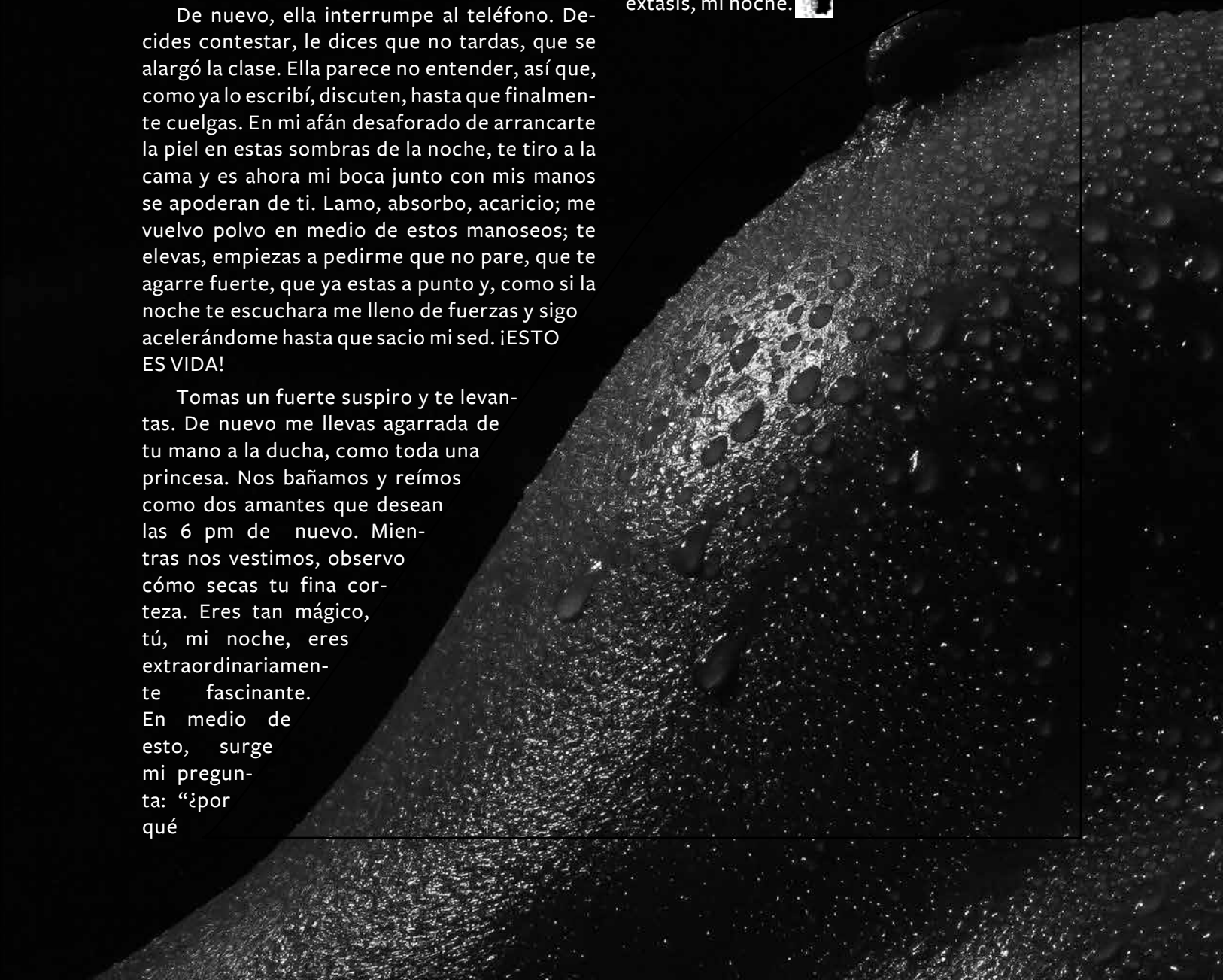
Para irnos me invitas a la ducha. Nuestra estadía allí se hace más placentera que en la cama. Tu rudimentaria virilidad reaparece, me llama, me suplica las últimas intromisiones. Esta vez quieres ir más allá; pero recuerda, fue habitación sencilla, el baño es pequeño, y mi enorme trasero casi que lo ocupa todo. Así que, tomas iniciativa de ir aquel sillón rojo y muy blando, me agarras por detrás, y satisfaces el deseo de ocuparlo todo. Gimo, me desespero, me enloquezco y tú sin siquiera decirlo, estallas de placer, de lujuria, de pasión.

De nuevo, ella interrumpe al teléfono. Decides contestar, le dices que no tardas, que se alargó la clase. Ella parece no entender, así que, como ya lo escribí, discuten, hasta que finalmente cuelgas. En mi afán desaforado de arrancarte la piel en estas sombras de la noche, te tiro a la cama y es ahora mi boca junto con mis manos se apoderan de ti. Lamo, absorbo, acaricio; me vuelvo polvo en medio de estos manoseos; te elevas, empiezas a pedirme que no pare, que te agarre fuerte, que ya estas a punto y, como si la noche te escuchara me lleno de fuerzas y sigo acelerándome hasta que sacio mi sed. ¡ESTO ES VIDA!

Tomas un fuerte suspiro y te levantas. De nuevo me llevas agarrada de tu mano a la ducha, como toda una princesa. Nos bañamos y reímos como dos amantes que desean las 6 pm de nuevo. Mientras nos vestimos, observo cómo secas tu fina corteza. Eres tan mágico, tú, mi noche, eres extraordinariamente fascinante. En medio de esto, surge mi pregunta: “¿por qué

me quieres?”. Me confundo, pero lo importante es que siempre te querré al margen de lo que seas.

Gracias mi segunda amante, noche. Sin ti nada sería posible con el derroche de hombre que tengo al lado. En medio de esto te aviso que para el próximo viernes vendrá una vampira a hacerlo polvo. Sonríes imaginando cómo luciré. Me observo en el espejo, me veo radiante, satisfecha pero siempre con ganas de más. Me retoco con labial terracota. Te paras detrás de mí, nos miramos con apetito innato alrededor de 30 segundos sin decirnos nada, solo amándonos con los ojos por medio del espejo. Me pegas la nalgadita de la inolvidable noche y, como todo un galán, me pones mi abrigo. Abres la puerta y haces la venia. Amantes hasta el fin, mi éxtasis, mi noche. 



Crónicas del vacío

Carlos Andrés Martínez Pacheco

I

Mientras la noche se disipa
Entre sus pesadas nubes y gruesas hebras de lluvia
Que penetran techos, rendijas, huequitos,
Transformados en letárgicos charcos,
Que semejan minúsculos estanques inmóviles
Y vacíos sobre el asfalto...
Mientras se hace una danza
De algunos cuerpos que caminan tejidos como tallos,
Prendidos a corolas multicolores
Para intentar escapar al temporal...
Mientras ello sucede
En una ciudad que lentamente va callando las voces
Que inanimadamente mueven las máquinas
De una economía obrera, marginal y despiadada...
Mientras cielo y lluvia
Y danza de cuerpos, jardín florecido,
Paraguas que trashuman
En raras sincronías...
Mientras ello sucede...
Yo, pintándote esta noción de tiempo y espacio,
Esta danza hierática en que estas y acompañas,
Sin que lo advierta tal vez tu ser físico, metafísico...
Mientras sucede...
Vuele a ti, entonces, mis trazos como besos,
Esta sensación de noche y lluvia
Y cuerpos prendidos a sus corolas
Desde cualquier rincón húmedo y anónimo de la ciudad
En que también estás...

II

Es viernes
Y la luz que acorrala la noche
No imagina los pasos que se quiebran
En la mente que deambula sin pensar su exacto rumbo...
Es viernes
Y afuera los sueños
Salen a extender todo su insomnio
Sobre la tensa calma de las horas...
Es viernes
Y el eco de las voces ya vencidas
Giran en un mosaico turbio de sonidos,
Que surgen de latidos sin ritmo de tantas vidas
Que arrastran los huesos amorfos de su precaria muerte...
Es viernes
Y las sombras de regreso a sus cuerpos
Encienden taciturnas sus linternas,
Intentando encontrar ese camino
Que ahuyente sus demonios
Y también su hondo vacío...
Es viernes
Desesperado y ciego,
Destilando a giros de reloj toda su pena
Acompasado en errancia
Por la idea sin memoria de un mañana que no llega
Y borraré su paso y su sentido,
Siendo sin más nueva travesía
Sin cómplice,
Sin pasado,
Sin destino...

Poemas de vereda

Yolanda Rodríguez Vanegas

DAVID

He visto un joven
Con la solemnidad de un adulto,
Capaz de borrar una tristeza ajena parodiando la vida,
Esquivando los avatares del camino,
Entre el arado y el libro...
Buscando entender en la razón
Lo que en su interior crea confusión
Y al ver su cuerpo flacuchento, me pregunto:
¿Cuántos interrogantes ha podido acumular su alma de niño?
¿Cuáles ha respondido con su razonar de hombre?
Entonces...
Sólo espero que la vida no juegue al azar con él
Ni el conformismo lo consuma
Y sea su carácter el que finalmente lo guíe.

SIMBIOSIS

Sombrero sexagenario de lana tosca,
Amarillento...
Pequeños orificios,
Historia de fortaleza,
Compromiso de sangre.

Sombrero y vida tejidos por la parca,
Entrelazando sueños,
Creando nudos de agonía
Y desenredando hilos de esperanza,
Porque a pesar de la fuerza del dedal divino
Se hace resistencia al tiempo, a la adversidad,
A las circunstancias...
Piel y sombrero se confunden...

RAICES

En un abrazo enraizado...
Dos amantes, día y noche,
En una erótica unión, comparten su savia
Y eternizan la envidia de transeúntes
Que no pueden dejar de mirar.

Pasarán cien años,
Ni sol, ni lluvia, ese idilio podrá romper,
Porque desde el vientre de Gea
Se aprendieron a amar...

VEREDA (VERSIÓN 1)

Un rostro, un paisaje...
Un tejido de historias
Sin ilación para el extraño,
Vigilado entre rendijas de murmuraciones,
Gotas que alimentan la pesada cotidianidad
De un lugar cuyo imaginario
Se aculpa con el llanto misterioso del perro nocturno
Y el silencio cómplice y colectivo de los que allí viven

De la serie El Astrófilo

Wilson Pérez Uribe

EL ASTRÓFILO II

Algo buscan mis ojos
En la honda noche de anatomía estelar.
Algo entreteje con dificultad mi mirada
En el oro esparcido de un meteoro.
Indiferente de mi asombro
Se precipita sobre mi helada pupila
El universo con su fabulosa tiniebla,
Aunque por un sortilegio delicada y distante.
¿Quién me salvará de contemplar
Ese lenguaje de perfección y abandono,
Esa ligera tersura que la vista abarcar no puede?
¿En qué lugar, mil veces secreto,
Por última vez iniciaré el rito de admirar
Las estrellas que hasta en mi piel en fulgor duermen?

EL ASTRÓFILO VI

Contempla en silencio la danza de los astros,
Que se eleven tus ojos al púrpura, azul, ámbar celeste
Cuyos ardores viven turbulentos en tu sangre.
Cierta música va entretejiendo en tus sentidos
La alta y antigua cosmogonía de estrellas.
En ellas no verás la cadencia del número
Que el árabe soñó en la quemante arena,
Ni la medida sombra ni el plano ni la línea,
Que adustas forman el rostro de un hombre griego.
Tras los pasos lentamente caminados,
Ante el asombro de la materia que se yergue
Y que no olvida destellar luz ante el cristal nocturno,
Hallarás el mapa de tus manos y el fósil de tu memoria
En el continuo rumor, pródigo y lejano, del confín sideral.

EL ASTRÓFILO VII

Quién soy yo, antiguo viajero de las noches,
Efímera sombra que los astros prolongan.
Fatalmente he agotado en el verso al ocaso,
En mí no quedan más que las cenizas de un amor tardío
Que retorna, incesante y terrible, en la hora
Donde la tierra cede a la ecuación de las tinieblas.
Quién soy yo, que cargo las pesadas, negras piedras
Que arroja una luna de otoño. Quien contempla
El universo ya ha descifrado su rostro en la cartógrafa
Sabana de estrellas. Mis pupilas se hunden
En la oscuridad: mar de leyes, incesante fuego,
Cruz del Sur; toda noche es una historia que los átomos
Esparcen en pálidas, temblorosas lámparas de luz;
Toda noche es la estela de una larga ausencia.

EL ASTRÓFILO VIII

Noche sin estrellas: soy el guijarro
Que rueda en el confín de las tinieblas,
La leve presencia que labra en palabras
El faro que advierte la densidad de tu piel.
He caminado la larga ausencia de tus ojos,
Vanamente entretejo un ardid geométrico
Que descifre la oculta luz de astros peregrinos.
Noche, eres insomnio, el cuervo que devora
Mis pasos. Estas hecha de olvido, de espanto;
Dónde queda la blanca luna y el infinito de estrellas,
Dónde el aire tatuado de signos y de pupilas.
Me salvan la memoria, un antiguo mapa
Y los dones de la tristeza: pulir en tu negro ámbito
Un cristal donde fulgirá la efigie de mi poema.

EL ASTRÓFILO IX

Yo no sé, amigo astrónomo, dónde deslía
Su enigma de sombra la luz, ni cuándo, invisible,
La Tierra flota en la órbita corva del espacio.
A mi soledad la asaltan otras más frágiles,
Extrañas y dispersas preguntas:
Por qué en la brumosa Vía Láctea arde,
Intemporal, una rosa pulsátil de mil pétalos.
Dónde yacerá el llanto rojo, azul, violeta
Del antiguo astro que ha colapsado en sereno terror.
Dónde ve su aurora la cuerda, el átomo, la onda,
Acaso el cosmos advierte su origen en una historia
De moléculas. Yo sólo soy una mirada, un instante,
Un cuerpo que implora a las estrellas un poco de amor,
Un poco de asombro. Yo no sé, las palabras urden mi noche.

EL ASTRÓFILO X

En la verde alameda del templo, el poniente
Se hunde en un azul que se dispersa en lo profundo.
Ya el hábito del perlado planeta de hendir su luz
En la piel vegetal del rosado loto, ya surge
La primigenia estrella tejiendo un héroe en la proa
De sus milenios, ya el ancho mar surca la noche
Con olas de roja luna, ese resplandor, que en su música,
Sangra un hilo de lluvia que se vierte en las arenas.
Ahora yo, deudor del cielo y de su astronomía,
Repito en la memoria un acertijo de maestros orientales:
La corriente rápida no arrastra la luna.
En la noche cósmica mis ojos son un espejo,
Reflejan el curso inmóvil del firmamento; multiplican,
Perplejos, el universo en una gota de agua.

Y SI FUERA LA NOCHE EL FRAGMENTO DE UNA ESCRITURA OLVIDADA... EN LA NOCHE, UN CONSUELO

No me afana el curso invisible de las horas
Ni la voz del ave que es amanuense del lejano sol.
No me inquietan la mañana, la tarde, la honda noche;
Ya he visto, en un instante, la vida y la muerte de un verso.

Fotografía de una noche

Miguel Ángel Rodríguez Bernal

SEPIA

Sobre la noche de julio
Una sonrisa se dibuja en las lentejuelas
Soy un sueño imposible, plagiando a Becker grito.

BLANCO Y NEGRO

Sobre la misma noche de julio
Una gota de sangre cae en las lentejuelas
Y yo una puta, pero te amo; lágrimas y sangre.

NEGATIVO

En una madrugada de julio
Caen al suelo unas cuantas lentejuelas
Desgarradas por la pasión. Ella y el.

SOLARIZE

En un amanecer de julio,
Se olvidaron de las lentejuelas
Y ambos desnudos saludaron el sol.

Permanezco despierto

José Vicente Rubiano Ballesteros

Permanezco despierto
Y me he puesto la vaga y absurda tarea
De escribir estos versos,
Que nadie pide y que nadie quiere,
Y que van de seguro a parar
A la esquina olvidada de algún punto muerto.

He sido capturado por un vetusto insomnio
Que se aburre de mí,
Que no me habla
Y que burlonamente me mira desde lejos.

Y esta cruel obsesión de seccionar las frases,
De aglutinar palabras y de engullir silencios,
Esta alquimia de ilusiones y recuerdos,
Me envuelve en un sutil espejismo poético.

Tantas cosas podría decir
De este retintín que inunda la noche
Horadando los huesos
Y espantando los sueños;
De esta sucia manía que tiene la noche
De irme arrancando
Pedazo a pedazo
Una costra de insulsos secretos,
De ir enumerando pasados fracasos
Al tiempo que enloda mi mundo tranquilo
Con todo un montón de baratos anhelos.

Escribo con rabia y con miedo,
Y algún alma humana habrá de saber
Lo ciego y lo inmóvil que se siente uno cuando enfrenta esto.

No sé por qué escribo,
El maldito insomnio me llevó a la trampa
Donde soy yo mismo el que sale a mi encuentro

Autores

ADRIANA MARÍA VERA ARIAS

Politóloga y Docente universitaria
verapolitica@gmail.com

ÁNGELA MARÍA RUIZ GAONA

Docente y escritora
mendozamosaico@gmail.com

ANUAR BOLAÑOS

Escritor
pueblomangalu@yahoo.com

BENJAMÍN AUGUSTO SARTA MORÁN

Estudiante de Psicología
benjamina.sartam@konradlorenz.edu.co

CARLOS ANDRÉS MARTÍNEZ PACHECO

Docente universitario
deontopia@gmail.com

CARMEN GARCÍA

Estudiante de Psicología
garciacarmeno210@gmail.com

DIEGO HIGUERA

Licenciado en Español y Literatura
diegolitfil@gmail.com

ÉDINSON ÁLVARO GONZÁLEZ MEDINA

Docente universitario
edinsona.gonzalezm@konradlorenz.edu.co

ERIKA JANETH DÍAZ S.

Estudiante de Psicología
erikajane99@gmail.com

FREDY GEOVANNI FORERO TORRES

Psicólogo y Docente universitario
geovanni.forero.psicologo@gmail.com

JAVIER ENRIQUE VALLEJO CHAMORRO

Estudiante de Psicología
javiervallej07@yahoo.com

JOSÉ VICENTE RUBIANO BALLESTEROS

Abogado y Docente universitario
rubianoballesteros.ius.uis@gmail.com

JUAN CAMILO TORRES

Estudiante de Mercadeo
juan.camilo21@hotmail.com

JULIÁN RICARDO CAMPOS GRANJA

Docente universitario
spiderunsophos@gmail.com

LUISA FERNANDA MUÑOZ RODRÍGUEZ

Socióloga y Docente universitaria
luisaf.munozr@konradlorenz.edu.co

MARÍA FERNANDA TRUJILLO SANTIAGO

Estudiante de Psicología
paola.acunar@konradlorenz.edu.co

MAURICIO PALOMO RIAÑO

Docente de Literatura
mao233@hotmail.com

MAURICIO VARGAS

Escritor
delasombro@gmail.com

MIGUEL ÁNGEL RODRÍGUEZ BERNAL

Estudiante universitario
miguela.rodriguezbr@konradlorenz.edu.co

NICOLÁS PEÑA POSADA

Docente universitario
n.pena1039@gmail.com

WILSON PÉREZ URIBE

Estudiante de la Licenciatura en Educación Básica con
énfasis en Humanidades y Lengua Castellana
wilson.perezu@udea.edu.co

YOLANDA RODRÍGUEZ VANEGAS

Docente
yoli488@hotmail.com



Cra.9 Bis No.62-43
suma.cultural@konradlorenz.edu.co
www.konradlorenz.edu.co